



D FCL
A

CB

1.64503

Luis Bello

Viaje
por las
Escuelas de España



EXTREMADURA



ESPASA-CALPE, S. A. 1927

Viaje por las Escuelas
de España

ALGUNAS OBRAS DEL AUTOR

ENSAYOS E IMAGINACIONES SOBRE MADRID

Madrid, 1919. Editorial Saturnino Calleja, S. A.

VIAJE POR LAS ESCUELAS DE ESPAÑA

I.—EL CERCO DE MADRID: La Sierra. Por Castilla y León. Asturias. El prejuicio contra el maestro. — Madrid, 1926. Magisterio Español.

II.—POR ANDALUCÍA: Cádiz. Málaga. Primer viaje a Granada. LAS DOS CASTILLAS: Toledo, Soria. — Madrid, 1927. Magisterio Español.

III.—EXTREMADURA: Suma de varios viajes. Cáceres y Badajoz. Cien kilómetros en Portugal. — Madrid, 1927. Espasa-Calpe, S. A.

PRÓXIMO A PUBLICARSE

VIAJE POR LAS ESCUELAS DE ESPAÑA

IV.—POR ANDALUCÍA: Viaje a Santiago de la Espada. Jaén. Segundo viaje a Granada. Almería. Huelva.

LUIS BELLO

Viaje por las Escuelas de España

* * *

EXTREMADURA

PRÓLOGO DE AZORIN

Suma de varios viajes. * Cáceres
y Badajoz. * Cien kilómetros en
Portugal

MADRID * 1927
ESPASA-CALPE, S. A.



R. 53812

ES PROPIEDAD
DEL AUTOR
DERECHOS RESERVADOS

PRÓLOGO

UN MISIONERO

POR un caminejo torcido y lleno de baches va marchando lentamente, dando tumbos, un carrito entoldado. En España hay muchos pueblecitos adonde no se puede llegar sino por estos caminejos; existen otros también menos, mucho menos accesibles. No podréis visitarlos sino yendo por caminos de herradura—por una sendita de perdices—y a lomos de un caballo o de un pacientísimo jumento. El carrito de que hablamos es más simpático que un automóvil. Camina despacio; lo guía un labriego castellano; podéis charlar, todo a lo largo de la jornada, con este buen hombre que os conduce. Y este buen hombre—sin poseer el Diccionario de la Academia Española—va hablando reposadamente, con palabras y giros tan expresivos, tan nobles, tan exactos, tan pintorescos, que vosotros no echáis de menos la vertiginosidad de los automóviles, y hasta quisierais que el camino fuera más largo de lo que es. ¡Oh España, bella España! Nadie en tu seno—ni los más doctos ni los más elocuentes—habla con la majestad, con el color, con la expresión de este buen labriego de Castilla.

El carrito va caminando; se ve ya a lo lejos, al trasponer un repecho, el campanario del pueblo. Dentro del carrito está sentado un señor

que se dirige a ese pueblecito. Y este señor, cuando se levante, cuando se ponga en pie, veremos que es alto, erguido, enjuto de carnes, con los miembros ágiles y delgado. Sus ojos—esto lo podemos ver desde ahora mismo—destellan un poquito de cansancio y de melancolía. Por debajo de su blanco sombrero asoma una simpática melenita gris, cenicienta. Denota esta largueza del pelo, nos parece a nosotros, independenciamiento, independenciamiento muy grata en un escritor, y romantismo. ¿Acabamos de decir que este caballero es escritor? Sí, es escritor. Si está un poco triste, es porque ha trabajado mucho; todos los que con la pluma hemos trabajado mucho—¡y tenemos que seguir trabajando!—estamos un poco tristes. El caballero del carrito que marcha hacia el pueblo es Luis Bello. Luis Bello, el misionero de la Escuela, que en sus viajes por toda el área de España va ahora a visitar la escuela del lugar que allá en la lejanía se divisa.

HACIA EL PUEBLECITO

Luis Bello es uno de los más preclaros periodistas de España; además de periodista—hombre que tiene la intuición rápida de la actualidad—es eminente literato. ¡Qué bonito es su libro sobre Madrid! Para enterarse de lo que es la capital de España, de sus alrededores, de su ambiente, de su historia, el libro de Bello es insuperable. Luis Bello ha escrito en muchos periódicos, ha hecho labor de colaboración puramente literaria, exquisitamente literaria en este caso, y ha practicado la ruda y abrumadora labor de confección en un periódico, de ordenar, de dispo-

ner el número en las altas horas de la madrugada, para que al romper el alba salga en los primeros trenes hacia provincias y aparezca poco después, limpio, claro, armónico y elegantemente ordenado en todas sus planas, por las calles de la ciudad. Y siempre Luis Bello, en todas sus andanzas periodísticas, en su duro vivir, ha sabido conservar—¡a cuánta costa!—un espíritu de independencia y un sentido de liberalismo reflexivo, que son los que constituyen lo atractivo, lo simpático, la nota romántica de su personalidad.

Desde hace más de un año, Luis Bello está recorriendo toda España. Su misión es la de visitar las escuelas de niños. Poco a poco se ha ido formando un ambiente nacional, cordialísimo, de entusiasmo, alrededor de esta admirable cruzada. Para el observador es curioso asistir a este ascender lento del interés del público en pro de una campaña periodística. El móvil de la campaña es nobilísimo, altamente patriótico. Se publican los primeros artículos; los compañeros del oficio, algunos compañeros, no todos, proclaman en las conversaciones privadas sus loanzas por la empresa. No falta quien añade: "Sí, sí; todo eso es admirable; pero no logrará usted nada." Y el periodista prosigue en su labor. De provincias llegan ya algunas cartas. El círculo de los aprobadores, entre los camaradas, se ensancha; a la reserva prudente, desalentadora, ha sucedido la simpatía franca. Ya los maestros de varias regiones de España comienzan a ver lo provechoso para ellos—es decir, para la patria, para España—de la nobilísima cruzada emprendida por el periodista. En las reuniones se acuerda enviar telegramas de felicitación y de aliento a

Madrid. El periodista, con los papelitos azules en la mano, se siente fortalecido, alentado. No todo son egoísmos bárbaros en la vida. Un poco de romanticismo, de idealidad, no falta ni aun en los corazones más fríos. Lo que hace falta es el eslabón que haga, percutiendo con fuerza, saltar la chispa de sus corazones. Van pasando días; Luis Bello camina de pueblo en pueblo, de ciudad en ciudad. El ambiente de cordialidad y de entusiasmo se adensa y crece. La mayoría de los periódicos de provincias publican sueltos, notas, informaciones, sobre el viaje de Bello. Llegan telegramas a Madrid, más telegramas; solicitan ahora que el infatigable periodista vaya a tal o cual ciudad a dejar oír su palabra ante la concurrencia de pedagogos, de maestros, de amigos de la escuela. Luis Bello no vacila. Prepara sus notas, toma el tren, corre en automóvil. Y graciosamente, con sincero desinterés, da conferencias en que explica su misión respecto a las escuelas españolas. Todo marcha rápida y decididamente; un periodista ha logrado el milagro de que España piense en sí misma, de que los españoles se preocupen de lo más trascendental, de lo más sagrado: del porvenir de las inteligencias infantiles. La patria son los niños. Y Luis Bello ha hecho más por la patria, está haciendo más por España que quienes pronunciaron en un Parlamento centenares y centenares de discursos.

EN LA ESCUELA

Una ventana ancha allá arriba, por donde entra un rayo de sol, y otra ventana, más baja, enfrente, por donde se ve una montaña y se columbran cerca unos árboles verdes. Se percibe un rumor de voces infantiles; diríase que este rebullicio es como el piar innúmero de pajaritos en una fronda. Las paredes son blancas; pero largas grietas las cortan en todas direcciones. ¡Si hubiera un poco de dinero para arreglar estas paredes! Y los bancos y pupitres de esta escuela también están un poco derrengados, gastados por el uso. ¡Si encontráramos un filántropo que quisiera regalarnos unos banquitos para éstos niños! Para estos niños tan buenos, tan simpáticos... Pero silencio, silencio; el maestro había salido de la clase hace un momento; le habían anunciado la llegada de un señor forastero. Los niños se habían puesto inmediatamente a brincar, a gritar, a cantar; parecían—lo hemos dicho—una bandada de pajaritos. Y ahora vuelve el maestro. Ya está en la puerta. Los niños callan súbitamente y se recogen en sus bancos. El maestro viene acompañado de un caballero. Es alto, delgado, erguido, este caballero. Como se ha puesto cabalmente donde da el rayo de sol, ese vivo rayo nimba su cabeza, con la melenita cenicienta, de una viva aureola. Diríase que este señor desconocido es un santo laico. Los niños le miran con curiosidad; él se acerca a los más próximos y les pone la mano—¡esta mano tan fatigada de escribir!—en sus cabezas; a otros los acaricia, les da palmaditas en las mejillas, les hace preguntas. El caballero, Luis Bello, y el

maestro charlan después sentados ante la mesa del fondo. Los niños ven que el maestro—que es un viejecito pulcro y limpio—se pone un poco triste y señala las paredes de la escuela. Todos callan. Parece como si en este minuto, en tanto que se divisa la montaña remota por la ventana, algo que es melancolía y preocupación, algo que es lo más íntimo de una patria, de España, flota en el ambiente. Y que ese algo misterioso y sagrado hace que la sencilla conversación del maestro y del caballero, dos hombres que no son nada, que no tienen poder alguno en el Estado, tenga más trascendencia, sea más honda, más trágica, que el debate solemne entre diplomáticos que representarían grandes potencias.

JACULATORIA

Querido Luis Bello: adelante, adelante; el mundo es de la inteligencia. La inteligencia es la fuerza suprema. No hay nada, no debe haber nada por encima de la inteligencia. ¡Tengamos confianza en la suprema e incontrastable fuerza de la inteligencia! ¡Que los niños comprendan el mundo, que se formen idea exacta de las cosas, que tengan confianza en el porvenir de la Humanidad! Hagamos que esa confianza—confianza en la concordia, no en la sangrienta lucha—nazca en los corazones infantiles... Y no deje usted de caminar, querido Bello; de caminar, anda que te anda, por los caminitos de España.

AZORÍN.

EXTREMADURA

SUMA DE VARIOS VIAJES

(CAPÍTULO INICIAL)

VUELO SOBRE EXTREMADURA

QUISIERA sumar en este capítulo inicial mis experiencias de Extremadura, como en el vuelo de Madrid a Lisboa he visto sumarse, en una sola plana, todos sus paisajes. La cifra de esta otra suma, intuída más que registrada, difusa en el azul de dos mil metros de aire bajo la plancha de aluminio, brilló un momento y acaso ya no vuelva a encontrarla. Trataré, sin embargo, de fijar el relámpago, utilizándolo como si fuera una razonable luz. Posición reposada, tranquila, en el fondo, esperanzada, que elegí hace tiempo, y que permite a mi modestia todas las ascensiones. Aquí estamos, al pie del *Junker*, oyendo resoplar sus tres motores de explosión. Parecen demasiado ruidosos, demasiado bárbaros... Pero la violencia es ya nuestra mejor amiga. Las Furias se pergeñan para complacernos; se cortan y ondulan los cabellos, antes desmelenados. Probadas y lanzadas las hélices a todo vuelo, suena bien, sin fallas ni varillas rotas, el abanico de la Euménide. Ya

podemos subir. Y una vez arriba, la única sensación de un hombre sin prejuicios es una sensación de felicidad. Acepto, según las ocasiones, el cochecillo, la tartanita levantina, el carrito entoldado—véase la conmovedora página de *Azorín*—. Acepto el vagón de tercera, el coche-cama del rápido, el autobús panzudo, que vuelca, y el avión de caza. Todos son medios, instrumentos, utensilios que me traen a la mano. Todos igualmente admirables. Al subir, yo delego en la ciencia del ingeniero, en la conciencia del industrial, en la pericia de míster Truelow, el piloto inglés. Por mi parte, no he inventado nada. No guío. No pongo nada, sino el billete. Uso con fe la máquina audaz, como antes el auto y el ferrocarril; y este cigarrón de metal que se remonta en plena gloria, centelleando al sol, no es para mí sino un portento más de la gran maquinaria del mundo que yo no he creado. Hoy, viajando en la primera línea regular de aviones Madrid-Lisboa, podemos hablar de la emoción del vuelo, que aun difundándose y vulgarizándose, siempre será magnífica. Es una emoción recién estrenada. Pero el orgullo inocente que pudiera sentir viéndome tan poderoso, o el goce egoísta de hallarme tan bien servido por el siglo en que me toca vivir, producen en mí una reacción que no quiero ocultar. Es como un agudo y encendido anhelo de ser útil; de no contentarme con dejar que los demás me sirvan. Siempre juzgué mal, a pesar de su inofensiva apariencia, del hombre que, con cualquier gesto: procaz, desdeñoso, humilde, negligente, avisgado o simplemente brutal, se dedica a chupar la breva de la vida. Este sibarita nos envenena el aire, no tanto con el humo de su veguero como con la nube de

vanidad en que flota su íntima idea de que explota al mundo, lo defrauda, lo extrae el jugo; se lo come, se lo bebe y se lo fuma, "de guagua". ¡Ser útil! Si me atreviera... Puedo atreverme a declararlo en las primeras líneas de un libro de escuelas: es un refuerzo moral, un estímulo para ser bueno lo que yo he encontrado en la cabina del *Junker*.

¡Este es el viaje ancho, de montañero, pasaportos, bebedor de horizontes! Descubrimos nuestro verdadero afán al trepar a la cumbre, no por dominar montañas, sino por descubrir la visión libre. Hemos eliminado la altitud sólo con elevarnos. Todavía nos estorban, en el aparato, las alas y la armadura; porque las ventanillas no son ojos de águila y sólo pueden ir abriéndonos visiones parciales. Pero ya es un plano, para nosotros, la tierra; ya no tenemos la esclavitud de someternos a sus caprichos. Habitamos otro elemento. La Sierra queda en pie, como testimonio de limitación. Si voláramos sobre ella irían desfilando también sus crestas en un plano, como esas hileras de olivos y esas parcelas de pan llevar. La luz, el color, todo luz, es lo que infunde sensación de felicidad. Pero ¡cuidado con desvanecerse! *Homo sum*. Lo que veo pasar, a mis pies, en mirada perpendicular, como si fuera naciendo del ala del *Junker*, es un mapa humano. Este es el esfuerzo que me exijo a mí mismo, sobre el vuelo libre, puro, es decir: exento, del sibarita. Para ser útil debo seguir las huellas humanas, bajo el azul, y buscar al hombre en su obra, aunque necesite parar los ojos en minucias. El vuelo sólo me dejaría emociones deportivas y estéticas si en la línea recta de Madrid a Lisboa no hubiera encontrado, per-

didos, como barcos en el mar, los pueblecitos extremeños, que antes había visitado en el viaje de las escuelas. Perdidos como boyas para quien no tenga puntos de referencia y sobre todo para quien no sepa buscarlos con simpatía.

Toda esta ruta aérea, en vuelo directo: Getafe-Talavera-Valencia de Alcántara, Portalegre... he ido siguiéndola antes, íntegra, de pueblo en pueblo. Apenas despegamos, la primera vuelta del *Junker* para tomar rumbo nos lleva sobre el surco en que duerme, como un nido, Villaviciosa de Odón. Aquí están la escuela sin sol, el castillo vacío y la procesión de cipreses encapuchados. Hay una cenefa verde punteada a lo largo del Jarama—que hoy no reluce—, y entre las lomas, rastrojeras, adivino la torre de Brunete, Quijorna, las dos Villanuevas. Subiríamos unos centenares de metros más y París se perdería como cualquiera de estos lugarejos. Uno veo que no se me despinta: el rollo, la fuente, la iglesia, mocha. Ahí me dijo el maestro: —Este pueblo, que le parece a usted tan chico, es como Babilonia, sin faltarle una sola abominación—. Babilonia no sería mucho más visible que ese pueblo, ni sus pecados mayores, buscando la debida altura para mirarlos desde arriba. Todos se parecen, grandes o pequeños; sólo cambia el juego de dados del caserío y el emplazamiento entre los tejadillos rojos de esa mole donde realizan su máximo esfuerzo: la iglesia. Y en esta llanura de lomas bajas, apéndice de la Sagra toledana, todos los pueblos han tendido su tela de araña alrededor, hecha de hilos de surcos en que cayeron y murieron los árboles, vampirizados. Al fin, desde lo alto, en el mapa humano que se me ofrece, esa tela de araña es lo im-

portante, y no el pueblo. El surco da más carácter a la tierra que el árbol aislado y que la casa; y no se esconde nunca. La viste, la pule; llega a bruñirla alguna vez. Al penetrarla cada año, como si fuera dejándola desnuda de ropa y de piel, desollada, en carne viva, acaba por ser el valor dominante sobre cualquier accidente epistólico, no esencial, de roca o de verdura. Estas anchurosas tierras paniegas suelen lucir sobre los surcos, bien rayados, una franja estrecha que los cruza, tal como sabe hacer el *esquilaor* en el lomo del muleto nuevo para dejarlo más galán. Se ve a mil metros este rasgueo decorativo, como si anduviéramos por la alfombra. Antiguas lindes, corregidas con justo título o por malas artes de rapiña, aparecen visibles, al fundirse con la distancia trazos pequeños que nada dicen a quien los pisa. En el servicio catastral, fotografías tomadas desde avión han levantado muchos de estos fantasmas. Así penetran en tierra de Madrid los llanos de Toledo. Mejor diríamos al contrario, porque Madrid no sale de su concha. A pocos minutos de vuelo ya no da señales de existencia, y sólo vemos sierra y llano, montes y surcos. El mapa vivo, al descubrirnos que no existe Madrid fuera de sus calles, nos sugiere el presentimiento de que algún día, las provincias, los verdaderos dueños, vendrán a trazar otros linderos: Segovia, hasta Colmenar Viejo; Avila, hasta El Pardo; Guadalajara, hasta Alcalá; Toledo, hasta Vicálvaro y Carabanchel. Quedará la villa con su área mínima de extensión, ya que no nació para provincia. Pero ¿qué interés tengo en amenazar a Madrid con un peligro que no le importa? ¿Qué más da el nombre, si de todos modos desde aquí ve-

mos la verdad, las dos verdades: Guadarrama y la Sagra?

La Sierra; primero, Guadarrama, con los Siete Picos; poco después, Gredos, con el Almanzor, dignifica el horizonte, al Norte. Por la otra ventanilla, menos atractiva, lo sombrean los montes de Toledo. Al ir, por la mañana, a plena luz de un día claro, de mucho sol, dominan las notas fuertes, agrias, de las tierras. En cambio, al volver por esta cañada del Tajo, ya cerca del crepúsculo, con los rayos ponientes sesgados, la escenografía cambia y la masa de Gredos aparece, espléndida, con su prestigio de gran cordillera central, presidiendo el paisaje desde sus crestas escalonadas. A esta hora, maravillosa, todos los accidentes del suelo tienen su relieve. Se ve la sombra de las encinas. Destacan las peñas del berrocal de Nombela, y en una altura que a la ida no podíamos apreciar aun volando bajo, asoma el murallón avanzado de la Sierra del Piélago. Parece que bordeamos una costa abrupta. Arrecifes y jara. Un capitán de aviación que viaja con nosotros se acuerda de su escuadrilla: —Así es el Rif—. Y hace el simulacro de la ametralladora, desplegando sobre un caminito lejano por donde, confusamente, veo desfilar la recua de unos carboneros. —¡Drrac-rac-rac! — Si esto fuera, en efecto, el Rif, acaso no descubriéramos a nadie, ni siquiera a los carboneros; pero estaríamos al alcance de algún fusil.

Protagonistas de este gran espectáculo son, tanto como las montañas, los ríos. Asoma el Tajo, muy ancho de márgenes, cerca de Talavera. Todo el fondo se colora con reflejos de la cerámica tradicional, a base de azul—lo que da

el aeroplano—y pardo—lo que da la tierra—. Con esto, penetramos, por el Tiétar, en Extremadura; pronto asomarán las dehesas y ya no encontraremos elemento nuevo en nuestro viaje hasta la frontera de Portugal. El azar vuelve a traerme a la vega del Tiétar. A lo lejos, al Sur, Navalморal, con todo el campo de la Mata. Un camino rojo entre las encinas, y antes de tocar el río, un pueblo, cuyo plano compruebo ahora, pero que ya tenía bien estudiado, casa por casa: la iglesia, la fuente, la calle-carretera, el cementerio de avanzada... Es decir, Talayuela. Sé ya tanto de la Talayuela palúdica, que al pasar, volando a mil metros sobre los anofeles, saludo al pueblo como a uno de esos amigos antiguos, peligrosos, que ya no nos pueden molestar. Busco por allí cerca Torviscondo. No lo veo. Sin duda lo desmontaron sus últimos vecinos, al huir, y estaría junto aquel cercado y aquellas cuatro paredes sin techo. ¿Resistirá todavía la maestra? Luego viene la siniestra soledad del Tiétar, en Campo-Arañuelo. Pero conviene precisar. Si el Tiétar me parece siniestro, no es porque le vea así desde el aeroplano, sino porque le conozco de cerca. Tiene, al fondo, el azul de Gredos. Toda la vega llana va bordeado de álamos. En la Vera de Navalморal es demasiado árido; pero en la de Plasencia, tiende hasta lo alto de la sierra tapices finos de distinto verdor, jugosos. Precisamente en esas pinceladas alegres están los pimentales, los secaderos, las charcas. Al pensar en ello y en los arbitrios que el hombre inventa sobre cada palmo de tierra, medida desde el avión, para ganarse la vida, descompongo el paisaje. En invierno esto será todavía más hermoso. Llegará la nieve del Al-

manzor hasta Losar de la Vera. Destacará más el verde de los pinares. Bajará el Tiétar caudaloso. Pero no me importa descomponer, subvertir el paisaje y reducirlo a términos humanos. Aquí empieza la tierra casi deshabitada. Ahora es la ribera palúdica; pronto serán las dehesas, vastas propiedades, con escasos pueblos, los indispensables para reunir bajo techado las familias de unos cuantos millares de jornaleros. ¿Qué más le da al águila—o al dios—que ahí abajo haya pocos o muchos hombres, ni que vivan bien o mal? Mis lectores saben que yo acepto la responsabilidad de cualquier atentado contra las divinidades impasibles. No les encenderé ninguna lámpara, y cuando vuele sobre las encinas de Araya, rasando Navas del Madroño, pensaré si habrá cumplido su palabra el secretario del Ayuntamiento y tendrán ya los muchachos unas escuelas nuevas.

Esta es la Extremadura alta, cacereña, donde sólo habitan veinte hombres por kilómetro cuadrado. Que en Soria sean quince—por la paramera—; que en Cuenca y Teruel, regiones desiguales, frías, montañosas, se aproxime la cifra a esta desolación de estepa, no deberá sorprender a nadie. Pero—salvando la Mancha jurdana, al Norte—Cáceres, la provincia española más vasta, pisa buena tierra laborable. Asoman bajo el ala del *Junker* los diversos tipos de cultivo: primero, los trigales de la cuenca del Tajo; luego, los encinares en tierras sembradas de tarde en tarde; luego, la dehesa. Y en la dehesa, regiones apretadas, como bosques de encina, roble y alcornoque; trechos más flojos, de árboles espaciados, entre roca y jara; por último, anchos calveros, que desde arriba no sé si son tie-

rra pobre o peñascal. Estas calvas, muy extensas por algunos sitios—entre Cáceres y Alburquerque, en línea recta, por ejemplo—, alejan toda idea de población humana. Si crece algo allí, será jarilla de entresierras, jabalina. Como las trabajan, surcándolas y desnudándolas, innumerables torrenteras—pequeños hilos más bien de aguas superficiales—, parecen, no un cráneo, sino un cerebro de infinitas circunvoluciones. —¡Cerebro esta corteza dura, impermeable, nada sensitiva!—Pero aun en terreno menos ingrato, la dehesa está abandonada a sí misma. Por rápido que sea el vuelo del aeroplano, tarda mucho tiempo, no ya entre pueblo y pueblo, sino entre huella y huella del paso del hombre. Esta es, acaso, una de las mayores extensiones de tierra en que el extremeño no ha hecho nada, no ha puesto nada. Algunas veces lo ha quitado todo y ha tenido que huir él. ¡Veinte habitantes por kilómetro cuadrado! Aquí habrá todavía menos, como en las sierras de Gata y Guadalupe; pero los que hay no nos dan ningún testimonio de que existen. No levantan casas; no rayan el suelo, sino muy de tarde en tarde, con alguna cerca. Todo va según quiere la tierra, sin guía, sin plan humano que pueda descubrirse a mil metros. El Tajo brilla, metido en violenta cortadura, al Norte. Al lado opuesto, el Guadiana, todo remansos y láminas pantanosas. Una divisoria de sierras informes en medio. Más abajo, en tierra de Barros, veríamos, sobre el llano de surcos rojos, todas las alturas estratégicas coronadas de castillos. Pero hemos cruzado las dehesas más pobres—las más seguras siempre—y no divisamos ningún torreón hasta Valencia de Alcántara, ciudad alegre, rodeada

de verdor. Con las sierras, con el río y hasta con los castillos roqueros penetramos en Portugal, sobre los riscos de Marvao, en los montes de San Mamed. Demasiado a ras del suelo, hemos bordeado el peñón de Castelo de Vide, y ahora vienen pinares algo más poblados, tierras algo más parceladas que las españolas, pero extremeñas también, adhesadas, hasta llegar a un país nuevo, blando, raso como un mantel: la maravillosa desembocadura del Tajo. Pero aquí no vamos a entrar en Lisboa. Hay que darle a Extremadura una reparación, volver más despacio y andar humanamente todos sus caminos, sin prisa, metiéndose en los pueblos y, si es posible, en los corazones, como yo quiero hacer mi visita de escuelas.

Septiembre, 1927.

Dedico estas páginas al Instituto Nacional de Previsión y a D. Inocencio Jiménez. A la Caja Extremeña de Previsión Social, de que es alma D. León Leal Ramos. A su arquitecto, mi buen amigo, compañero en muchos de estos viajes, D. Francisco Solana. Instituciones y hombres útiles, eficaces, por cuyo esfuerzo Extremadura llegará pronto a tener buenas escuelas.

CÁCERES

I

AL ENTRAR

1. — VALOR DE EXTREMADURA

ARCO DE TRIUNFO.—Podríamos entrar con toda magnificencia en Extremadura por cualquiera de esos arcos triunfales que honran su historia: el de Trajano, en Mérida; el de Alcántara, sobre el Tajo. No sólo Cáceres, sino Plasencia, Zafra, Trujillo, así como otras ciudades menores, villas, lugares, aldehuelas y hasta aguijones o arrabales, tienen su Arco de Triunfo por donde cabe muy bien un auto de línea. Yo llego en visita de escuelas; y, al empezar por Cáceres, doy con un arco rebajado que, desde el patio de la Normal de Maestras, conduce, en rampa, al recreo y a las clases de las niñas pequeñas. Es, tanto como arco, túnel; y tanto como túnel, alcantarilla. Unas losas, no ya húmedas, sino encharcadas, y un camino de guijos cubierto de barrillo, betún viscoso, recogen la escasa luz que penetra por las bocas del túnel. En ese brillo de cisterna me oriento para evitar algo que no veo bien: cajones de carbón, trastos viejos... No sé. Pero ¿qué falta hace ver más?

¡Este es el Arco de Triunfo que Cáceres erigió a su infancia! Por aquí pasan cuatro veces al día centenares de niñas. Aquí desembocan los párvulos. Ya sabemos el interés que siente por ellos la ciudad. Ya tenemos un cuadro de la enseñanza en Cáceres, sin salir del viejo convento de monjas en donde vino a guarecerse la Diputación. Si destaco ese arco antes que el de la Estrella, junto a la soberbia plaza de Cáceres, no es porque viniera buscando notas ingratas y sombrías, sino porque conviene llevar el reflector a los rincones escondidos, sin dejarse engañar por la riqueza de hoy ni por el fausto de las piedras históricas; y porque Extremadura debe salvarse de las miserias que se pueden curar con poco esfuerzo. Este gran pleito de las escuelas que me lleva de pueblo en pueblo es una vil cuestión de ochavos. Llamo ochavos, como en Castilla, a las cantidades ruines por las que ni un hombre ni una nación se pierden.

EL HOMBRE.—De Llerena a Plasencia, de Valencia de Alcántara a Guadalupe, hemos trazado una cruz por estas dilatadas tierras de Extremadura. Queremos ver su vida, no sólo sus escuelas y sus paisajes, y al mismo tiempo pretendemos que no se nos escape el espíritu. Desde los Barros de Villafranca, tierra llana y pródiga, capaz de todas las cosechas, hasta los pedregales de Coria—montes y jarales, sembrados y dehesas—, todo querríamos verlo fundido en una sola valoración. Cada una de las dos provincias comprende tantas Extremaduras, que la unidad se escapa. Y si en la tierra no la encontramos, ¿la encontraremos en el hombre? ¿Existe el extremeño tipo? ¿Podemos referirnos a él dentro de sus fronteras, como nos referimos al

español, al inglés o al alemán? Todas las descripciones de Extremadura suelen comenzar por una síntesis aventurada y arbitraria del carácter de los extremeños. Hacia 1830 todavía era notable para el viajero la inseguridad de los caminos y la inclinación de aventureros y maleantes por el tráfico del contrabando. Mucho antes de esa fecha hablaban todas las semblanzas del poco estímulo para el trabajo. "Extremadura sería rica y próspera si sus habitantes supieran cultivarla." Ya el viejo Ponz salía en defensa de los trabajadores extremeños diciendo de ellos que no son flojos ni holgazanes: "Ningún hombre trabaja con ahinco si no le anima alguna esperanza de medrar." Divisiones, disensiones, rencillas familiares, traducidas en bandos que ocasionaban luchas y casi guerras intestinas. Este era el régimen habitual de la política interior de sus Municipios. Todavía hoy he visitado un pueblo extremeño que no pudiendo desfogar sus instintos de bandería a favor de bejaranos o altamiranos, cristinos o carlistas, moderados o progresistas, liberales o conservadores, pelea por el médico de arriba o el médico de abajo. Es la herencia, la tradición. También la historia del descubrimiento y conquista de América. Pero vivimos llenos de prejuicios sobre nuestro genio regional y sobre el carácter de cada región. Yo creo que la conquista de América, donde lograron parte principal los extremeños, es, precisamente, lo que más ha contribuido a desorientarnos. Fué muy duro nuestro Renacimiento, fueron de acero aquellos hombres en Europa y en América, y ahora imaginamos que sus descendientes llevan todavía guantelete de hierro. Me libraré bien de resolver en pocos días,

y con los datos de un rápido viaje, sobre cuestión tan difícil como la de averiguar si los extremeños de la Conquista eran, en realidad, extremeños, de sangre y raza, o dominadores de Extremadura afincados y establecidos en el suelo que invadieron sus mayores. Pero recorriendo las dos provincias y hallando por todas partes en ellas blandura y ecuanimidad de trato, resignación, pasividad, cualidades de resistencia más que de ataque, llego a creer que así fué siempre, en su ser natural, el extremeño, y que el ánimo dominante de los jefes, cabezas o caciques opresores triunfa precisamente por la blandura de la masa.

LA TIERRA.—Y aquí empieza una observación común a todos los viajeros de todas las épocas. Extremadura es la región donde la tierra está peor repartida, donde los pobres tienen menos y los ricos tienen más. Una enorme población de jornaleros y una lista brevísima de grandes propietarios. Descampados. Desiertos. Pero desiertos en tierra fértil. El conquistador—o dicho en lenguaje contemporáneo: el propietario—ha llegado en la extensión de su propiedad tan lejos como le consintió la blandura de la casta dominada. Este gran problema, el primero de Extremadura, harto más difícil y complicado que el de la enseñanza, merecerá serios estudios y honda preocupación. Tardará mucho tiempo en resolverlo. Extremadura gastará mucha fuerza antes de lograr la conquista de su propia tierra. Yo persigo cosa más fácil. Nada, o casi nada. Unos locales. Unas escuelitas de pueblo poco más grandes que las viviendas de los peones camineros.

2. — LA CIUDAD VIEJA

CALLES Y PLAZAS.—Desembocamos por la venerable calle del Maestro en la plaza de los Golfinos. Toda esta piedra señorial de la gran ciudad fundada sobre piedra resiste bien, como si hubiera formado una masa compacta, una sola roca labrada por artistas del Renacimiento, contra el oleaje de los siglos. Tienen nuestros pasos aquí sonoridad metálica. No se pulveriza Cáceres. No se disgrega.—La maravillosa ciudad alta de Cuenca está en ruinas. Trujillo, la villa, va cayéndose muro tras muro. Se derrumba Buitrago. Torrelaguna, Calatañazor, Tarifa, Cervera, todas estas ciudades históricas que se encaramaron en un risco, parecen condenadas a no vivir un siglo más. Gerona, como tiene también piedra de buena casta, se defiende con heroísmo del peligro de derrumbarse por las gradas de su catedral. Pero, al fin, todas ellas—incluso Cáceres—viven con riesgo. Asoman en el llano a que aspiran las ciudades modernas como crestas de civilizaciones hundidas, y necesitan ser muy fuertes para eternizarse en ese papel de rocas hipogénicas antiguas.—Cáceres cuenta de su parte, si no con la fuerza, con la gracia. No es desmesurada, no luce monumentos grandiosos. Por donde vais os salen al paso portaladas, ventanas, patios en el fondo de un zaguán obscuro, herrajes en los balcones; finos detalles ornamentales, casi siempre de heráldica; pero ¡ con cuánta discreción! ¡ Con cuánta severidad! Para demostrar su prudencia y el despego que siente por cualquier género de ostentación basta saber que la joya arquitectónica más curiosa la guar-

da bajo tierra: es la cisterna del palacio de las Veletas. Y mientras las demás ciudades históricas se esfuerzan por atraer al forastero, al extranjero, le buscan, le preparan cómodo alojamiento, Cáceres prefiere vivir sola, sin la molestia del turista.

LAS ESCUELAS.—¿Qué venimos a buscar aquí? ¿Arte del XVII y del XVI, y aun más arriba? ¿Arquitectura civil? ¿Modelos de la casa castellana, con abolengo e historia? Nada de eso. Venimos a buscar una cosa que no existía en esos siglos ni en el XVIII. Cuantos han estudiado España, en vivo, saben que su virtud inventiva se apagó antes del 1800. Yo he llegado a convencerme de que por ser las escuelas invención del siglo pasado, España no tuvo ya arte para crearlas con arreglo a su genio. Véase cómo buscó por todas partes apañíos, acomodados. Desvanes o bodegas de conventos abandonados; antiguos pósitos. Innumerables escuelas de pueblo han ido a parar al granero de los pósitos, que suele tener grandes pilares en el centro y dos naves, incómodas para la enseñanza, pues ni el maestro ve a todos los chicos ni los chicos ven al maestro. Cualquier dependencia subalterna sirve para escuela. Apurados ya pósitos y conventos, deshecha en unos sitios la desamortización o aplicados los edificios a fines más altos, se acudió a otros registros. Hay muchas escuelas en antiguas cárceles municipales. Hay otras en casinos y en salas de baile. Si la institución de la escuela pública en nombre del Rey—del Estado—, viniera de la época de los Felipes o de Carlos III, tendríamos en cada lugar el edificio hecho con sentido práctico, a la española. Por desgracia, la escuela llegó

tarde. Y ya sé que esta idea se presta a muchas consideraciones.

Si la consigno aquí es para explicarme por qué en el corazón de Cáceres, ciudad refinada, donde todas las tradiciones dejan fuerte raíz, no hay una sola escuela digna de este nombre. La escuela no es un concepto contemporáneo de la Torre de las Cigüeñas; no se ha podido conservar ni restaurar. Hubo que meterla, poco menos que de hurtadillas, a la sombra de cualquier claustro. Yo temo herir los sentimientos de abnegación y de cariño que al cabo de los años tiene todo buen maestro por las paredes de su clase. Pero entré con cierta esperanza en la del Instituto—primera graduada de niños, aneja a la Normal—, al pie de la iglesia de los PP. Búfalos, y vi que si Cáceres se defiende por fuera, por dentro se deshace.—¡Don Germán García, D. Modesto Sánchez Gómez, D. José Gabriel Sánchez Román..., amigos míos, maestros ejemplares: no den ustedes contra mí, si reflejo la terrible impresión que saqué de sus escuelas. Den contra el pueblo que se contenta con tan poco. Son bodegas de la antigua residencia. Podrían servir, dentro de su inadecuación, con algún cuidado para conservarlas, ya que no son escuelas, sino corredores, cuadras de planta baja, húmedas y frías; pero sin verlas es imposible sospechar hasta dónde llega el desgaste, la usura del tiempo en un edificio público. ¡Aquella escalera, aquel patio carcelario!... Pero de cárcel de villa muerta que abandona a sus presos sin preocuparse siquiera de que se queden o se vayan. Cualquier método, cualquier vocación fracasará por fuerza en el ambiente que les rodea. Maestros con ilusiones podrán seguir, a fuerza

de tesón, abstrayéndose hasta del suelo que pisan y del techo que les cobija; pero no a todos puede pedírseles tanta santidad, y mucho menos a los chicos, que necesitan mejor trato. Si la tradición de Cáceres es del XVI, ellos han nacido para vivir en el siglo XX. Habituarles al pasado es condenarles a quedarse para siempre al margen de la vida actual. Sin contar con que el valor de Extremadura puede empezar a cotizarse precisamente ahora. Ninguna región de España tiene tanta fuerza guardada; desde la tierra inculta hasta el hombre aislado en la soledad de los montes, todo espera el momento de iniciación. Esa virtud es la que voy buscando, más que en las capitales, Cáceres y Badajoz, en los pueblos.

II

CAMINO DE ALCANTARA

1. — *MALPARTIDA. ARROYO
DEL PUERCO. NAVAS
DEL MADROÑO*

PUEBLOS.—Ningún pueblo es igual a otro. Se parecerán, pero son distintos. Podemos distinguirlos y conocerlos hasta por el timbre de voz, como conocemos a las personas. El timbre de voz de los pueblos suelen dárnoslo las campanas; pero también la arboleda o el arroyo o el desfiladero por donde pasa el viento. Yo agradezco a mi buen amigo D. León Leal Ramos, de cuya buena obra iremos hablando en estos artículos, el haberme dado ocasión de visitar los pueblos del camino de Alcántara: Malpartida, Arroyo del Puerco, Nava del Madroño, Brozas; pueblos de carretera, casi todos, entre el Salor y el Tajo. Cada uno tiene su figura y su genio. Hace ya muchos años fuí a ver a Juan Maragall en su casita de San Gervasio—éste es un buen recuerdo de juventud que me gusta desempolvar—. Tenía el gran poeta seis hijas mayorcitas y luego seis hijos, todos pequeños. Al despedirse de ellos para salir un momento conmigo,

todos le besaron. "Los confundirá usted"—le dije. "Cada beso—me contestó Maragall—da distinto sabor." Cuando salgo de cualquiera de estos lugares para no volver nunca, me acuerdo de la frase de Maragall. Cada uno deja distinto sabor, y me parece que todos tienen algo de hijos abandonados.

MALPARTIDA DE CÁCERES.—¡ Hermoso pueblo! Casas enjalbegadas, con un solo hueco abajo: la puerta, y dos ventanitas altas. Tejadillos y chimeneas monumentales. Calles anchas, limpias, por donde pasan las mujeres con sus refajos y pañizuelos cacereños de colores vivos. La iglesia, el Concejo, los soportales de la plaza abovedados... Es decir, tradición. El pueblo vive pobremente. Hemos visto en Cáceres a la gente de este lugar. Ellos son piconeros, carboneros. Van al monte, y venden en Cáceres el carbón. Buena voz, dientes blancos. ¡ Y siempre alegres! Ellas venden también huevos y gallinas. El término tiene muchos eriales, peñas, charcas y lagunas. Es pobre. Ello explica que vayan tantos muchachos descalzos a la escuela. Pero no se crea que a Malpartida le falta buena voluntad. He visto la escuela de D. Manuel Juárez, antiguo pósito, con formidables pilastrones que sostienen las bóvedas, propias, no de una escuela, sino de un calabozo inquisitorial. Pero con ser vieja, no la cambiaba por la nueva de 1923. Esta no tiene ventilación. Es ancha, fría. El suelo, de cemento, está en algunos sitios, no ya húmedo, sino encharcado, y los niños descalzos, muchos con las huellas inequívocas del paludismo, soportan mal el frío de diciembre, y tosen. Están mejor las niñas. Tienen una buena maestra y una clase con sol. La enseñanza es práctica. Bordan,

cosen, zurcen. "Esto ¿qué es?", le pregunto a una. "Es un paño de afeitar, *pa* mi padre." Este pueblo se hizo sus escuelas ahorrando de año en año, de presupuesto en presupuesto. Cuando tuvo todo el dinero empezó a construir. Hay que verle con cariño y con simpatía.

ARROYO DEL PUERCO.—Llegamos precisamente el día en que comienza el replanteo para un grupo escolar, cuyos planos ha hecho el arquitecto D. José María Morcillo. Conviene saber que uno de los maestros, D. Florencio García Rubio, además de ser buen maestro, es teniente de alcalde y ha hecho dos unitarias. Da clase en los bajos de un antiguo pósito, habitación sin luz ni aire, desmesuradamente larga, con el piso agujereado, donde tiene hoy mismo 81 chicos y matrícula de 120, llegando en el año anterior a 150. Zumba la escuela como una colmena, si don Florencio se distrae. En algún momento parece que con tanta energía comprimida va a echar a volar. Arriba está un veterano: D. Cándido Franco Galván, cuyo destino ha sido tan feliz, que a los sesenta y ocho años viene a enseñar en la misma escuelita donde aprendió de niño.

—Esto quizá le parezca a usted un desván, por las vigas y los pies derechos; pero lo construyó con sus manos mi padre, que era maestro albañil. Ahí mismo, en esa banca, me sentaba yo. ¡Buenos cachetes nos daban entonces; y, sin embargo, ya ve usted, he salido maestro! Ahora de todo se quejan. Los chiquillos son de alfeñique.

Arroyo del Puerco—el Puerco, de piedra, pudo ser un jabalí celtibérico o un hipopótamo, o sencillamente un buen puerco neolítico prehistórico, de tierra de encinares—es más rico que Mal-

partida. Las casas son más grandes; las chimeneas, más historiadas. Muchas fachadas tienen esgrafiados. Puede decirse que no hay pobres. Todos los vecinos poseen algo: una huerta, una yunta, una tierrecilla. En la ribera de huertas, cada vecino cuenta con su partija y lleva una o dos vaquitas a la dehesa boyal. Sin embargo, los jornales son bajos: diez, doce reales en tiempo de invierno; sólo en la siega suben a diez o doce pesetas. Pero en Arroyo del Puerco está también la famosa finca de Araya, arrendada en 20.000 pesetas y subarrendada a los yunteros en 40.000. Esta es la mejor arma de la política local: dar o no dar las tierras es dar o quitar el pan. Por eso dice el pueblo: "Aquí, lo que manda son las encinas de Araya."

NAVAS DEL MADROÑO.—Hoy habrá nieve en Navas del Madroño. La Extremadura alta se parecerá estos días de temporal a la vertiente de la Sierra. Pero cuando llegamos nosotros lucía el Sol y todo el pueblo estaba en la calle. Hay una gran vía en Navas del Madroño, de punta a punta, y lleva un nombre popular: el de Cesáreo Moreno, un carabinero valiente que ganó la laureada y que ahora vive en Cáceres, satisfecho, sin duda, de la gloria local. En esa calle está la escuelita de D. Manuel Medina. Cincuenta o sesenta muchachos deberían asistir a ella, pero casi siempre faltan más de la mitad. ¿Por qué faltan? Van a cavar garbanzos, a segar hierba, a coger aceituna, a arrancar patatas, a cuidar las ovejas. Muchos viven largas temporadas en el campo. Algunas gentes no podrán explicarse cómo siendo tan pobre Navas del Madroño está tan alegre. Dividida la propiedad, cada cual cultiva lo suyo. Los jornaleros emigran a Arroyo

del Puerco. El terreno es ingrato, salpicado todo él de una piedra arenisca e inservible que llaman diente de perro. Pero todo esto les importa poco a los muchachos y la alegría de Navas está en ellos.

—¿A qué jugáis vosotros?—les pregunto.

Salta un muchacho avispado, con cara de truhán:

—Que responda éste, que es monaguillo.

Responden todos a una. Juegan a los "bolindres" y llevan en el bolsillo, como los chicos madrileños, las bolas del "guá". Juegan a la pelota en el frontón de la iglesia. A los "tejos". A la "coca-mosca", al navero, al toro y, ¡claro está!, al picó, que en Toledo llaman clavoteo. A los sordos y mudos. A junta-ropa. Y ahora la moda de los chicos en Navas del Madroño es jugar a la furria con una bola de corcho. La furria es un juego antiquísimo, llamado en Castilla la gurría. Hay la variante de la bigarda, y yo contaría cómo se dividen en dos bandos, lo mismo que en el *foot-ball*, si no fuera por temor a que los lectores consideren poco seria esta información. Pero ésta es la vida de los muchachos en Navas: juegos y trabajos. En cuanto pueden les envían sus padres a ganarse el pan.

Por eso costará algún esfuerzo convencer al Concejo de que no le bastan dos escuelas. La otra, arreglada hace poco, es un catalejo por donde corre el viento. Don Justo Núñez tiene allí más muchachos de los que buenamente caben. La población crece. Las familias van teniendo cada día más interés por la educación de sus hijos, aunque sacrifiquen a los más pobres retirándoles demasiado pronto de la enseñanza.

El alma secular de Navas del Madroño no está

en la calle de Cesáreo Moreno, que, al fin, es héroe del XIX, sino en la plaza, con su fuente de piedra, enguatada de venerable verdín, con sus arcos pequeños y magníficos, porque no siempre radica la grandiosidad en el tamaño; sus galerías corridas, casi todas ruinosas, pero resueltas a mantenerse en pie por un milagro de orgullo. Nadie transita por la plaza, que parece contrahecha por el artificio de un director de escena cinematográfico. ¿A qué siglo y a qué cultura corresponde este rincón de pueblo extremeño? La casa del Concejo, con su breve y sólida columnata, evoca los tiempos del rey D. Carlos I.

No sólo por fuera, sino por dentro también, porque, sentado en su sitial, como otro rey que administre justicia, está el secretario del Ayuntamiento. Le rodean y guardan respetuosamente sus alguaciles y sus escribas. Es hombre corpulento, y como tiene hinchadas las piernas, no puede levantarse para recibirnos como él quisiera. Substituye todo ceremonial con una seguridad y un dominio que pronto acierta a demostrarnos lo que es y lo que puede en estos pueblos un secretario de Ayuntamiento. Deseamos ponerle de nuestra parte para que Navas del Madroño construya sus escuelas. El argumento en contra ya lo conocemos: "Si los muchachos no van a las que tienen, ¿qué falta hace construir otras?"

La contestación es muy sencilla: "No se puede obligar a los padres si no hay sitio para todos los chicos. Cuanto mejor esté la escuela, con más gusto acudirán a ella." El secretario está conforme; entra en sus cálculos arreglar ese asunto, como tantos otros del pueblo, y haremos bien en tener confianza en su buena voluntad.

Con esto la audiencia ha terminado. Aceptemos como palabra de rey su promesa y volvamos al camino de Alcántara.

2. — LA VILLA DE BROZAS

Desde lejos, conforme adelantamos hacia su cerro, ya está cantándonos la villa de Brozas que no es lugarón vulgar, sino ilustre, noble e histórica villa. Se ve la torre de una gran iglesia: Santa María; y a la misma altura, un case-rón de recios muros: el palacio de la Encomienda de Alcántara. Deténgase un poco el viajero y no se conforme con su primera y rápida mirada de tasador. Hay pueblos que, sin ser mineros, tienen muchos palmas debajo de tierra. Esta es la patria del caballero de la Orden frey Nicolás de Ovando, pacificador y colonizador de la Española; de Francisco Sánchez—el Brocense, por antonomasia—, con su familia de humanistas y gramáticos; de los Argüellos y Carvajales; de Francisco Montejo, el Viejo, famoso adelantado del Yucatán, el primer español que puso pie en la Nueva España, fundador, hombre valiente, buen amigo, el mejor amigo de Hernán Cortés. Aquí trabajó Antonio de Nebrija. Cerca de cien "Hijos ilustres de la villa de Brozas" aparecen biografiados en el libro del deán de Plasencia, D. Eugenio Escobar: escritores, profesores, caballeros de la Orden de Alcántara, religiosos de otras Ordenes, o seculares, arquitectos, artífices. Todos tienen un nombre y entre todos exaltan el pasado de Brozas.

Los hijos ilustres de Brozas corrieron el mundo muy honrados y considerados. Fueron hom-

bres de equilibrio y mesura. Ayudáronse unos a otros por lazos de familia y de amistad. Pocos acaban mal. Quien no tuvo dotes de gobierno, las tuvo de virtud. Alguno, como fray Francisco del Rivero, que fué lego en Lima, "alcanzó don de profecía". Yo he encontrado en la lista de *Conquistadores y pobladores de Nueva España*, publicada por nuestro inolvidable Icaza, tres vecinos de Brozas que no aparecen en los *Hijos ilustres*: Domingo Martín, Miguel Valderrama, Francisco Rubio, los tres olvidados y pobres. Voy a copiar la declaración del último, porque no es un aventurero quien habla, sino un labrador extremeño que cambió su trabajo de Brozas por el de Los Angeles: "Que es vecino de la ciudad de Los Angeles y natural de la villa de Brozas, que es en Extremadura, y hijo legítimo de Joan Estevan, el rrubio, e de Maria Hernández de Sargado, e que ha cerca de veinte años que pasó a esta Nueva España; y siempre ha tenydo, ansi en la dicha ciudad como en esta, su casa poblada con sus armas y cavallos; y es uno de los primeros pobladores de la dicha ciudad de Los Angeles, donde a labrado, y en Afrisco, e cultivado muchas tierras y puesto árboles e otras plantas de Castilla, y edificado casas con la yntención que siempre a tenido de perpetuarse en la tierra, en lo cual a gastado mas de mynas, con que se quiso yr a España; e que tiene intento de contraer matrimonio para mas arraigarse, y que no lo ha hecho, por no haver tennydo con que sustentar las cargas del matrimonyo." A Francisco Rubio no le valió el oro de América. Había nacido para ochavo. Pero algo hizo quien llevó a Los Angeles árboles y plantas de Castilla.

Si era rica la villa de Brozas nos lo dirá este

dato que copio del padre Escobar: "De muy antiguo contaba con dos iglesias parroquiales, un Cabildo eclesiástico numeroso, tres conventos, 17 ermitas, un hospital, 105 capellanías, 15 memorias pías y 10 cofradías..."

Entrémonos por la plaza Mayor, espaciosa, de tipo castellano, sobrado ancha para correr en ella toros salamanquinos y aun para abrir paso a la famosa procesión del toro de San Marcos, que indignaba a Feijóo. Si llegamos muy de mañana, antes de las ocho, estarán allí los braceiros, en grupos, esperando. Es la feria de todos los días. A esa hora vendrá—¡o no vendrá!—el capataz del gran terrateniente: "¡Tantos hombres necesito hoy! ¡A tanto pago!" Y los demás a holgar, a entretener el hambre, pues en estas villas históricas abundan las familias de jornaleros sin jornal, que no comen caliente treinta días en todo el año. Aquí en Brozas no hay, como en Garrovillas, pueblo rico, "las casas de por Dios", que se lleva, por temporadas, el pobre pacienzudo, el primero en lista, y alguna vez el que mejor pide. La población ha ido menguando, y, por lo menos, deberá haber techo para todos, pues de 7.500 almas a principios del XIX, ha pasado a tener 5.400. Un párroco de Brozas, don Carlos Barriga, achacaba la ruina "a la pésima constitución de la propiedad agraria", a la pérdida de los baldíos y aprovechamientos comunales por la desamortización, y "a la circunstancia de pertenecer casi todo el vasto término municipal a forasteros que consumen fuera de aquí sus rentas". Todo huyó de Brozas cuando se fueron los señores, hasta el recuerdo de los brocenses esclarecidos.

Pero traemos con nosotros a D. León Leal, que

nos dará cifras recientes: "Brozas, con un término municipal de 39.794 hectáreas, cuenta 121 dehesas; una de ellas, cuyo dueño reside en Italia, de 3.800 hectáreas, produce en renta veinte mil duros. Cerca de dos tercios del término son propiedad de hacendados forasteros." Este es el gran tema de Extremadura y de D. León. Hemos llegado al "Problema Social de la Tierra". Como Villalobos en Salamanca, Leal Ramos ha estudiado en Cáceres la monstruosa distribución de la propiedad, el sistema absentista de explotación de las tierras mediante arrendamiento por subasta, la creciente subida de la renta. Fué al Ateneo de Madrid el año 21 con una conferencia que es un informe en regla. Si Villalobos, médico, es liberal, reformista y se inclina a la izquierda, Leal Ramos, abogado, es conservador, católico y se orienta según su espíritu tradicional. Los dos son populares y su prestigio se fundâ en virtudes de abnegación, de trabajo y de desinterés. Contemos, además, la gran virtud de la simpatía, sin cuyo influjo nunca logrará nada un español, aunque tenga razón. Los dos han visto que, en el fondo, hay aquí un problema de cultura. Y coadyuvando a la gran obra del Instituto de Previsión, el uno desde la Caja Regional de Salamanca, Avila y Zamora; el otro desde la Caja Extremeña, predicán y trabajan para ayudar a los pueblos a levantar escuelas, convencidos de que esto es construir de nuevo los pueblos y ayudarlos a levantarse.

La diferencia está en el matiz y no en la obra. Villalobos quiere reforma. Leal Ramos quiere restauración: que Extremadura vuelva a la época de florecimiento pregonada por sus gloriosas ruinas. Hay en Brozas un hermoso palacio del

siglo XVII—quizá el mismo en que habitaba el juez, conservador de la Encomienda de Alcántara—. Están llenas las calles de Brozas de casas solariegas. Este palacio, restaurado, habilitado, ahorra una construcción. Tiene la vitola del gran siglo, espacio para seis salas con sus dependencias anejas, entre ellas la cantina escolar, techos altos, artesonados, muros de piedra y corrales que en un año pueden ser jardines. Conviene saber que el alcalde de Brozas es maestro. Se llama D. José Rodríguez, y pertenece al número de los alcaldes que quieren dejar buena memoria de su nombre. El consiguió de la Caja Extremeña un préstamo para las obras de restauración.

Restauración: es la gran palabra, optimista y nacionalista, de D. León Leal. Para interpretar la muy a la moderna hay en el Instituto un arquitecto joven como D. Francisco Solana. Restaurar es crear. Nunca sabe el que crea si crea o restaura. Hemos visto el palacio. Pocas escuelas tendrán por cerramiento una muralla con una puerta plateresca. Hemos dominado el campo de Brozas desde sus ventanas. Hemos recorrido los salones. Parecen hechos para hombres de otra medida, de otra talla. Es decir, para la que deseamos a los brocenses del porvenir.

III

EN ALCANTARA

1. — *EL PUENTE ROMANO Y EL RIO IBERICO*

EL deseo de llegar pronto al famoso puente romano sobre el Tajo nos hace entrar y salir muy de prisa por la villa de Alcántara. Tiempo tendremos a la vuelta para ver lo que aquí nos trae. Alcántara, sin el puente, merecería el viaje; pero da, al pasar, sensación de decadencia. Como su castillo, como la conventual de San Benito, toda ella respira olvido y ruina. ¡ Otro pueblo histórico medio vivo, medio muerto! En cambio el puente triunfa, glorioso y joven. Es un inmortal. Inmortal, casi sin metáfora. A solas con el padre Tajo hace mil ochocientos años, nunca tuvo el menor disgusto con él. Ni el río ni el tiempo han querido arañarle una piedra, y todas sus heridas—ocultas y curadas—se las causó el hombre. Moros o cristianos, portugueses, ingleses o españoles, encontraron medio de quitarle unas piedrecitas. Cayo Julio Lacer lo construyó por encargo de Trajano para que dure tanto como el mundo, sin imaginar que podían atacarle los hombres.

Pero aquí está bien renovado. Quizá no haya sido nunca tan joven como ahora. Es perfecto. Lo cual vale tanto como decir que es sencillo. Y digo que está a solas con el Tajo, en uno de los paisajes más severos y más silenciosos y más españoles del mundo, porque, en efecto, nadie viene a molestarle con cánticos ni alabanzas, con carteles ni tenderetes de postales, como es uso en otras maravillas del turismo. Los arcos, de piedra maciza; el río, abajo. Y unos montes de piedra, como la del puente, pero salpicada de matojos; montes deshabitados, de grandes lomas que van todas cayendo sobre el lecho del río, por donde corre, tan alta como quiera, el agua de nieve.

Porque si el puente romano está bien hecho, el río ibérico tampoco está mal. Ahora comprendo el afán del Tormes antes de arrojarse al Duero, del breve y caudaloso Almonte, del Salor, nacido en las Fuentes de Cáceres, y de tantos otros ríos encajonados. Quieren ser como el Tajo, domadores de las aguas torrenciales. Al llegar el deshielo de este gran temporal de nieves son infinitas las corrientes que bajan de las cumbres. Aguas filtradas y aguas de avenida violenta, repentina. Para encauzarlas a todas con la serenidad del padre Tajo, hace falta haber labrado mucho la peña y ser muy grande. Se les pide que, además de este gigantesco trabajo de loqueros o de pastores de hidras, sean hortelanos, agricultores. Nuestros ríos no quieren. Son fuerzas puras. Dinamismo puro. Este es su orgullo, y ya se sabe que a las grandes fuerzas, puras, un poco díscolas, hay que ganarlas por su flaco.

No hay diez kilómetros de aquí, en línea recta, a la frontera portuguesa; pero la carretera

tiene que desviarse y bordear la roca antes de tropezar con los guardiñas de Segura y Zibreira. Aguas abajo, al aumentarse con las del Salor, el río Tajo sirve de frontera hasta Cedillo.

—¿Hay algo notable—pregunto—en la raya de Portugal?

—Hay una gran zona palúdica—me contestan—, que llega hasta cerca de Valencia de Alcántara.

Aguas arriba, si no faltara el tiempo, quizá tendría algún interés la visita de escuelas. Está muy cerca, a medio camino de Alcántara a la frontera, Piedras Albas. Oigo sonar en los periódicos, estos días, un título de Piedras Albas. No conozco a quien lo lleva hoy—sino para servirle—; pero Piedras Albas tiene la peor escuela de la provincia de Cáceres, y, por tanto, una de las peores de España. La situación de este pueblo, cara a Portugal, y la estrechez de su término, recomiendan que se le preste ayuda. Más arriba aun, ya no lejos del Erjas, está Zarza la Mayor, pueblo grande, fronterizo, de carabineros y guardiñas. Dicen que antes hubo allí contrabando. Creo que, en realidad, esta palabra no tiene sentido, y, en cualquier caso, no es cuestión de andar en indagatorias. Si os traigo aquí—en pequeño vuelo fantástico—es para que veáis una de las más extrañas y trágicas escuelitas españolas. Zarza la Mayor—o Zarza Quemada, porque la quemaron los portugueses—tiene su única escuela en una ermita, una teja vana sin luces, a no ser la luz oscilante de los cirios, sin aire y sin independencia. Para entrar y salir, el maestro y los muchachos han de cruzar entre las buenas feligresas, porque la ermita está siempre bien asistida. Sé que ante la amena-

za de clausura, Zarza la Mayor prometió hacer cuatro escuelas, por lo menos. Pero, no se olvide, esta citada y las de Piedras Albas, Benquerencia y Alcuéscar son de lo peor de España.

Allí cerca está Ceclavín, pueblo de grandes recursos, al que llama "opulento" D. Antonio Ponz: "Todos sabemos—dice—la manera de ingeniarse que han tenido sus moradores." La dichosa frontera se ha prestado siempre a la malicia. Pero los de Ceclavín, no sólo son "de ánimo y determinación extraordinaria", sino, además, activos e industriosos. Hay allí *orives*, orífices, que labran el oro portugués. Aquí hubo un maestro, D. Clodoaldo Rodríguez, que dió batalla a los caciques y venció. Arregló las escuelas y proyectó un grupo nuevo, que no sé bien si sigue adelante o si naufragó.

Tengo noticias de que por aquí cerca proyectos no faltan; pero la realidad de Piedras Albas y Zarza la Mayor es pobre.

2. — OBRAS JUNTO A LAS RUINAS

Volvamos a la villa de Alcántara. Por suerte, no todo es en ella ruina y olvido. Yo diré cómo he visto abrir los cimientos de unas escuelas, separando grandes paletadas de huesos humanos que iban apareciendo al romper la tierra. Donde fallaba la pizarra, ya daban con tierra de sepultura. La escuela es siempre como una cuna; pero puesta aquí, sobre osarios, en las afueras, aunque muy cerca del corazón del pueblo, parece más bien campamento del ejército retador y sitiador. Los chicos de estas escuelas

habrán de darle mucha guerra a la vieja Alcántara para que no acabe por descansar en paz.

Salimos por las murallas—pizarra casi deshecha, con la argamasa dura, eterna, de tierra y cal—. Una puerta, con su imagen: la Piedad; y sus casas encaladas, extremeñas, alrededor. Y a partir de aquí perdemos la noción del presente. Para volver a entrar en Alcántara ya no hay muros, sino callejas, con casitas bajas—nunca humildes—, que pueden ser del siglo XV o más antiguas todavía, ya que cubren sus arrugas enjalbegándose de cal. Así está la casa donde nació San Pedro de Alcántara. No hay en ella museo del santo, ni recuerdo material del hombre ni del escritor. Sigue viviéndola una buena familia de cuyo seno bien puede salir otro gran místico cualquier día. Casitas de uno o de dos pisos con ajimeces, con rejas, con estas chimeneas triunfales que tanta importancia dan al humo del hogar. Entre ellas, a medida que vamos entrando, las casas nobles, solariegas. Y de pronto, en una plazoleta gris, las escalerillas de piedra de Santa María de Almorcobar.

Estas escalerillas, que no pasan de diez, con su guarda de caballeros angélicos, levantados, sin duda, de antiguos laudes, son el acceso y como el pedestal de la portadita románica. Aquí están enterrados grandes maestros de la Orden de Alcántara, desde frey Gonzalo Fernández de Ambía, muerto en 1284. Aquí está ahora el sepulcro del comendador de Baena, frey Antonio Bravo de Jerez. Y todavía puede leer quien quiera sobre la tapa del arca sepulcral en el enterramiento del maestro portugués Martiáñez de la Barbuda: "*Aquí jace aquella que por nen-*

guna cousa nunca ove pavor en coração.” ¡Impávido maestro frey Martianus! Yo voy a darle por compañeros en impavidez y serenidad de ánimo a los vecinos de Alcántara que descansan tranquilos bajo la torre de Santa María de Almocobar.

Esta torre, que no es del siglo XIII, sino muy posterior, está viniéndose abajo: —Puede caerse ahora mismo—nos asegura persona competente—, antes de que llegemos al final de la calle. También puede resistir cincuenta años.

Ahora o más tarde, el día que caiga la torre, habrá tal catástrofe en Alcántara que oirá los lamentos hasta frey Martianus Martiáñez de la Barbuda. —¿Por qué no la reparan ustedes? —pregunto. —Es imposible. —¿Por qué no la derriban? —Costaría más que repararla.— Y así queda la torre confiada a la vigilancia milagrosa de Santa María de Almocobar, para que la deshaga en polvo, lentamente, como va deshaciéndose la conventual de San Benito, o para que un día de calor, a la hora de siesta, la deje derretida, hecha cemento, en mitad de la calle.

Todo el barrio de Almocobar—como toda Alcántara—está lleno de melancólica poesía. Esa portalada ancha puede conducir a un almacén o a un casino; pero yo quiero suponer que todavía quedan caballeros o “caualleras” de la Orden, viéndonos pasar detrás de alguna celosía. Aun he visto un rincón lleno de misterio; y, precisamente, es en el patio de una escuela. Damos en ella, casi sin saberlo, porque vamos buscando al maestro D. Vicente Rayón, y no imaginamos encontrarle en la misma casa de los Barrantes. La escuela es terrible. Tal como ahora estuvo siempre, quizá peor, ni más estrecha ni más ló-

brega. Era la casa del Tercio. Estos últimos años han venido vecindades promiscuas, que en todas partes las hay, incluso al amparo de la Orden. ¿De qué es la casa ahora? No lo sé. Unas muchachas nos preguntan: —¿A quién buscáis?— Si la escuela es malísima, el patio es delicioso. Unos arcos sencillos; unas columnas toscanas, blancas; un árbol—¿un granado?—cuyas ramas altas pasan la galería y tienen hojas aún. La escalera, la puertecita al fondo... “Se hizo esta casa — dice una inscripción en cerámica — año de 1260; se reedificó año de 1846.” Barrantes Maldonado—hombre de letras y de imaginación—mandó en ella por el 1540 al 1550. De entonces han de ser las columnas toscanas y el aire sensual que corre por la galería hasta los rosetones del tejadillo.

Pero los muchachos están aquí mal. Se pensó en arreglarles un antiguo palacio, en el mejor sitio de Alcántara: la plaza “de los toros”—todavía duran las gradas—, donde estuvo el cuartel de veteranos; pero luego el Ayuntamiento, con préstamo de la Caja Extremeña de Previsión Social y proyecto del Sr. Morcillo, construye de nueva planta unas graduadas, de seis clases, que costarán poco más de cien mil pesetas; y aun tiene idea de construir otras seis. Como digo, las obras han empezado y están junto a esa misma plaza, abierta sobre la campiña de Alcántara y que puede ser el comienzo de un barrio nuevo.

No hay razón para que la villa se deje arrastrar en el derrumbamiento de la Orden. El convento de San Benito y la hermosa iglesia conventual se hunden. El gran libro de Mérida, *Catálogo Monumental de la provincia de Cáceres*,

lleva fecha de 1924. Creo haber visto en él datos posteriores. Pues bien; lo que entonces pudo ser conservado con ligeras obras de reparación, ahora ya está deshecho. Sólo queda el esqueleto del órgano en la Conventual. En la capilla de Ovando cae, no ya gotera, sino agua de lluvia. La del comendador de Piedrabuena no tiene defensa. Hay árboles, no hiedras, en las más altas cornisas. Pronto no quedará nada en pie y desaparecerá todo lo que pueda ser expoliado. Recojo, para terminar, esta frase que he oído cerca de aquí, tal como la dijo un vecino del pueblo:

—Con las vitelas de los libros de San Benito se han hecho muchos pares de botas en Alcántara.

IV

ALEDAÑOS DE CACERES

1. — *TALAVAN, MAS ALLA DEL ALMONTE*

HACE años, cuando los vecinos de Talaván necesitaban ir a Cáceres, gastaban en el viaje tres días: uno para ir, otro para su quehacer, otro para la vuelta. A caballo, o en cochecillo de mucho aguante, sufrían innumerables molestias, sobre todo al pasar el tajo del río Almonte, desfiladero temeroso.

El camino hoy es, para el auto, un paseo agradable de sesenta kilómetros. Salimos de Cáceres por la alta llanura que se extiende hacia el Norte, sin encontrar un solo pueblo, ni una casa, ni apenas un árbol. Algún olivo pobre, algún encinar muy claro. Toda la tierra está salpicada de rocas; mejor dicho, la roca viva asoma a ras de tierra. Pero donde hay unos cuantos terrones, entre los esquistos pizarrosos, allí ha ido un hombre a trazar un surco. Todo esto lo cultivan. ¿Cómo se arreglan para meter la reja y para guiar el ganado? Parece que Cáceres y su contorno sirvieron de campo de batalla, más que entre dioses o gigantes, entre montes que se

pulverizaron, y que estamos viendo, no ya sus tumbas, sino su osario. Ninguna ciudad, antigua o moderna, hubiera podido dejar tantas ruinas. Y, sin embargo, entre piedra y piedra trabaja el arado romano. Los cacereños, que dejan enormes y soberbias dehesas de tierra magra para jarales o montanera, aquí se obstinan en hacer brotar espigas de la roca, milagro más patente que el de Moisés y mucho más penoso que el de hacer brotar agua. El agua no se filtra. Queda en la superficie hasta el rigor del verano. Así, trabajando entre charcas y peñas, aguardando la mezquina recompensa de una naturaleza dura, quieren sacar partido de la propiedad que les tocó en suerte.

Estos llanos altos, ondulados, fríos hoy como la paramera de Soria, sufren, de pronto, un corte. Como el Tormes antes de llegar al Duero, el Almonte es un río magnífico, de agua viva, rápida, que va bullendo y espumeando por el fondo de un barranco. Todos estos ríos tienen algo del padre Tajo. Hemos llegado al brocal de la cortadura cuando el Sol despeja las nubes altas; pero del mismo cauce del Almonte brota una niebla que viene pegándose a las peñas y oculta hasta los primeros matojos del borde. No hay paisaje más allá, a un metro de la rueda del automóvil. No hay sino un fondo gris. Estamos en el fin del mundo. Por fortuna, la niebla pasa y vemos delante de nosotros el abismo dominado y civilizado por la ingeniería. La carretera va zigzagueante, cortando las aristas del monte para tomar las curvas. Buena carretera y buenos frenos hacen falta para llegar al Aijón de Pantoja. Aquí hay ahora un puente nuevo, respetuoso con la tradición romana de Alcántara;

pero todavía duran los famosos “puentes de don Francisco”—D. Francisco de Carvajal, vecino de Cáceres—, para pasar casi al mismo tiempo el Almonte y su tributario el Tamuja, obra de fuerza, pero no de tanta como las dos corrientes, que le rebasan y le rompen. El Almonte, río poco sonado, de curso breve, emula en este paraje las glorias de nuestros ríos caudalosos e inútiles. Su belleza, hosca, se hace más imponente por la soledad de sus orillas. Al otro lado empieza a ablandarse la tierra. Vemos ya olivares, huertos. Luego más terrenos de pan llevar, más encinares. Y muy pronto, Talaván, bajo un gran cerro arbolado, risueño.

El aspecto de Talaván es humilde. Viven allí labradores que se contentan con muy poco. Pero, entiéndase bien. Un pobre en Talaván no es como un pobre en Madrid. Un pobre en Madrid tiene alumbrado, relojes públicos, aceras, parques y jardines, tranvías, escaparates, portales donde guarecerse y mil espectáculos callejeros. Tiene instituciones protectoras de distinto género. Pero un pobre en Talaván, a falta de tantas cosas, de autos que le atropellen, de tiendas que le deslumbren y le quemén la sangre, de guardias que le vigilen, tiene su monte comunal. En estos pueblos, un pobre nunca es pobre del todo. No le falta una suerte de tierra ni un techo. El Concejo reparte buenamente la gracia de Dios, y las costumbres hacen que no sea su vida muy distinta de la del rico. Ningún tejado levanta mucho más que los otros. Además, el Concejo suele ser propietario y, a veces, gran propietario. Si administra con algún orden sus rentas, le bastarán para no gravar a los vecinos con cargas ni derramas, e incluso para realizar

obras públicas, y, si quiere, si da con hombres de bien, para construirse sus escuelas.

Este es el caso de Talaván, como el de otros pueblos que desde hace largos años nunca fueron administrados de buena fe y con independencia. Las circunstancias han traído al Ayuntamiento gentes sin compromisos o con el compromiso de realizar mejoras visibles y tangibles. Alcaldes maestros han procurado dejar como huella de su paso por el Concejo siquiera una escuela. Donde los pueblos han tenido esta suerte, se han hecho algunas cosas. En otros, no. Aquí, en Talaván, D. José Estirado, el maestro, fué alcalde, y luego vino otro hombre de buena intención. Acudieron a la Caja Extremeña de Previsión Social, que facilitó dinero para levantar cuatro escuelas, y las construyeron en pocos meses. Falta material y otras cosas que no puede dar el pueblo: atención y cuidado para que los edificios tengan algo más que las paredes. Se ha formado una charca, precisamente detrás de la escuela. Yo he aconsejado a las dos maestras y a los dos maestros que cada uno de sus discípulos tire allí una piedra mañana y tarde, y acabarán con el peligro antes que el Concejo provea. Pero ya hay escuelas. Ya se ha cubierto el arroyo del pueblo, que era un albañal.

2. — CASAR DE CACERES.
EL MAESTRO GRECO-
LATINO

Los muchachos, sueltos, se dispersan calle arriba, calle abajo.

—¿Y don Angel?

—Arriba está. ¡Pero no suba usted por esa escalera, que resbala!

Al entrar en la clase me parece que alguien le usurpa el puesto a D. Angel y anda entre sus libros.

—¿El señor maestro?—pregunto, mirando a derecha e izquierda.

—¡Servidor!

Y avanza—no lo duden ustedes—el maestro más original de España. Viste a la romana. Quizá me equivoque y su indumento sea todo griego; pero tal como yo le veo evoca la interpretación clásica, grecolatina, del siglo XVIII. Lleva la cabeza descubierta y se aprecia la señal de una banda o diadema en los cabellos, muy negros, revueltos en bucles escarolados. El cuello, recio, al aire. Sobre la túnica, un manto de color avellana. Sandalias de cáñamo... Mientras formulo las preguntas de siempre, sin descubrir sorpresa, porque eso sería indigno del maestro y de mí, examino la escuela. Salón inmenso; antiguo casino. Las crujías forman grandes arcos ojivados. Al fondo, detrás de su mesa, ábrense tres deliciosas ventanas a un patinillo claro, donde asoman un laurel, un naranjo.

—¿Está usted buscando las tórtolas? No ten-

go ya—me dice don Angel—. No queda ninguna.

Este luminoso cerrado cacereño y latino es tan discreto, que ante sus ventanas bien puede franquearse conmigo el maestro del Casar. Ya sé que todo este arreglo de la escuela lo ha hecho él. El ha traído el material, incluso los pupitres. El decoró toda una crujía con su zócalo de yute rematado por una greca ancha. En catorce años que lleva aquí, todos le conocen, le estiman y saben que cumple con su obligación. Pregunte a cualquiera del pueblo quien desee informes; acuda a los inspectores. Verá que, además de ser un buen maestro, es un ciudadano irreprochable.

—Yo estimo la civilización grecolatina, pero no quito nada a la nuestra. Enseño a los niños a ser hombres de su tiempo. En cuanto a mí, visto como usted ve porque lo creo más cómodo. Nadie se sorprende. Todo el pueblo, chicos y grandes, sabe que a este maestro le gusta ir así. Ahora saldremos a la calle y verá usted el afecto y el respeto que nos demuestran todos.

El maestro de Casar de Cáceres—hablo del maestro grecolatino, porque hay otros dos, y uno es alcalde—se llama D. Angel Rodríguez Campos. Es de Moharraz, villa de Salamanca, donde todavía conservan vestimentas y costumbres antiguas. Estudió en Salamanca; luego en Madrid, con los padres Lazaristas—los Paúles—; pero no llegó a ordenarse. Las humanidades le atraían; sobre todo las letras latinas, que cultivaba desde los doce años. En una época difícil de su vida, Menéndez Pelayo, que le consideraba como latinista, le aconsejó que se hiciera maestro. Ganó plaza. Vino a Casar de Cáceres, y desde entonces no ha salido ni quiere salir. Pero todo ha

de decirse: llegó vestido de explorador. Organizó sus guerrillas de *boys-scouts*, al mismo tiempo que los cantaba en hexámetros latinos. Luego fué derivando hacia la indumentaria clásica. Usó la primera túnica dórica, que, como ustedes saben, no necesita hechura. Es una tela sencilla, larga, que va prendida a los hombros con un broche. Ahora lleva otra, un poco anacrónica, de punto, porque hace frío. Volviendo un grueso anillo de oro, que se mira al hablar, el maestro clásico me confiesa que este año ha cometido una claudicación; en efecto, bajo la sandalia aparece el calcetín de lana. Su casa—la casa en que se aloja—tiene triclinios y escaños romanos. Yo no vi sus libros de lectura clásica; pero sí los poemas en que trabaja, algunos terminados ya, otros incompletos, porque es difícil reconquistar a los cuarenta y tres años el estro de la primera juventud. Por ejemplo: *Arateon*, mitología de los astros; poema de las constelaciones boreales, según los mitos griegos. Poema de *Las Hespérides*. Nueve libros de poesías latinas con el nombre de las nueve musas. Odas. Sonetos. Algunos de asunto moderno: a los exploradores de España, al vuelo de Franco. Otros muy clásicos, como el soneto *A la castración de Alixo*, en que hace hablar patéticamente a las ninfas del Bercinto: “¡Corre, te llaman!—De su templo serás sacerdotisa.” Porque, además de escribir en latín, don Angel ha hecho la versión castellana de sus poesías. Todo con fuerte sabor siglo XVIII, y aun más antiguo, pues el maestro del Casar es clásico también en su idioma.

Hemos paseado, en efecto, las calles del pueblo; D. Angel, tan pequeño con su clámide; yo, tan largo, con un abrigo del Far-West, que tiene

su leyenda. Ninguno de los dos hemos parecido exóticos ni anacrónicos en Casar de Cáceres. Pueblo grande, industrial. Como el lector verá, nada vulgar. Allí está el párroco D. Saturnino Martín, hombre de gran cultura, humanista, matemático y teólogo. ¿Cómo viviría Rabelais si hubiera acampado en un lugar de Extremadura? Asomémonos a la iglesia, digna de una gran ciudad. No está. No se oye el vozarrón de D. Saturnino. Habrá ido a Cáceres a dar su conferencia sobre Astronomía.

Pueblo fuerte, rudo, de carácter original. Siempre supo defenderse bien, aunque esté rodeado de canteras y piedras berroqueñas. Tuvo telares, tenerías, obradores de la seda y del cuero. Lo cruza una calzada romana "y el cordel para las merinas trashumantes". Fué más de lo que es hoy. De aquí son las famosas tortas de Casar, más finas que la mantequilla de Astorga, pero rebeldes, caprichosas y díscolas. Estas tortas son, lisa y llanamente, quesos de leche de cabra, a los que se les pide una transmutación, una maravillosa superación de su propia naturaleza. Abandonados a sí mismos, cuando quieren, se convierten en tortas. Cuando no, es inútil forzarlos y apelar a la técnica. Siguen siendo vulgar queso montuno. Ahora piensan en traer al Casar hombres de ciencia para investigar el misterio y para asegurar la fabricación y conservación. Muchas maravillas semejantes iremos descubriendo, no sólo en Casar de Cáceres, sino en toda la tierra de Extremadura.

V

A LA RAYA DE PORTUGAL

1. — *HERRERUELA. SALORINO. MEMBRIO*

EN esta excursión de Cáceres a Valencia de Alcántara—grandes dehesas y pequeños pueblos—, el campo lo es todo y el pueblo apenas es nada. Siendo apenas nada el pueblo, ¡imagínese lo que será la escuela! Vengo con dos maestros de Cáceres. De uno, D. Angel Rodríguez Alvarez, ya hemos hablado en estas notas con el debido elogio. El otro, D. José Gabriel Sánchez Román, es honra del magisterio cacereño. Pero ¿qué hacemos aquí los tres, perdidos en medio de una infinita soledad; kilómetros y kilómetros, mejor dicho: leguas y leguas de encinares y alcornocales, baldíos y dehesas? Lo que venimos buscando—escuelitas de pueblo—es cosa de tan poco aprecio que casi valdría igual buscar nidos entre los surcos. Los pueblos son muy pocos: Herreruela, Salorino, Membrio... Para llegar a alguno de ellos hay que dejar la carretera y entrarse casi a campo traviesa. Todos tienen fuerte sabor a jara. La vida es primitiva, rudimentaria, sencilla y sana en estos meses fríos. Cuando viene el verano, la tierra

siente fiebre y en el crepúsculo se llena el aire de murciélagos y de fantasmas.

HERRERUELA.—Guardan el pueblo unos olivares que salen al camino. Los olivos, la torrecilla chata de la iglesia, un palacete modernizado y una escuelita pobre son la flor de Herreruela, que no llega a mil habitantes. El alcalde del lugar es maestro. Se llama D. Severiano Núñez. Joven, resuelto y lleno de planes y grandes propósitos. Este arroyo que ahora pasamos por un vado de piedras pronto tendrá un puente. Estas charcas quedarán saneadas. Aquí, precisamente en los olivares, se construirán las escuelas nuevas. Hay dinero en las arcas del Ayuntamiento, porque hay honradez. Pero, ¡claro!, el pueblo es pobre. Si el lector quiere saber cómo viven los vecinos de Herreruela, yo le contestaré en dos palabras: "muy mal". ¿Y los grandes encinares? ¿Y las riquísimas dehesas? Eso todo va fuera. De las 25.000 pesetas que paga el pueblo por contribución territorial, corresponden 17.000 al hacendado forastero. El mayor terrateniente no hace dos visitas al año, y cuando va no entra en el pueblo: se queda en una casa que tiene cerca de la estación. No cultiva por sí, sino que arrienda las fincas al mejor postor, y éstos las subarriendan a buenos precios. Sólo cultivan por sí mismos los que se quedan con parcelas pequeñas. Los jornaleros emigran a Badajoz y a Sevilla. Cuando pueden, salen a carbonear al campo, llevándose la familia. Cuando no, vienen a Herreruela dos o tres meses al año. Esta miseria es la que rinde a sus hijos un término extenso, plantado desde muy antiguo de encinar y, sobre todo, de ricos alcornocales, que llegan hasta cerca de la sierra. La

misma sierra, vía férrea adelante, no vale nada; no sirve ni para montanera, que es el aprovechamiento de la bellota. Pero hay mucha tierra buena donde la jara es tan alta que tienen que ir abriendo caminos con "el segurón"—la segur—. De otra manera, tanto se enzarza el monte bajo, que no pueden pasar las bestias con la corcha. Y habrá, además, medios de hacer rendir mayores y mejores frutos al suelo cuando esté limpio y cuando otro régimen de propiedad traiga otro régimen de cultivo.

SALORINO.—El espíritu alegre y animoso de Salorino es Castela. Este maestro lleva en el pueblo y en la misma escuelita treinta y dos años. El pelo blanco, pero la voz joven; alto, magnífico, como descendiente de uno de aquellos artífices venecianos que vinieron a Extremadura en la buena época de Guadalupe; confiado y optimista, seguro del cariño del pueblo y de los muchachos, aunque conozca como todo maestro el refrán castellano: "amor de niño, agua en cestillo..." Pero a D. Manuel Castela le basta su escuela para estar satisfecho. Ha sabido ingeniarse para mejorar el antiguo Pósito que le dieron en 1894. Como el material era malo, ha enseñado al carpintero del pueblo a hacer pupitres. Tiene más de cien alumnos de matrícula, y asisten sesenta o setenta; y es lo curioso que aquí vienen más los dos meses de julio y septiembre, tanto que deberían quedar abiertas las clases casi todo el verano. ¿Por qué? La mayoría del pueblo vive del carboneo; en enero salen los obreros al monte, y con ellos se llevan sus familias hasta que "cucen el carbón". Las cortas de leña las hacen de enero a mayo, y en todo ese tiempo los muchachos pierden la escuela. Luego

la bellota se lleva a muchos niños. Pero siempre demuestran interés, sobre todo a medida que van acercándose las quintas; y en pleno invierno Castelao enseña a más de cuarenta adultos. Estas son las costumbres del pueblo, y ésta es la vida de Castelao. Tiene tres hijos maestros y una hija maestra. Está dispuesto aun a seguir enseñando, porque para veteranos tan valientes como D. Manuel Castelao el estado natural del hombre es el magisterio.

MEMBRIO.—Las siete octavas partes del término de Membrio pertenecen a forasteros. Hemos pasado, antes de llegar al pueblo, por Cantillana la Nueva, finca de D. José Becerra, del cual todos hablan con afecto. Más allá están Cantillana la Vieja y el Turuñuelo. Pero Membrio, desde muy antiguo, vive, por tradición, entregado a feudo. Todo en él es legendario. Todo tiene raíces históricas que nadie quiere arrancar ni con el pensamiento. No disfruta en realidad término municipal por estar enquistado en la finca de Clavería, que comprende, en una sola linde, dieciocho mil fanegas de marco real. Hay un gran palacio que vale millones. Una gran charca que va entreteniéndolo las fiebres palúdicas. El pueblo es grande—más de dos mil habitantes—, destartalado y pobre. Saludamos a don Juan Cilleros, el maestro, y nos enteramos de los trabajos de doña Julia Guijo, la maestra. Esta señora, que es de Brozas, tierra de políticos, guerreros y fundadores, al llegar a Membrio no quiso conformarse con dar clase a más de cien niñas en un tinado, ni con el local que regaló al Ayuntamiento “el Muguero antiguo”. Consiguió que hiciera la escuela, por su cuenta, un maestro carretero y que le arrendara el local al Concejo.

Y como asisten 116 niñas—ya he dicho que el pueblo es grande y pobre y, por tanto, prolífico—, doña Julia da clase por la mañana a tres grupos de menores, y por la tarde a dos grupos de mayores. De esta manera ha resuelto, no uno, sino varios problemas difíciles, y todas las madres de Membrio quedan contentas. Pocos menos alumnos tendrá a su cargo hoy D. Juan Cilleiros, que está solo para una población cada día mayor. ¡Gente buena la de Membrio, como la de todos estos lugares extremeños que ya ni consideran virtud la resignación!

2. — UNA DEHESA EN EL CAMINO

Más allá de Salorino y de Membrio, hacia Poniente—no hay que preguntar—, siguen pasando encinares, robledos y alcornocales. Me imagino a caballo, como en los viajes clásicos, jornadas enteras caminando sin salir de una sola encomienda; es decir, de una sola propiedad. Viajes de altura por entre un océano de tierra roja en donde flota la arboleda, interminable, infinita... Como esta idea del infinito en la cinta de una carretera es difícil de soportar, distraeré la monotonía de la marcha refiriendo cómo es una de estas heredades, a derecha o izquierda, por ejemplo: Cantillana la Nueva, que dejamos atrás antes de llegar a Membrio.

Cantillana está limpia de jarales. Pasada la verja, se abre un campo despejado, con hierba y caminos entre la hierba, lo mismo que un jardín inglés. Cuando hayáis dado veinte pasos hacia el cortijo que asoma con sus paredes blan-

cas y su tejadillo moro en un altozano, saldrá ladrando, deteniéndose y volviendo a avanzar, un enorme mastín, que no sabréis si viene de buenas o de malas, pero que a nadie puede ladrar sino a vosotros, porque vosotros sois los únicos intrusos en el parque de Cantillana. Afrontad el saludo del mastín impávidos, como hice yo. Detrás vienen otros perros, ladrando también y guardándole las espaldas al cancerbero, y entre todos podrían destrozarnos a dentelladas antes de que volvierais a poner pie en la carretera. Habéis debido entrar con el automóvil, para hacerlos respetar de estos fieles guardianes. Pero, ¡ya veis! ¡Nada! El mastín comprende que la visita es amistosa, porque de otro modo no entraríais tan serenos hasta el mismo patio—o corte—de la casería. Veréis una casa sencilla, y dando guardia de honor a la entrada una serie de dependencias, cada una con su puerta y su ventana al patio, pero todas cerradas. Nadie rebulle en el corral de Cantillana. Si no fuera por los perros y por las gallinas, diríais que el cortijo está abandonado. Llamáis. Nadie responde. Suena vuestra voz en el gran silencio de la dehesa como si se extendiera en la atmósfera virgen de un planeta nuevo. Y cuando ya estáis bien traspasados de la quietud y de la soledad campesinas, la puerta, misteriosamente, se abre. Encontraréis un buen fuego de leña, un butacón hospitalario y un amigo.

¿Cómo se vive dentro de una encomienda, de una dehesa extremeña? La contestación del señor, del encomendero, ha de ser, naturalmente, distinta que la del hombre del campo, atenido a su trabajo y a su jornal. En Cantillana la Nueva todo está bien, desde el corral hasta la capi-

lla. Sale de los tinados olor a mosto y a matanza. Si entramos en esas puertecitas bajas de "la corte", veremos que aquello tiene mucho fondo, y que allí dentro están los almacenes generales de la salchichería regional, con grandes secciones y apartijos dedicados a las innumerables transformaciones del cerdo. Hay muchas cosas en qué pensar y en qué trabajar si se quiere poner en orden una dehesa. Lo primero, quitar la jara. Luego, cercarla: levantar centenares de kilómetros de tapiales que aseguran la explotación. Y cuando ya está todo limpio y ordenado, ¿qué hacer? ¿Arrendarlo? Por desgracia, esto es lo más cómodo para el propietario. Alguien tiene que mediar; alguien ha de encargarse de subarrendar. Toda la población—muy numerosa—de una de estas dehesas, vive esparcida por el campo; pero son pocas las familias que habitan en las casas del monte o en chozas. Las familias siguen en los pueblos. Casi todos los hombres van y vienen, menos guardas, aperadores y criados de confianza del dueño o de los arrendatarios, que tienen en sitio fijo su puesto de trabajo y de vigilancia. Bien podrían recorrer estas dehesas "enseñadores" y "perrilleros" como los de Jerez y los de los lagares malagueños; pero tendrían que andar mucho y sacarían poco. El dueño de Cantillana la Nueva, que es bondadoso y comprende la necesidad, duda entre traer un maestro o un capellán que sirva al mismo tiempo la capilla y la escuela.

Pero ésta es una dehesa donde la dureza de las costumbres se ha dulcificado ya mucho. Hay otras bravías, donde la jara puede más; y precisamente ahora corremos desde Salorino a Valencia de Alcántara por el corazón de una de esas

fantásticas encomiendas. No saben todos que la *encomienda*, desde las luchas fronterizas, comprende millares de fanegas; que se llama *dehesa* a la heredad que comprende ya un millar de fanegas, y *quinto*, a la que pasa de quinientas. Pero la finca de Garay, por ejemplo, ya cerca de Valencia, es una magnífica encomienda, digna de una orden militar y religiosa como la de Alcántara. En fincas como ésta, importa más la caza que el hombre. Corren los ciervos entre los jarales en grandes manadas de cuarenta a cincuenta. Los ganados no llevan perros para no asustar a las ciervas. Cuando rebasan los sembrados vecinos, la guardería municipal tiene que conformarse con espantarlas. Entran ciervos, y también jabalinas, que saben destrozar el sembrado a dentelladas para que caiga el grano y se lo coman los lechones. En Valencia de Alcántara me contaron la historia—triste—de la finca de Casillas, donde un inglés, Mr. Jorge W. Robinson, llegó a establecer un buen régimen de colonia. Pero Mr. Robinson tuvo que irse desalentado al Canadá, y sobre su humanitaria institución pasaron las ciervas y los jabalíes. Los nuevos dueños empezaron por despachar a los colonos. A cincuenta duros por familia como indemnización, ¡fuera! Todo se deshizo. En el poblado quedaron guardas y peones. En el vedado, nadie. Así están ahora la Misericordia, el Madero, el Maderito, Piejunta. Magníficas extensiones de buena tierra que produce lo que ella quiere y como ella quiere, cultivada a la antigua, con lujo. El mayor lujo de nuestros tiempos consiste en dejar fuerzas sin empleo, tierras sin trabajo y antiguas encomiendas históricas reducidas a cotos de caza.

VI

VALENCIA DE ALCANTARA

LA VILLA FRONTERIZA

ESTE espolón de Valencia de Alcántara, que penetra, un poco airadamente, en Portugal, ha tenido mejor suerte que la sede histórica de la Orden. Mientras Alcántara se hundía, Valencia de Alcántara iba levantando cabeza. Hoy basta entrar por cualquiera de sus caminos—sobre todo los de la raya—para comprender que aquí hay un punto de enlace y comunicación entre las dos Extremaduras: la portuguesa y la española. Cerca de Alcántara—a pesar del puente romano—, el Tajo, tan adusto, con sus márgenes áridas y pizarrosas, en vez de unir las, por el contrario, las separa. Valencia es paso natural, camino llano, y, además, florido y alegre.

Si llegamos en día de mercado, veremos aparecer en racimos las figuras inconfundibles de los feriantes portugueses, con sus capotones de doble y de triple esclavina, con sus zapatos ferrados, su sombrero de alas anchas y su gran paraguas. El campesino portugués va bien armado contra la dureza del clima, y sobre todo

contra la lluvia, mientras que el extremeño de Cáceres, Trujillo, Valencia de Alcántara o Alburquerque, resiste a cuerpo limpio, seguro de que el frío y el agua pasan en seguida y no hay para qué darles importancia. Vienen también muchas mujeres del otro lado de la frontera, hasta de Portalegre y Castelo de Vide, pero especialmente de la sierra de San Mamed. Cuando vienen en parejas, al llegar guía el hombre; pero al volver, como las transacciones son laboriosas y se habla mucho y es preciso remojar la garganta, es siempre ella la que lleva la rienda. Traen también sus sombrerones y sus abrigos, y un simpático aspecto varonil. Los pañuelos recios y oscuros contrastan en el mercado de Valencia de Alcántara con las toquillas y los pañuelos de seda de las extremeñas. Acaso me equivoque; pero me parece que ellas no llevan esos zarcillos de oro de Portugal que aquí usan todas, hasta las más pobres. En las calles de Valencia vemos trabajar partidas de obreros portugueses. Son gente seria, sufrida, y acuden del Alemtejo y de Beira. En cambio, los nuestros no suelen pasar la frontera. De este modo, Valencia de Alcántara sirve de centro internacional a sus numerosos agregados y a los pueblecitos fronterizos. Por su movimiento, parece una ciudad minera, sobre todo al caer la tarde, cuando regresan los hombres del campo y salen a la calle las muchachas. Casas nuevas, hechas al uso de ciudad, no siempre con carácter y buena tradición de villa extremeña. Jardines en la plaza grande, Casino popular. "Cine" y teatro. Almacenes. Comercios. Su favorable posición ha hecho de Valencia de Alcántara la población más importante de la provincia, después de Cá-

ceres. Además, ha dado en estos tiempos con un buen alcalde, joven y activo, de abolengo democrático, que, sin compromisos personales ni de partido, estudia las necesidades del pueblo y quiere, en primer término, dejar hechas las escuelas. Una villa como ésta, que pasa de diez mil habitantes, apenas tenía cuatro escuelas útiles. Algunas clases estaban dándose en locales impropios. El alcalde—merece ser consignado el nombre de D. Francisco Martínez Cabezas—empezó por llevar la escuela peor alojada al mismo salón de sesiones del Ayuntamiento. He saludado a los maestros D. Eustasio Corrales y D. Gregorio Bravo. Provisionalmente trabajan ahora donde pueden; pero pronto tendrán uno de los edificios más cómodos y más bellos de España, porque está terminándose el arreglo de un antiguo convento de monjas, habilitado para grupo escolar.

La idea ha sido afortunada, y está encargado de realizarla un arquitecto muy entendido: don Bernardo Giner, de la oficina del Ministerio. El convento, de monjas de Santa Clara, tuvo, desde la desamortización, distintos usos. Ha servido de alojamiento a fuerza pública, y todavía está ocupada alguna sala alta. Un soberbio claustro herreriano; galerías anchas y estancias grandes, de muros sólidos, que al abrirse ahora los ventanales darán a las clases pintoresca singularidad. El Sr. Giner ha respetado, con muy buen acuerdo, las fachadas, y sobre todo el rincón de una solana, que conservará su carácter y dará luz al comedor de la cantina escolar. El proyecto no será muy costoso, aunque haya sido necesario ampliar su presupuesto últimamente, para incluir el tejado y el pavimento. Valencia

de Alcántara tendrá catorce clases más, bien instaladas. Es el principio de una serie de reformas sencillas y prácticas que pueden llegar muy lejos.

Hora es ya de que empiecen a manejarse estos pueblos por sí mismos. —Aquí—me decía un viejo campesino de las Huertas—íbamos bien cuando mandaban los de los calzones. Esta gente de la corbata, ¡créame usted!, es muy distraída; no piensa más que en sus cosas.

Cuando alguien logra cualquier reforma útil, deja buena memoria. Aquí se acuerdan hasta del marqués del Labrador, que hizo la primera traída de aguas; y lo que quieren es obras y no palabras. Después del viaje a Valencia de Alcántara, he recibido en Madrid la siguiente carta de su alcalde: "Como continuación a la conversación que sostuvimos en este abandonado rincón de Extremadura, me es grato manifestarle que el Ayuntamiento pleno de mi presidencia, en sesión del día 18 de diciembre, acordó aprobar mi proyecto sobre construcción de nueve edificios en la campiña con destino a escuelas nacionales y viviendas para los señores profesores, así como cuatro casas también de nueva planta en la población para los catorce maestros de que se compondrán las escuelas graduadas." Los españoles que vayan siguiendo con algún interés estos artículos se explicarán la fe con que, a pesar de todo, me obstino en no desconfiar de los pueblos. En ese "a pesar de todo", meto la tradicional tibieza; mejor dicho, la frialdad del ambiente madrileño, que podría influir sobre otro, pero no sobre mí, fortalecido ya por el hielo de cincuenta invernadas. El caso de Valencia de Alcántara no es único. Ahora mismo,

mientras escribo, celebran en Cáceres una asamblea, de la que espero mucho por la masa de opinión que remueve y por la reacción que provocará en algunos espíritus apasionados. ¡Nada se pierde; ni siquiera la visita de escuelas!

Valencia, la fronteriza, tiene a la sombra de su castillo renovado y vulgarizado restos de todas las culturas. Antes de llegar al mercado dimos la vuelta por las calles de la morería y de la judería. Pero yo no me atreveré a decir si son moras aquellas casucas con una sola puerta, de ojiva, y dos ventanitas con su pareja de canecillos bajo el alféizar. Son todavía testimonios de la Reconquista y, sobre todo, del apego que sienten los pueblos a sus dioses domésticos. Estrechas y sin otra ventilación que la salida de humos de su chimenea, imagino que nacer y vivir en ellas es acostumbrarse a todas las incomodidades. Salir de allí para conquistar América o para matricularse en la escuela próxima, será siempre atravesar los umbrales de la Edad Media.

VII

ENTRE ESPAÑA Y PORTUGAL

CAMPIÑA Y SERRILLA.

EL PINO

CUANDO sopla el viento de Portugal, decimos los españoles de la frontera que por esa parte no puede venir nada bueno. Hoy, día de sol, el aire es tan frío que nos clava en la cara agujas de hielo, y tan fuerte que desmeleña el ramaje de los castaños. Está acostumbrado a pasar sobre la aduana sin someterse a ningún arancel. Para entrar en calor, los carabineros, aburridos, dan grandes patadas en el suelo. Un chiquillo, con las medias caídas y las pantorrillas moradas, se agarra a la puerta de la caseta para que no se lo lleve el viento. —¿Aquí se estará muy bien en agosto? —Sí, señor; mejor que en la playa. Esto es fresco y muy saludable. Hay arboledas, fuentes... Este debería ser el respiradero de Extremadura.— ¡Paraje espléndido, de una belleza inesperada, selvática y, sin embargo, dulce! Del Norte viene una crestería de montes alborotados que cierran el cuadro con un pequeño Montserrat de obscuras rocas graníticas. Paralelo a la carretera va un regato, fron-

doso, muy apretado, de álamos y de viejos olmos. Y al otro lado, en la misma frontera, empiezan a subir, escondiéndose entre jarales, los caminos de la sierra. De la serrilla, mejor dicho, porque aquí no hay nada enorme ni desmesurado. Estos caminos de la serrilla de San Vicente son malos—claro está—. Poco antes de fondear en El Pino encontramos un carretón volcado; la rueda rota y el cubo hincado en tierra, con todo el aire de un falucho náufrago. Pero nadie puede imaginar la hermosura fantástica de este rincón de bosque, alfombrado por las hojas secas de los castaños. Es un despojo triunfal. Los árboles se dejan arrancar las últimas hojas de oro en medio de una fiesta. Todo su vestido está en el suelo, y la alegría de la luz llega hasta la locura cuando el viento lanza remolinos de hojas contra los troncos, negros por el contraste y por la lluvia. Es un paraje infantil, primitivo y dinámico. Las fuerzas rústicas juegan en él como delfines. Algo voy entreviendo ya de la mitología hispana, y me regocija saber que aquí no hay ninfas, sino unas muchachitas silvestres de ojos brillantes—ojo de ardilla—, pie ligero, descalzo, muy envuelto el cuerpo en jubones y pañuelos cruzados, y al cuello su gargantilla de oro fino de Portugal.

Rapazas y rapaces desprecian la alfombra áurea, y si se hunden en ella hasta las rodillas es por andar a castañas. Hemos llegado a El Pino en el mejor tiempo para la pila. Esta faena se hace en viejos tinados, donde encienden fuego de leña que produce un humo picante propio para curar morcillas. Arriba, en un entramado de madera, están las castañas. Nadie sabe el humo que necesitan tragar los muchachos de

El Pino antes de producir una buena castaña pilonga; pero ellos lo aguantan impertérritos, y el estar allí es como una obligación que en cierto modo les exime de otra casi tan incómoda: la de asistir a la escuela. Todos estos pueblos de los antiguos cuarteles fronterizos están dedicados hoy al mismo trabajo: El Pino, Lanchuelas, Jola, Aceña de la Borrega, Fuenteoscura... Los dos maestros de Cáceres, Rodríguez Alvarez y Sánchez Román, han tenido la amable idea de traerme al rincón más bravo de la provincia. Toda esta sierra, como una gran parte de los sesenta y tantos agregados de Valencia de Alcántara, ni está dentro de España ni está dentro de Portugal. Es zona abandonada, sin otro lazo—no muy fuerte—que la contribución. Aquí viven las gentes como hace quinientos años; no hay un solo cambio en su vida. Digo mal: las casas, rudas, como de serranía, han visto una gran novedad: la luz eléctrica; pero la luz eléctrica y el Sol alumbran poco más o menos la misma sencillez. Medio centenar de habitantes tiene hoy El Pino de Valencia, probablemente igual que en tiempos del conde-duque de Olivares.

Aparece el alcalde: un hombre alto, fuerte, con su gran capotón pardo, de corte portugués. Habla con sus gentes en portugués por la razón que él mismo nos explica:

—“Falamos” mucho portugués. Porque, ya comprenderá usted, el portugués es más fácil.

Su vida está, como se ve, fuera de los convenios y de las ficciones internacionales. Este lado del monte mira hacia Portugal. El alcalde de El Pino maneja un castellano digno, con sabor antiguo, como sus paneras y sus tinados. Se ha cubierto el cielo en poco tiempo; empiezan a caer

los primeros copos de nieve, y al verlos posarse en los pedruscos de la calleja dice el alcalde:

—Cuando nieva en todas partes, en esta sierra se agarra la umbría.

Pero el portugués les parece más fácil. Buscamos la escuela de niños. A la puerta ha colgado el maestro un cartón con este letrero: “Ya es hora de entrar.” Los chicos vienen muy tarde, sonadas las diez. Pasan por delante del cartelito y dan otra vuelta:

—*¿Ande fostes?*

—*A o rebusco.*

Son los *apañaores* de castañas, que están un poco desmoralizados. Pilan y roen; y faltan bastante a la clase de D. Félix Pérez Sanguino, maestro de derechos limitados, natural de Casar, varón fuerte, capaz de vivir muchos años, y todo el año, en una especie de desván, con luces al techo y goteras entre las vigas. ¿Todos hablan aquí el portugués? No. “El filho de Joaquim Antúnez non fala portugués.” Y hay otro que tampoco lo sabe; pero éste es hijo de carabinero. Los demás creen, también, que el portugués es más fácil. Las muchachas están a esa hora en todas partes, menos en la escuela. Doña Amelia lucha valerosamente con la resistencia del medio y tiene enfrente de su mesita una sola niña sentada en su pupitre, escuchándola, con los ojos muy abiertos. Más tarde vendrán todas; pero es difícil luchar con el rebusco y la pila de la castaña.

Pueblos de vida dura, tan despegados de la letra que apenas se concibe la necesidad de aprender. ¿Para qué? Hay aquí cerca otro lugar, más bravío aún que El Pino, llamado Jola. Venía yo con la ilusión de conocer a una maestra excep-

cional: Antolina Durán, que realizó el milagro de transformar el pueblo, civilizarlo y dulcificar sus costumbres en poco más de un año. Habíamos leído—en *El Sol*—un artículo del inspector D. Juvenal de la Vega, dando cuenta de esta maravillosa mutación, realizada por una maestra joven, casi una niña. Pero el rigorismo de la ley arrancó hace pocos meses de su escuela a la maestra de Jola; y el médico de Las Huertas me ha contado que la despidieron llorando las mujeres del pueblo. Esta vocación, tan clara, ha recibido como recompensa, en virtud de sus méritos, las gracias de Real orden; pero ha ido a refugiarse a su pueblo, a Cañamero, tierra de buenos maestros, porque también es de allí don Fausto Maldonado, el maestro de Almoharín, que fué elegido para dirigir la campaña en las Hurdes. Me han dicho que los dos son hijos de pastores, y el segundo analfabeto hasta los veinte años; pero quizá podamos hablar de ellos cuando llegemos a Cañamero. Ahora hay que desandar el camino; pasar por la escuela de Las Huertas—clausurada hoy—y despedirnos de esta fértil campiña de Valencia de Alcántara, que empieza a incorporarse de un sueño de siglos.

VIII

CAMINO DE TRUJILLO

EL MONTE. LOS GUARDAS DEL VERDE

HOMENAJE A PONZ.—Al tomar el auto para Trujillo pienso que ya no saldrán del encinar, tal como aparecen en el libro de Ponz, los famosos *Guardas del Verde*. Aprovecho esta viñeta, ya histórica, para dedicar un recuerdo a D. Antonio Ponz y a su viaje por España. Yo hice, por afecto y simpatía a este buen español del siglo XVIII, que no pasara inadvertida la fecha de su centenario, el año de 1925. Viaja a conciencia. Ve las cosas por sí o procura averiguarlas de corresponsales veraces. Es caballero de mula o de asno, todo lo más de caballo manso, el buen D. Antonio. Camina despacio. Quiere enterarse. Nosotros podríamos ir con él, adelantarnos, volver atrás, trazar círculos y madejas en su itinerario, y, a pesar de todo, alguna vez, el hombre del XVIII nos daría cien vueltas a nosotros. Este caminante del *Viaje de España* no da, en realidad, la impresión del viajero. ¿Por qué? La respuesta sólo puede pensarla un español de España: Porque no es

un viajero. Porque pasa por los lugares como si fuera a quedarse en ellos.

Siempre con sano prejuicio notarial, de tasador, de albacea testamentario que llegara al cuerpo de bienes relictos. Imaginad que D. Antonio Ponz, contento de este lugarejo extremeño—donde voy a pedirle mi viñeta—, renuncia a la bestia que lo trajo y al espolique, se quita los zapatos de hebilla, por quedar cómodo en la gloria de unas pantuflas de paño, y se apropia el único frailerero de la casa para escribir, para comer y para conversar. Si en ese momento entrara Giuseppe Baretto, el inquieto fundador—o inventor—de *La Frusta*, que también anduvo hacia 1760 los mismos caminos extremeños, ¿le tomaría por forastero? Baretto veía España desde fuera, y Ponz desde dentro. No diré desde dónde se ve mejor, aunque valía la pena de entretenerse un poco para hablar de los españoles que se obstinan en ver como extranjeros, desde fuera.

Va despacio, como está ya dicho, D. Antonio. Camina a Trujillo, no desde Cáceres, como nosotros, que vamos por tierra menos arbolada, sino desde Plasencia. Ha pasado el Almonte, o Armonte, en una barca “propia de la dignidad episcopal”. Entra en los montes de Trujillo y allí explica de qué manera, siendo la tierra de varios dueños, “la ciudad ganó en lo antiguo todo el arbolado de la dehesa, con sus frutos, de suerte que se expresan diciendo que todo lo alto es de Truxillo”... El suelo al dueño, y el vuelo al pueblo, se dice todavía hoy, aunque ya no pueden proclamar para sí este derecho los paisanos de Francisco Pizarro. Pero aquí entra la ilustración:

Cómo guardaba el siglo XVIII los montes de Trujillo

"... La anchura de estos montes, que ya van muy a viejos, es de unas tres leguas, y se extienden a lo largo, de oriente a poniente, ocho. Son de mucho socorro a los pueblos cercanos a Trujillo por mantener en ellos las numerosas varas de cerdos que es notorio, bien que a costa de no pocas extorsiones. Diré una, y es que para guardar los montes hay dieciocho o veinte guardas, tan bien portados que no les hacen ventaja los guardabosques del Rey, provistos de hermosos caballos y repartidos en trechos correspondientes. Sin embargo de no tener ningún sueldo, se hacen grandes empeños para el logro de este destino. Es el caso que estos tales, llamados también *Guardas del Verde*, porque lo guardan desde marzo en adelante (no siendo de los dueños de las dehesas), a poco que se descuiden los que pasan, los aterran con el temor de las denuncias, y en la composición está la ganancia.

"Por el agosto van a mendigar como frailes Franciscos, recorriendo las casas de los pobres labradores, y en tiempo de matanza sacan de unos el jamón, de otros el chorizo, juntando de este género más de lo que suele haber en el peso de Madrid, aguantándolo todo el infeliz labrador, único a sufrir quanto quieren disponer de él. Bueno fuera hacer con esta clase de sugetos lo que dice la industria *popular* debía hacerse con otra que representa mayor papel en la República, esto es, dotarlos completamente, y después castigar sus excesos.

"Se extienden los referidos montes hasta el lugar llamado *Aldea del Obispo...*" (*Viaje de España*. Tomo VII, Carta VII.)

Comentario en el siglo XX

He pasado cerca de Aldea del Obispo en otro de estos viajes, viniendo de Navalморal de la Mata, por Jaraicejo. Crucé el Puerto de Miravete y el Almonte, no en barca, sino por un soberbio puente imperial, y llegué por largo camino recto, solitario, a las encinas de Trujillo. Están muy espaciadas. Ya no es monte espeso, ni los jarales sirven para ocultar salteadores. El suelo ya no es comunal, por lo que Trujillo no necesita poner guardería. Quedan como recuerdo del régimen de propiedad comunal que subsistía en el siglo XVIII, y que sólo evoca D. Antonio Ponz. Ni al travieso e intrépido italiano Baretto, ni a su compatriota el P. Norberto Caimo, ni más tarde a los franceses Gautier y Dumas, les salieron al paso los arrogantes *Guardas del Verde*. Baretto atravesó los montes de Trujillo, y no se enteró siquiera de que tenía allí cerca asunto para una carta deliciosa. Lo mismo le ocurrió a Gautier. ¡Qué lástima! Bajo la pluma del gran *Theo*, esos bandoleros con destino y sin nómina hubieran servido para aclarar un poco ante el mundo la psicología del ladrón de caminos. A la leyenda se la hubiera derribado un ala, y de este modo habría caminado a ras de tierra.

Porque el propio Gautier habría visto, con la luz plena de las sierras carpetanas y de los campos tartesios, cuánta distancia va de los bandi-

dos de Schiller a los *Guardas del Verde*. Los que vinieron después, salteadores extremeños y andaluces, que tienen sus gestas en romances populares—tal como los leímos de muchachos en libros de cordel—, ¿eran colegas o enemigos de los *Guardas del Verde*? Empezó el bandolerismo con ese carácter de exacción feudal, del dueño del vuelo o del señor del suelo; fué después una reacción, una venganza. Bien puede explicarse así. Pero ya veis cómo se pliega al terreno en el *Viaje*, de Ponz, el tipo singular y pintoresco del guarda salteador. No ha querido deleitarse en él, dándole todo el color que pide, sino dibujarlo nada más. Podía haber trazado el cuadro, haciéndoles salir a la revuelta del camino entre las matas de aquella “feroz dehesa”, plantando el caballo, de casta, para cerrársele, y exigiendo el portazgo. No lo hace. No cuenta lances entretenidos, sino que descubre el estado de un país: “En este pueblo (Aldea del Obispo) han vedado los caminos que guiaban más derechamente a Truxillo y usan el rigor de multar a los que pasan por ellos...” “Aquí las dehesas, propiedad de *los que tienen poder y maña*, van cercando las tierras de labor y hasta los berrocales para reducirlos a pastos...” “Así está la mayor parte de Extremadura...”

El labrador aguanta. Quizá le haya sugerido a D. Antonio Ponz un labrador honrado la medida que apunta para contener a los *Guardas del Verde*, “como a esa otra clase de sugetos que representa mayor papel en la República: dotarlos competentemente y después castigar sus excesos”. Escribía D. Antonio después de la expulsión de los jesuítas. No podía referirse a ellos. Más bien debemos ver en esas palabras

algo del espíritu cívico de Pedro Crespo en *El alcalde de Zalamea*. Y en este caso, la supervivencia que pueda quedarnos todavía hoy, en 1927, ya no sería del siglo XVIII, sino del XVII, del XVI. Raíces hondas, muy difíciles de arrancar.

Todo eso hay en una página de Ponz. A la siguiente, asoma Trujillo; en lo alto, *la villa*; cerca amurallada, plaza de armas, fuerte con altas torres; casas nobles con saeteras, cubos y troneras, escudos de armas. Abajo, la ciudad, ancha y cómoda. "Las casas más grandes son de los mismos dueños que las de lo alto, de donde se bajaron..." "Hoy no se considera Truxillo tan saludable como era en lo antiguo. El ejercicio de bajar y subir los hacía más robustos y sanos." El siglo XVIII, reflexivo, viejo, padre del XIX, que murió niño, lamenta las pérdidas energías.

TRUJILLO

*1. — TRUJILLO. LA VILLA.
HISTORIA, SOLO HISTORIA*

LA villa, en Trujillo—ya se sabe—, es la parte vieja; del siglo XV para arriba. Otro gran cerro coronado por un peñasco; sobre el peñasco, un castillo; y al amparo del castillo, con su cerco de murallones almenados y sus gloriosas puertas, templos, casas señoriales muertas a mano airada, visible en sus sillares truncos la huella del asesinato; calles revueltas... ¡Y sobre todo, ruinas; magníficas, ceñudas y altaneras ruinas! ¡Esto es lo que me empujaba hacia Trujillo con tanta prisa! Esto. Hemos corrido desde Cáceres cerca de cincuenta kilómetros sin tropezar un solo pueblo. Alguna vez—muy rara—el auto de línea se detenía. Bajaba un hombre del campo, con su manta y su alforjón auestas y empezaba a caminar entre los berrocales y las tierras labradas, por una senda, a cuyo término, en el horizonte, queríamos adivinar un cortijo o una choza. Hay, cerca de este camino, despoblados como los del Guijo y Abillillas que tuvieron Concejo en tiempo de Felipe II

y villares todavía más antiguos, árabes o romanos. Pero todo ello es ahora berrocal y campiña pobre entre las torres de Trujillo y las torres de Cáceres. No estaría tan desolado—no lo estaba—cuando Trujillo era una villa hidalga de pocas casas, pero nobles, aun antes de llegarle su momento de plenitud con el dominio del poder real y las presas de los conquistadores. —¡Subamos, pues, hasta los mismos paredones del castillo!— Todo es maravilloso. Queda en pie la puerta de los Pizarro, pero no la casa. Todavía se sostiene en Santa María la torre Juliana. Entramos por el arco de Santiago y sólo con adelantar unos cuantos pasos ya estamos en el relicario de nuestra historia muerta.

Trujillo, la villa, excede y rebasa las esperanzas de un arqueólogo. Pero yo escribo hoy bajo la presión de emociones equilibradas que debo declarar lealmente. Los maestros de Trujillo: D. Fernando Civantos y Nogales Trigoso, me dieron, para entretener el viaje, los dos tomos del libro de D. Clodoaldo Naranjo: *Trujillo y su tierra*. Nunca se lo agradeceré bastante. Las piedras que he pisado allá arriba tienen ahora para mí el valor de laudas o de imágenes de una España que fué. Se animan todos estos muros que abrigaron tantas pasiones. Aquí, en el mismo paso del arco de Santiago, mataron al hijo mayor de García de Orellana para vengar la muerte alevosa de Alonso Pizarro de Carvajal. Pizarros e Hinojosas, Orellanas y Altamiranos, Bejaranos y Carvajales; esto es, los famosos bandos de Trujillo, preparaban el esfuerzo heroico y las luchas enconadas de los pobladores de América. En ese formidable paredón, el más antiguo y el más macizo, veo asomarse a Pedro

de Baeza, el buen servidor del marqués de Villena, que no quiso rendirse a Isabel de Castilla aunque se lo mandaba su propio señor. Doy la vuelta hasta colocarme al pie del viejo Alcázar, en cuya portada aparece todavía el león rampante de los Bejaranos, señores de Orellana la Nueva. Veo el derrumbadero por donde—sin duda, la leyenda es verdad—cayó abrazado a su enemigo, D. Alvaro de Luna. Y las chumberas que guarnecen los torreones bajos cubriendo todo el cerro me vuelven a la realidad. Las chumberas, morunas, retoñan y fructifican todos los años. Son lo más vivo—y lo más hostil—en el fuerte de Trujillo. Si vinieron del otro lado del Estrecho y las trajeron para su defensa soldados berberiscos, ahora triunfan aquí como en su propia casa y son el mejor adorno de las ruinas.

Pero no hay sólo piedras viejas en la parte alta de Trujillo. Pasando por uno de esos caserones que llenan una calle, sin huecos, cerrados y morunos también, como las chumberas, oímos cánticos religiosos entonados por un coro infantil. Es una escuela de niñas; algún convento donde las hermanas se dedican a la enseñanza. Como es la única señal de vida que percibimos desde que comenzamos a escalar estas ruinas, la acogemos con simpatía. Suenan bien las voces, muy apagadas, muy discretas, a través del recio paredón. Y no son demasiado melancólicas.

2. — TRUJILLO, CIUDAD

En Trujillo, la villa, sería inútil buscar escuelas. Asilos, conventos de monjitas, deliciosos conventos, de claustros discretos y ornamentación más moderna, plateresca o barroca; y todo lo demás, ruina. Pero—¡entendámonos!—una ruina nervuda, soberbia, que no pide restauración. Por entre esas ruinas y por los rincones viejos, indemnes milagrosamente, es muy grato perderse, dejando libre la fantasía. Nadie sabe lo que fué Trujillo sin quedarse un buen rato a solas frente a la fortaleza, frente a aquel enorme lienzo sombrío que ya no defiende nada y que se obstina en perdurar. Pero después de esa emoción fuerte, cuando hayamos logrado vencer el encanto de aquella alberca cuyo verdín va a extenderse muro arriba, hasta el corazón de los siete durmientes—hasta el nuestro, si nos descuidamos—, conviene ir en busca de Trujillo, la ciudad, y dar una vuelta, como todos los trujillanos, por la plaza. La plaza ya no es Edad Media: ya tiene la gracia de los siglos XVI y XVII. Con sus arcos y con sus palacios ya nos predispone a ver con simpatía lo que no es historia en el pueblo de 1927.

Cuando Trujillo bajó al llano, acaso no hiciera sino volver a lo antiguo. Los romanos no fundaban ciudades en los peñascos. Todo el campo de la ciudad norbense está lleno de cimientos enterrados, y el arado suele arrancar lápidas para dar buena documentación a los arqueólogos. En ocasiones, una misma lápida se descubre dos veces. No hace ocho días leí en los periódicos que acaba de aparecer una necrópolis romana en la

finca de D. José Beato, y entre las piedras, una lápida donde se lee con toda claridad: "Norba-Rufini - F - Rufina", etc. Pero esa misma inscripción, sin cambiar letra, la encuentro ya registrada en el citado libro del P. Naranjo Alonso, por haber sido hallada poco antes de 1922 "en un huerto próximo a la ciudad, frente a la puerta de Coria". O la volvieron a enterrar después de copiarla, o hay aquí alguna confusión que, en realidad, no nos interesa, pues nuestro viaje a Extremadura no mira al pasado, sino al presente; y del presente, con preferencia a las escuelas.

¿Cómo atiende la histórica villa de Trujillo la instrucción primaria? Vamos a ver primero la escuela de D. Fernando Civantos, que por su antigüedad y prestigio en el pueblo merece la visita. Está instalada en el primer piso del Ayuntamiento, soberbio edificio, antigua Alhóndiga reparada muy hábilmente, hace treinta o cuarenta años, para Exposición Regional. La clase es ancha, alta de bóveda, enorme. Las ventanas, a más de dos metros sobre el suelo. Domina el decorado viejo, en fondo negro, un gran murciélago disecado, con las alas en cruz, clavadas a la pared. El murciélago, un mapamundi negro, las láminas de Fisiología, donde aparecen hombres desollados o en esqueleto y el tono obscuro de aquel inmenso salón dan a la clase—no se incomodará D. Fernando ni verá falta de respeto en esta impresión—un aspecto extraño. Así sería la capilla satánica de una hechicera que hubiese llegado a rica. Asisten de ordinario setenta niños. El material es heredado del Colegio Militar Preparatorio, que se cerró. Y, en suma, salvo la exagerada amplitud que exige demasia-

do esfuerzo, el Sr. Civantos, maestro inmejorable, puede estar satisfecho. Casi gemela, pero peor, con resonancias molestas y material antiguo, es la de su compañero D. Juan Picó Villareal, veterano del Magisterio, que ha de soportar en esa clase un trabajo muy duro.

Y con ver otra, ya están vistas todas las escuelas públicas de Trujillo, ciudad de 11.500 habitantes. Tres escuelas de niños. La tercera es la del Sr. Nogales Trigoso, en la calle de Tintoreros; pero debo advertir que aquí el maestro no pone sólo su trabajo, sino además el local. La escuela está en su casa, porque Trujillo no le da otra. Cubicación: no llega a dos metros cuadrados por niño. Tres huecos a un patio estrecho, tres balconcitos que forzosamente es necesario abrir. En verano, sobre todo, a la media hora de estar aquí, debe de hacer falta mucha fuerza de voluntad para resistir dentro de un cuartito tan estrecho, con treinta alumnos por lo menos. Menaje pobre e insuficiente. Hay todavía material del Colegio Militar, bancos, mesas y mapas, todo muy útil, arrinconado no sé dónde, quizá en la Plaza de Toros. Parte de ese menaje, bonísimo, se les ha dado a los colegios particulares. ¿Cómo puede resistir un maestro en lugar tan incómodo y tan impropio? Es que el Sr. Nogales había estado antes en una escuelita, no mala sino trágica. Fué maestro de los Casares, en las llamadas Hurdes extremeñas, y allí tenía cuatro paredes que servían a la vez de Ayuntamiento, de Juzgado municipal, de cárcel preventiva y de escuela. Cuando el Concejo celebraba sesión, o el juez convocaba a juicio, o venía conducido un preso, los chicos y el maestro tenían que irse a la calle. No es tan complicada, aun

siendo muy pequeña, la escolita de la calle de Tintoreros.

Y ¿nada más? ¿Es posible? Nada más. Trujillo ha progresado mucho. Aun sin ferrocarril, ha logrado fuerte y próspera vida económica. Hay colegios particulares y enseñanza religiosa de agustinos y carmelitas; pero de escuelas públicas, no hay más. Los arrabales están descuidados también; no en la misma proporción. Huertas de Animas, aldea más populosa que muchas villas, tiene escuelas pésimas. Sin haberlo visitado, conozco el caso de Huertas de Animas y me parece desconcertante. Debería buscarse modo de dar satisfacción al pueblo preparándole escuelas dignas de su importancia y, sobre todo, limpias. De otro modo, nunca más justificada la falta de asistencia. En Huertas de Magdalena hay una escuela mixta, regular. En Belén, arrabal populoso, otra insuficiente. En San Clemente de las Viñas, un lagar.

X

LA NOCHE DE TRUJILLO...

1. — ASAMBLEA DE NOTABLES

EL sábado, después de las siete, bien de noche ya, llamaron unos mozos, de la clase de adultos, al portal de D. Fernando Civantos, maestro de Trujillo. Salió una niña: —¡Que no está mi padre! ¡Que ha ido a la barbería!— Allá se fueron los dos mozos y encontraron al señor maestro con el lenzuelo blanco y la barba enjabonada. Le preguntaron: —Don Fernando, ¿usted tiene la llave de su escuela? —¡Sí, hombre; ¿por qué? —Es que retumban dentro unos ruidos muy raros. Parece que alguien corre los bancos y tira los pupitres. —¿Que tiran los pupitres? ¡Vosotros soñáis! Pero de todas maneras, el lunes los levataremos—. Y el señor maestro no hizo caso. Cenó, leyó un rato, se acostó, y estaba ya dormido cuando sonaron en la puerta dos formidables aldabonazos y una gran voz que decía: —Señor Civantos, ¡salga!— Quien salió al zaguán y entreabrió la puerta fué el hijo mayor, que también es maestro. —Vengo a llamar a don Fernando—dijo una especie de hombrecillo o alguacilillo—. Ya están todos en

la escuela y me ha encargado que no tarde, mi señor, el marqués.

¡El marqués! No tenía el Sr. Civantos pleito con marqueses. —¿Qué marqués? ¿El de Huer-tas de Animas? —No, señor. El nuestro—. Gran movimiento en la casa. La señora y las hijas iban de un lado para otro. —¡Papá, no salgas!— Por fin salió, medio vestido, a tiempo que sonaba abajo el vozarrón del alguacilillo: —¿Quién me llama; quién me manda salir a estas horas? —¡El Rey!

Corría un viento de prueba cuando los dos Civantos, padre e hijo, dieron vuelta a la calle de la Carnecería, camino del Ayuntamiento. El gnomo, vestido de negro, se les había adelantado: —Yo no temo nada malo—decía D. Fernando—. Yo he cumplido siempre con mi deber. Allá voy; y al quinto infierno, si es preciso. No recuerdo artículo de ley o reglamento que marque precedentes, pero allá voy.

Era ya media noche. Si ustedes conocen la antigua Alhóndiga de Trujillo, sabrán que tiene soberbia portalada, un patio, y luego una especie de logia italiana con dos escaleras a derecha e izquierda. Llegó muy resuelto D. Fernando, aunque algo le estremeció no ver a nadie y hallarlo todo abierto. Detúvose ante la puerta de su clase, donde seguía clavado el aviso para los adultos; pero antes de echar mano a la llave abrieron la hoja desde dentro, el tiempo justo para que pasara el maestro titular de la escuela y no su hijo. El joven apenas pudo ver la figura de un hombre barbado, recio, pálido, semejante a la estatua en piedra que hay, orando a la intemperie, en el cementerio viejo; y detrás otro hombre todavía más bravo, pero de mejor talante, en

el que cualquier chico de Trujillo hubiera reconocido la estampa de Francisco Pizarro. Yerto se quedó el buen muchacho delante de la puerta; y, sin fuerzas para llamar ni para marcharse, resolvió sentarse en la escalera.

Entró D. Fernando y salió, en efecto, a recibirle, con gran cortesía y amabilidad, Francisco Pizarro, el marqués, el primero donde estuviere; aunque le acompañaba esa noche tanta gente de calidad que si en lugar de escuela fuese aquello la capitular del Ayuntamiento, no faltara quien le disputase la primacía.

—Bien venido, por una hora, entre nosotros, el buen maestro de Trujillo, tierra donde todos hemos nacido; ocupe el lugar que le corresponde, como cabeza y regidor de su escuela, y oiga lo que deseamos decirle aquí para que en otra parte lleve consejo y voz que a nosotros nos falta.

De mil personas, acaso una sola hubiera podido resistir con serenidad el comienzo de esta aventura. De mil trujillanos, acaso diez. Pero de los maestros de Trujillo, que son tres y un auxiliar muy joven, estoy seguro de que todos habrían quedado dignamente. En cuando a don Fernando—yo le conozco—habría querido ver cómo afrontó con valentía esta situación, un poco rara para cualquier mortal. Su clase, inmensa, como el lector sabe, estaba llena, rebotando almas, espíritus, de un modo inimaginable para quien no llegue a comprender cuántas cosas caben entre las cuatro paredes de una escuela. Sentados ante los negros pupitres, hasta en las bancas de los párvulos; en pie, al fondo; y en dos filas entre muros y mesas, tenía don Fernando Civantos los innumerables hijos ilustres de Trujillo. Nadie podrá decirme que fal-

taba aquella noche a la lista ni siquiera uno, porque a su izquierda, al alcance de la mano, tiene el maestro la esfera del mundo, giratoria, dada de negro para trazar rayas en ella como en un encerado; y allí, en su fondo y en la superficie, están todos los trujillanos que fueron y los que son. El buen maestro sabe quiénes se sientan frente a él, por haber visto o haber leído memorias y testimonios de su vida.

Por una hora—quizá no responderían mayor espacio—están juntos los encarnizados enemigos de los famosos bandos de Trujillo, codo con codo en el mismo banco. Sayo de seda, hierro o púrpura, hábito de estameña: hombres de guerra, capitanes o soldados; hombres de leyes y de letras, escritores, togados; aventureros, teólogos... De algunos podía hablar algo al siguiente día, cuando se refrescara su memoria, por haberlo aprendido en la historia grande y en las vidas de trujillanos ilustres de D. Clodoaldo. Alonso García de Vargas, el oidor; el primer oidor de D. Juan II, *el Orejudo*, para los humoristas de su pueblo. Todos los Bejaranos y Orellanas; todos los Carvajales, nombrados aquí en confusión del mismo modo que aparecían ante los ojos, un poco fatigados, del maestro de Trujillo.

Podía hablar por todos el cardenal de Sant Angelo, D. Juan de Carvajal, pues habló por tres papas y por la Iglesia romana, contra Juan de Hus. Ninguno más discreto y ninguno más extremeño que este hombre que hizo erigir el puente sobre el Tiétar y el Tajo, el puente del Cardenal. O el otro cardenal: el de Santa Cruz, D. Bernardino de Carvajal, capaz de alzarse ante los Borgias, auxiliar de sus reyes, amigo del Gran Capitán y siempre agudo y sabio en reli-

gión y en política. D. Fernando Civantos sabía que hubo en el concilio de Trento más de un trujillano; pero nunca hasta esta noche había tenido ocasión de sentarse frente a frente del cardenal D. Gaspar Cervantes de Gaete, teólogo de Salamanca y de París, tan firme y tan seguro de sí mismo que supo defender al arzobispo Carranza; y a fray Diego de Chaves, confesor del príncipe D. Carlos y consejero de su padre el rey D. Felipe II, espíritu complejo, hombre-enigma. Sólo por conocer a este misterioso personaje y por cruzar cuatro palabras con él habrían venido andando a Trujillo desde muy lejos una porción de eruditos e historiadores extranjeros. Como estos dos teólogos y políticos españoles del Concilio de Trento, era hombre de letras, de palabra y de acción, fray Jerónimo de Loaysa, el primer arzobispo de Lima. Y como él, otros muchos nacidos también en Trujillo en época propicia para el florecimiento y el triunfo de los primates de la Iglesia. Cien nombres podríamos agregar a éstos, aunque los designados eran los más próximos a la mesita de don Fernando Civantos.

Pero en vez de un hombre de letras fué el conquistador del Perú—cuyos principios todos conocéis—quien tomó la palabra y dijo lo que se verá en el capítulo siguiente.

2. — *HABLA FRANCISCO PIZARRO. FINAL Y CONCLUSIONES DE LA ASAMBLEA*

Quedábamos el lector y yo, aquella noche, en la escuela de Trujillo, cuando se alzaba Francisco Pizarro, conquistador del Perú, para hablar ante el maestro Civantos—que largos años viva—y muchedumbre de trujillanos ilustres obligados sólo por una hora a tomar aparente y visible corporeidad. —¡Ahora te tengo!—podía pensar el maestro—. Tú que no padeciste en setenta años preceptor, ni dómine, ni disciplina, llegas hoy por primera vez a los bancos de una escuela y yo debería enviarte al pelotón de párvulos.

Como así pensaba Civantos, en efecto, Francisco Pizarro empezó contestándole: —Nunca logré paciencia para aprender de hombre lo que no me enseñaron desde niño. Me valí de secretarios y escribanos, con alguna sospecha de que ellos se valieran de mí; y aunque muchas veces tuve a la gente de pluma por papelistas y emborronadores, siempre entendí que me faltaba su habilidad. Cojo y con muletas se puede andar camino; pero es más seguro llevar las dos piernas sanas. Por eso hablo aquí: por ignorante y por escarmentado; no por ser el primero, que donde estamos no hay primacías, y si vuelve los ojos a otra parte el Sr. Civantos encontrará compatricios de mejor fortuna, de más gloria y mayores méritos. Pero ninguno ha ido descalzo y roto, como yo, por los berrocales de Trujillo. Yo, hijo de mi madre, aunque si pude medrar

fué por tener sangre noble en las venas, nací del pueblo. ¡Vea el señor maestro cuántos trujillanos ilustres han guardado puercos!

Miró el Sr. Civantos. El cuadro hubiera sobrecogido a cualquiera; porque aquello parecía al mismo tiempo asamblea, concilio, tribunal de guerra y consejo real. Tuvo intenciones de decir: —Con la venia de los señores, hoy se cree que eso de los cerdos es pura leyenda—. Pero Pizarro le caló el pensamiento: —¡Cerdos y bien cerdos! ¿Por qué no? Vosotros, los maestros de este tiempo, no servís a los grandes. No sois criados ni ayos. ¿Qué más puede daros un noble o un plebeyo? Pero ved aquí este gran concurso de glorias trujillanas y comprenderéis lo que pudo entonces la nobleza. Todos, de hidalgos para arriba, buscaron sus títulos en el origen familiar, y quien fundó linajes no pudo hacerlo sin sufrir esa prueba y sin la protección de otros grandes. Venimos aquí por linajes y por familias. Somos los Chaves, los Vargas o los Carvajales; los Bejaranos y los Orellanas. Yo, que os hablo, soy de los Pizarro, y a mucha honra, y por serlo encontré valimiento que luego supe dar a mis hermanos y a mi descendencia.

Detrás del solideo del cardenal de Santa Cruz, D. Juan de Carvajal, alzábase más de dos palmos una formidable cabeza cana, roja hasta la raíz del cabello.

—Y yo, a fe de hombre sincero, como Diego García, y como nieto de Sancho Delgadillo e hijo de Sancho de Paredes, el capitán, digo que sin mis parientes y sin el cardenal, acaso no habría pasado de ser el mejor tirador de barra de toda Extremadura y el más famoso cargador de pellejos de aceite.

—Si está a la puerta mi chico todavía—pensó D. Fernando Civantos, que conservaba, íntegra, su serenidad—la voz de esta ánima tiene que haberla oído. He de preguntárselo luego.

—Como el Hércules extremeño—siguió Pizarro—, todos nuestros héroes, por muy grandes que fuesen, necesitaban un amparo. ¿Seré sospechoso yo, señores, que, a pesar de tantos trabajos, declaro que a mí tampoco me faltó? Así hizo Castilla sus hombres, más que por el valor y el talento. Todos éramos hijos de algo, y hasta los clérigos, los letrados y los aventureros necesitaban traer de sus casas ese algo para sacarle un interés. Hablen por mí los muchos desahuciados de España, de Nueva España y de todas las Indias, y digan su pensar los innumerables trujillanos desconocidos para D. Fernando Civantos y que nosotros mismos no conocemos sino por categorías.

Vió el maestro removerse bajo la segunda ventana un grupo de sombras, entre grises y pardas, que le parecieron próximas a desvanecerse. Como su sentido crítico seguía rigiendo, pensó el Sr. Civantos que acaso en la otra vida haya grados y escalas en la inmortalidad, de modo que las almas de poco peso, anodinas, incapaces de actos heroicos o de grandes ideas, acabarán por disolverse en la nada de que están hechas. Asimismo pensó en la injusticia de este destino, sabiendo, como buen maestro, que muchas almas necesitan estímulos y valedores, y que por no tenerlos en la Tierra se les condena a no ser nada hasta en el más allá. Deste grupo, todos ellos trujillanos de Nueva España, que no fueron con Pizarro, sino con Hernando Cortés y sus capitanes, uno solo: Pedro de Sandoval, hijo

de Juan Marchena, había logrado asiento en los bancos de la escuela. Su padre sirvió a los Reyes Católicos en la guerra de Granada, con sus armas y caballo, y su abuelo y antepasados en las de Portugal. Tuvo minas y esclavos en Nueva España, y dió a S. M., de ochavos, más de diez mil ducados por año. Pero allí estaban, en pie, junto a él, hasta quince paisanos: Gómez de Paniagua, Francisco de Hinojosa, Francisco Nieto, el de Panuco; Gonzalo Casco, Francisco Bejarano, Diego de Torres y otros, en su mayoría pobres y padeciendo necesidad, según sus memoriales. Gonzalo Ximénez, vecino de las Cipotecas, que fué con el Veedor a tierra de los Mixes y dejó hecha su descripción, viejo y enfermo, sin otro premio que dos pueblos de poco provecho. Otros, más necesitados, sin otra renta que seis cargas de ropa o con tan pocos indios que su encomienda no vale lo que dan cien pesos de tipuzque. Por último, los más consumidos, los que sólo tienen familia y deudas. Gente obscura, trabajadora o mendicante. Gente que se pierde, se borra y no deja ni historia ni rastro de lágrimas.

—Aquí veis — siguió Pizarro — cómo no hay hombre sin hombre, y de ello estáis convencidos. Y ahora voy a decir lo que importa al Sr. Civantos, como maestro de Trujillo. Ya no hay linajes; ya no hay familias poderosas. Hoy todo lo puede la ciudad, y cuando no ésta, la nación. Antes sólo veíamos tres caminos: la Iglesia, las Leyes o las Armas; y no faltaba en cada casa quien nos diera la mano. Ahora hay una gran familia, que es el pueblo, y los caminos son tantos que la más pequeña vereda puede conducir a las costas de otro mar del Sur, siempre que

con el espíritu de aventura lleve el hombre su ciencia y su voluntad para estudiar. Justas y torneos empiezan hoy aquí, en la escuela. Si la ciudad abandona los primeros estudios, es como si la cabeza del linaje abandonara a sus parientes mozos. En mi tiempo habríamos venido aquí y habríamos convocado a los jefes de nuestras familias, mientras que en vuestro tiempo, señor Civantos, todo lo ha de hacer el procomún, todos tienen derecho a todo, incluso a reclamar a la ciudad que ese derecho sirva para algo. Así, pues, acabo yo también haciendo entrega de un memorial que autorizamos todos nosotros, no como mendigos, sino como guías y consejeros.

Al verle adelantarse hacia su mesa de trabajo, pensó el maestro que el discurso de Pizarro había sido muy breve, suerte que no se encargara de pronunciarlo un letrado o un cardenal del concilio de Trento. Se levantó bruscamente, por cortesía, y tiró la silla. Al ruido, en el silencio de la clase vacía, todo huyó: gestos, voces y sombras. El mapamundi negro, el murciélago, los esqueletos, le miraban despavoridos. Salió. Su hijo seguía sentado en el primer escalón y le pareció que dormía. —¿Has oído algo?—le preguntó. —Probablemente, en sueños. —Pues si tú has soñado, yo también.

LA ILUSTRE VILLA DE GARCIAZ

PASADA la legua de berrocales que cercan a Trujillo, atravesamos, camino de Logrosán, montes de poco vuelo. Asoma al fondo la sierra de Guadalupe, con las Villuercas nevadas; cambio de paisaje que agradecen los ojos, aunque el aire se afile y refresque con exceso, pues, como nos dijeron en Garciaz, aquí no hiela más que cuando soplan las Villuercas. Si hubiéramos salido de Plasencia y no de Cáceres, conoceríamos los verdaderos montes de Trujillo; pero estos que cruzamos antes de llegar a Conquista son como aquellos que vió por encima de Aldea del Obispo D. José Alfonso de Roa, amigo y corresponsal de Ponz. Siglo y medio más viejos; talados y quemados a ranchos; sin los famosos *guardas del verde*, medio ministriles, medio bandleros. Hoy vamos por buena carretera, confiados, tranquilos. Ni en tiempos de Ponz ni en los de Mr. Borrow ocurría otro tanto. Los caminos eran siempre malos y, a trechos, peligrosos, desde Jaraicejo, por la parte de Navalnoral, y desde el puerto de la Serrana, por la de Plasencia. “De lo alto de este puerto—escribe Roa—proviene el gran riesgo de los caminantes, por-

que desde allí atalayan y descubren los malhechores a los que han de pasar, más de dos leguas antes que lleguen, y eso por los tres lados de Oriente, Poniente y Norte, y por el de Mediodía cosa de una legua. Reconocida de este modo la gente, dan el golpe seguro. Desde dicha altura hasta la falda, por el lado de Mediodía, en la corta distancia de un tiro de bala, conté veinte y ocho cruces, señales por lo menos de otras tantas muertes no muy añejas. Dios sabe cuál será el número de las sucedidas, sin embargo de los palos que allí se ven, donde suelen colgar quartos de ajusticiados." Borrow-don Jorgito, el Inglés,—que pasó por Trujillo sin verlo y siguió escapado hacia Jaraicejo, inventó para entrete-ner el camino una terrible y fracasada conspiración de gitanos. Todo eso, por fortuna, lo cierto como lo dudoso, ya es historia; pero no porque se hayan poblado aquellos desiertos, como proponían los amigos de Floridablanca, sino por otros remedios que trajeron los años.

Antes de Logrosán, debemos visitar Garciaz, villa animosa, como veremos muy pronto, y al llegar a Conquista subimos por un camino vecinal que cruza el pueblo y se mete, sierra adelante, por estas magníficas y solitarias cañadas, de trazos amplios, de color severo, casi fosco. Otra vez parece que abandonamos el mundo. No hay casas ni chozas. Encinares, robledos, pastizales, dehesas. De vez en cuando el berrocal del llano aspira a ser promontorio y risco; pero todavía nos deslizamos por una estribación suave de la cordillera. Garciaz tiene un monte llamado de Pasafríos, sin duda hacia la parte del Roble, por donde soplan las Villuercas; pero ahora, en pleno invierno, toda la sierra es Pasa-

fríos. Hemos debido venir a Extremadura en los otros meses de castigo: junio, julio y agosto, y, sin embargo, también lo que vemos hoy es Extremadura. Este viento que va a llevarse la capota del automóvil, y que nos echa encima a toda prisa unas nubes de nieve, no lo han preparado para nosotros ni va a cesar mañana. Por eso es gente tan dura y tan brava la de Garciaz.

Aquí no parece tan excesiva la acumulación de la propiedad en pocas manos. Sólo con ver cuántas cercas festonean y bordan las colinas inmediatas a la que preside Garciaz, comprendemos el régimen del pueblo y su carácter. Los grandes propietarios son pocos: D. Juan Senso, don Ventura Abril. Luego hay muchos labradores y ganaderos. Algunos olivares. El Ayuntamiento tiene montes de roble; bajo, casi todo. Con su garantía y con el entusiasmo de gestores nuevos ha querido arreglar en poco tiempo los grandes y viejos problemas del pueblo. Ya se sabe cuáles son: Escuelas, cementerio, teléfono, saneamiento; empezando por sanear el propio Municipio. Hay un secretario, licenciado en ciencias; un alcalde resuelto y un maestro trabajador. En pocos meses han planeado y comenzado todas las obras. Con dinero y proyecto facilitado por el Instituto Nacional de Previsión y la Caja Extremeña, en colaboración, construyen dos escuelas unitarias, cuyo coste total no llega a treinta mil pesetas, una para niños y otra para niñas. Hemos ido a las afueras del pueblo, donde ya están abiertos los cimientos de las escuelas en lo alto de la colina, probablemente sobre el emplazamiento de una antigua necrópolis. Sitio espléndido. Domina los dos valles, resguardándose

un poco del cierzo, pero casi con tanto campo a la vista como los salteadores del Puerto de la Serrana. Si el Estado ayudara, aun levantaría Garciaz otras dos escuelas. Las que hoy tiene son... como todas. ¿Para qué hablar de ellas si ya están substituyéndolas? Aquí se ve interés, resolución, no conato infructuoso. Veo en un periódico de Cáceres que alguien interpreta estas crónicas del viaje por las escuelas extremeñas poco menos que como una visita de cumplido. Esperaban, sin duda, una crítica más cruel. Hablo de las costumbres, del paisaje, del régimen de propiedad... Todo esto entienden que es recurrir a lo pintoresco, y, a su juicio, significa que las escuelas me parecen muy bien y no tengo nada que decir de ellas. Mientras que allá en Cáceres, más en la realidad, se preocupan por mejorarlas y aumentarlas. ¡Enhorabuena! Veo que en Cáceres son de buena pasta si les complace la descripción exacta que hice de sus escuelas: las de la propia capital. Habría que preguntárselo a los maestros. Comprendiendo esa inocente táctica, espero que si la opinión del *Nuevo Día* es más dura que la expuesta por mí, propondrá que las quemem todas. Pero volvamos a Garciaz. Esta "ilustre villa de Garciaz" quiere salvarse. Andan en libros sus grandezas de otros tiempos. Cayó. Vuelve a levantarse. La iglesia de D. Gutierre de Carvajal, el sepulcro del conquistador Hernán Sol, compañero de Pizarro; la fundación de la Caridad—donde hoy está la escuela—, todo esto, que es historia y fuerza de la raza, merece una evocación. Pero yo he subido al Ayuntamiento y he pasado un buen rato en secretaría junto al brasero. Iban llegando mujeres del pueblo. —¿Qué traen? —Vienen a fir-

mar.— Han formado una Sociedad los vecinos que crían cerdos para asegurarse ante la sanidad. Las papeletas de sanidad las dan en Madroñera. Si alguno está dañado y lo quemar allí, no pierde el dueño del cerdo, porque la Sociedad pãga. Cincuenta, sesenta y hasta cien duros, bien valen la pena. Este año sólo quemaron dos y han matado más de trescientos. Las mujerucas firman—alguna no sabe y traza la cruz—. He visto, esperándolas en la plaza, sus hombres; sombrerón ancho de alas planas, manta cerrada al cuello. Esto, ¿es pintoresco? Quizá. Pero la serenidad y el buen juicio de estas mujeres me explica por qué pueden hacerse las escuelas de Garciaz. Basta con proponérselo desde arriba, como ahora, con honradez y voluntad firme. Donde yo encuentre pueblo sano y buena intención, me parecerá mal ir a cubicarles el aire de las escuelas viejas.

CONQUISTA DE LA SIERRA

PEUQUEÑO, como el lugar, será este artículo sobre Conquista de la Sierra. Remanso de los montes de Trujillo, escalón para subir a Garciaz, Conquista parece una etapa, una humilde y carcomida piedra del camino. A la ida cruzamos, volando. Sus dos plazoletas, la del Concejo y la del Palacio, nos dejaron pasar con indiferencia; pero al volver, ya puesto el sol, nadie hubiera podido resistir el sordo y confuso vocerío de tantas cosas mudas: “¡Detén el paso! ¡Míranos! ¡Tiempo tienes para llegar a Logrosán!” Pequeño el pueblo, pequeñas las plazas, y el Ayuntamiento—con su galería desnivelada y su puertecita monumental, soberbia y grandeza de Liliput—y el palacio de los marqueses y la iglesia... Tan pequeño, que un esquilón lo llena, como a Toledo la campana gorda, y hace salir por todas las callejuelas un rosario de viejas y de muchachitas. Entrémosnos, pues; una hora—todo el crepúsculo, que aquí es largo—por la vida antigua de Conquista de la Sierra, pequeño como un niño y como un viejo.

En lo más alto, subiendo hacia Garciaz, tienen los marqueses de la Conquista su pequeño Escorial: un palacete llano, de traza muy sobria, con su torre medieval y sus dependencias cortijeras. No hay nadie. Los dueños vienen más adelante. Ahora no es su tiempo. Una mujer del pueblo entra silenciosamente, escurriéndose; otra, sale y nos mira; otra, de negro, toma, sin decir nada, la vuelta de la plazoleta. Y como aquí no hay vida, seguimos el paso de la enlutada, que nos lleva—podíamos suponerlo—a la iglesia. Iglesias de sierra, baja de bóveda, arquería ingenua, grandes pilastrones encajados; retablillo de oro viejo; en sillas bajas el coro de niñas, modosas, que se recoge como un rebañito al vernos entrar. Frente al ara, una gran losa sepulcral, y en ella un magnífico nombre de conquistador: Hernando Pizarro.

Porque Conquista de la Sierra es el solar de Hernando Pizarro; y alguno de sus nietos ha venido a reposar aquí el cansancio de diez generaciones. Siempre ha sido este lugar como hoy: pequeño y humilde. Yo he visto en Trujillo, en el cementerio de Santa María, la estatua orante de Hernando Pizarro, terrible bulto, manco de las dos manos, desnarigado, con armadura y sin casco para descubrir las grandes barbas de piedra. El conquistador tenía los huesos duros; peleó y sufrió fatigas como sus hermanos; gozó y usó de gran poder; pasó veinte años preso en el castillo de la Mota, y al salir vino aquí, al amparo de esa torre que hemos visto, a realizar otra maravillosa hazaña: a fundar un linaje, cumplidos ya los setenta o los ochenta, diferencia para otros grave; insignificante para quien había de vivir un siglo.

Si es él o alguno de sus herederos quien descansa en esta iglesita, ya sabrán decírnoslo los trujillanos y mejor aun el párroco de La Cumbre; pero sabemos que aquí vino a "aprender a morir".

Y con ser tan grande su figura, se nos borra como las facciones del bulto de piedra, cuando pensamos que aquí vino y aquí vivió esperándole su sobrina doña Francisca, la hija que Francisco Pizarro tuvo de la del Inca Atahualpa, princesa india de sangre real, nieta del gran Huayna Capac, flor de la raza y de la civilización vencidas. Una Yupangui, hecha al fausto y al sacrificio, pasó la juventud esperando al héroe prisionero y viejo en una de estas casucas, al pie de las Villuercas; sacrificada a una voluntad fuerte, tiránica como razón de Estado. Toda la gloria del linaje habría dado la nieta de Atahualpa a cambio de la libertad que tiene cualquiera de estas muchachas, cubiertas como mujercitas con su toquilla o su pañuelo de seda.

¿Qué otra cosa debemos ver aquí? ¿Las escuelas? Como caso curioso, puedo decir que hay una muy buena, construída por el Concejo de 1888, y al parecer, suficiente para el pueblo. Y más extraño todavía—aunque no sea único en los lugarejos españoles—es el caso de Conquista de la Sierra, por sus maravillosos horizontes. Bajo la nieve de las Villuercas, la vista llega a la cordillera andina y hasta el mar del Sur.

LOGROSAN; UN PUEBLO GRANDE

LOGROSÁN: pueblo grande, casas viejas, ya de tipo serrano, que no en balde vamos llegando a Guadalupe; ancha plaza, buena para que los pastores bajen a correr toros; Concejo de apariencia mísera; fuente de muchos caños en la plaza; iglesia medieval. Pueblo de recursos, porque en pocas partes pueden servirle al forastero, recién llegado, chochas, cuando no perdices. Este es el único sacrificio serio de mi viaje por Extremadura, donde en cualquier pueblecito dicen que hay de todo. "De todo lo del cerdo." Lo que aquí llaman *chacina*. El cerdo, como base de alimentación, es para hombres más fuertes que yo; y cuando no hay otra cosa lo más sano es acostarse sin cenar, por lo cual nadie se ha muerto, mientras que por la *chacina*, sí. De todos modos, aunque el sistema defensivo sea bueno, son mejores las chochas, y ésta me ha parecido una de las mejores sorpresas de Logrosán. De aquí era el famoso doctor Juan Sorapán de Rieros, que escribió la *Medicina española contenida en proverbios*, donde hemos aprendido que "carne de pluma quita del rostro la arruga". Y este otro refrán: "Quien se acues-

ta sin cena, toda la noche devanea”, donde el devanear quiere decir mal dormir y soñar. Fué Sorapán el primero de nuestros médicos literatos; entendió de exceso de humores, o sea de secreciones internas. Habló de los sueños y aconsejó como hombre de mundo a damas y galanes.

Por obedecer al doctor, salimos a dar mil pasos después de cenar, como recomienda, subiendo por el camino de Cañamero, hasta las minas de fosforita, paradas hace pocos días. Aquí hay unos cincuenta hombres, entre gente del pueblo y forastera. Ganan trece reales los zafreiros y tres más los de la barrena. El mejor barrenero de Logrosán—lo hemos visto en *La Trujillana*—cobra cuatro pesetas. Jornales pequeños, trabajo muy duro y muy aleatorio. La fábrica, a bocamina, tiene hoy encendidas las luces; pero no parece que quite los devaneos nocturnos a muchos obreros. En suma, estas minas influyen poco en la vida de Logrosán.

Si el lector conoce y visita pueblos, sabe que en posadas, fondas—y aun hoteles—hay un momento temeroso: el de meterse entre sábanas. Balcones y ventanas han estado abiertos. Aunque los cerremos, por rendijas y rinconeras de cristales rotos, cuélase el aire fresco y húmedo de la plaza. Pero las sábanas no lo necesitan. Tienen su frío y su humedad propia. Acostarse es, al mismo tiempo, entrar en el baño. —Vamos a ver—dice el viajero optimista y animoso como yo—cuánto tiempo tarda un hombre en secar unas sábanas recién lavadas con el calor de su cuerpo—. Siempre nos faltan datos para resolver el problema. Recuerdo haber leído en una biografía del P. Flórez, escrita por otro

agustino, que el reverendo padre y maestro fray Henrique era de pocas carnes, todo espíritu, y de complexión tan fría que precisaba mucha ropa en la cama. Las mantas que se echaba venían a pesar cuatro arrobas, sin contar los hábitos, chupas, calzones, medias y calcetas que también ponía sobre sí. Pesáronse delante de dos sacerdotes y tres seculares, que lo atestiguaron. Pero si en cualquier pueblo de su España sagrada le daban sábanas como éstas, las cuatro arrobas de mantas no le servirían de alivio. ¿Cuánto tardaría el P. Flórez en secarlas? Por mi parte, no sé. Un hombre de bien, que ha cenado chochas y no devanea, se duerme antes de secar las sábanas. Estándose muy quieto, llegará al día siguiente, tan a gusto, y se levantará de un salto, como aconsejan Avicena, Mussolini y el doctor Sorapán.

Entre las cosas buenas de este pueblo, por desgracia, no puedo contar las escuelas. Hay dos para seis mil habitantes. Una está en el Ayuntamiento, en planta baja; la más desmantelada que he visto en toda Extremadura; sin material, con unas bancas viejas donde se recogen ochenta niños. Un maestro joven: Fernández Bernal, hombre culto, estudia a ratos perdidos la carrera de Derecho. ¡Lástima que los mejores busquen una salida! Pero ¿qué van a hacer? ¿Cómo va a resignarse cualquier maestro que se estime a la miseria de esa escuela y el abandono en que la tiene el Ayuntamiento de Logrosán? Estudian, y se procuran otro medio de vida, ganando oposiciones. Nadie puede reprocharles su ambición. Pero la escuela del señor Bernal no es la peor. Está para hacerla buena la de D. Cayetano. Yo he entrado en ella

un día de sol claro. Luz no faltaba; pero en estos pueblos, donde sobra tanto espacio y no escasean los caserones antiguos, es inconcebible la manía de llevar las escuelas a cuchitriles o desvanes, paneras y alcobas de mal mesón. Imaginen ustedes dos habitacioncitas estrechas, separadas por un tabique de panderete, como en las casas bien aprovechadas de Madrid. Todos los chicos que caben y algunos más. Una esterilla. Un brasero. Sobre la mesa, el Cristo, con un brazo roto porque acaba de desclavarse el retrato del Rey y ha caído a plomo, salvándose por milagro el maestro. Como no es posible cerrar puertas ni ventanas, los pequeños que están a la entrada se hielan.

—Viene aquí gente pobre, aunque hay también chicos de familias acomodadas—me dice don Cayetano—. Los jornaleros ya sabe usted que ganan poco, y en estos días de invierno se alimentan mal. Yo podría darle a usted un cursillo sobre las calorías, etc., pero usted va a hacerse cargo mucho mejor, mirándoles a los muchachos. Con verles la cara, ya tiene usted el cuadro. Ayer se me cayó uno aquí desvanecido. ¡De frío, señor, y de falta de resistencia! ¿Qué iba a hacer yo? Mandé donde pude por una taza de caldo bien caliente. Llamé a la madre, que no traía ni abrigo ni mantón. Se quitó el refajo, envolvió al chico y se lo llevó por esa escalera abajo. ¡Si la hubiera usted oído!...

He visto también dos escuelas de niñas. Conserveo fotografía del acceso a una de ellas: una losa sobre un albañal. Sé que Logrosán se dirigió a la Caja de Previsión Extremeña, la cual hizo un proyecto, sin que hasta la fecha haya mostrado interés el Concejo por construir es-

cuelas. Los vecinos, en cambio, comprenden mejor la necesidad. En la Inspección de Primera Enseñanza y en el Gobierno civil hay pliegos de firmas pidiendo escuelas. Pero Logrosán no ha mandado representación a la asamblea de Cáceres. Quizá interprete a su manera otro proverbio castellano de los que glosa Sorapán: "*Si quiés que tu hijo crezca, lávale los pies y rápale la cabeza.*" ¡Bien rapado, por dentro y por fuera!

XIV

CAÑAMERO, BAJO LA SIERRA

EN Logrosán nos ponderaron el vinillo de Cañamero, vino de la tierra que se cosecha gracias a un párroco muy listo que hizo plantar viñas y a dos cerros bastante altos para resguardar el valle del viento de las Villuercas. Cepas, olivos, frutales, dan a Cañamero aspecto de villa ribereña, aunque el Ruecas valga poco y la sierra esté demasiado cerca. El camino de Guadalupe domina todo el pueblo. Aparece bajando la hondonada, mansamente, como un rebaño. —Verá usted—me dijeron en Cáceres—que las casas de Cañamero no tienen chimenea. —¿Y por dónde va el humo? —Se filtra por todo el tejado. Respiran como las aves, por las plumas—. Esto es verdad a medias, como pasa con muchas notas pintorescas. Lo indudable es que aquel párroco hizo un gran favor a Cañamero, y que desde entonces los únicos protectores del pueblo han sido sus maestros. Aquí hay un maestro alcalde. De aquí son la famosa maestra de Jola y el maestro de Almoharín. Pero vamos por partes.

Un maestro alcalde, si, además de la vara, tiene actividad, energía y prudencia, puede muy

bien remover un pueblo; y si sobre esas cualidades es inteligente e independiente, puede volverlo de arriba abajo. Tal es el caso de Cañamero, donde el maestro, D. Pablo García Garrido, ha hecho en dos años más obra que sus antecesores en todo el siglo. Si el párroco les dió las viñas, el maestro les ha dado a los vecinos de este antiguo aguijón trujillano fuentes, caminos, escuelas y una colonia agrícola. ¿Es poco?

Ocurría aquí algo maravilloso para quien no conozca el campo con sus lugares; y es que, a fuerza de vivir de la tierra, a los vecinos de Cañamero se les había olvidado trabajar. No tenían costumbre de labrarla. Fuera de unos pocos y de los grandes propietarios—más ganaderos que cultivadores—, dedicábanse casi todos a aprovechar montes y pastos. Cuando se le ocurrió al maestro de Cañamero la idea de crear una colonia agrícola, le decían en el pueblo: —¿Para qué? ¿Para trabajar más y ganar menos?— El arado sujeta mucho, y pesa más que la cayada el azadón. Sin embargo, hoy funciona, a satisfacción de todos, la colonia agrícola de Cañamero, fundada hace dos años, con 2.222 hectáreas a cargo de 448 colonos; y quedan cinco lotes no adjudicados. Los terrenos eran del Ayuntamiento, que los dió a censo reservativo. Mientras el comprador redime el censo, paga el Estado, el cual adelantó fondos a una Cooperativa formada por los colonos para comprar material agrícola. Dos años no bastan para que empiecen a rentar viñedos y olivares; pero pronto se ha de ver hasta dónde llega una explotación bien ordenada aun al pie de la misma áspera sierra de Guadalupe. La dirección es

muy sencilla. Corre a cargo de un ingeniero joven, D. Carlos Rey, y he visto su despacho en una casa antigua habilitada con los estrictamente indispensables muebles americanos, que aquí en Cañamero son más americanos que en Far-West. La suerte de estos ensayos depende de mil cosas: administración, voluntad para el trabajo en los colonos, inteligencia y entusiasmo en los consejeros. Por su gran valor, como ejemplo para otros lugares, deseamos próspera fortuna a la colonia de Cañamero.

Las escuelas que he visto, instaladas en la Casa Ayuntamiento, están bien; pero no bastan, y ya se han subastado las obras de una graduada de niñas—tres secciones—, que será construída con proyecto y dinero de la Caja Extremeña y el Instituto Nacional de Previsión. El importe no llega a cincuenta mil pesetas. No paran aquí los planes del maestro-alcalde. Oyéndole y estudiando las causas que explican la actividad de hoy y la inercia pasada, causas que no son todas de carácter personal, pensamos en lo que podrían hacer, modestamente, sin complicaciones, la mayoría de los pueblos. Antes de ahora he dicho que si alguien intenta una labor de reconquista espiritual de España deberá cuidarse de este gran movimiento de innumerables pueblos por la mejora de su vida material. Todo ello cae dentro de la doctrina de la eficacia: parcial, incompleta, pero más apremiante hoy y más vigorosa que cualquier otra. No estarán mal, a quien quiera buscarle el pulso a la España de 1927, unas cuantas conversaciones con alcaldes-maestros como el de Cañamero.

El maestro de Almoharín, don Fausto Maldonado, está en las Hurdes. Almoharín, pueblo

importante, cacereño, tenía muy descuidada su enseñanza. Llegó Maldonado y en poco tiempo, con ayuda de una maestra de sesenta años, doña Eugenia Sánchez de Castro, modificó sus costumbres. Aprovechando una fiesta organizada para imponerle la medalla de la mutualidad, habló al pueblo excitándole a construir escuelas. Al día siguiente contaba con solares y cuatro mil pesetas de suscripción popular. Pero lo admirable es que el vecindario—empezando por los mismos discípulos—trabajó con gran alegría y dió su peonada hasta dejar concluído el edificio, y está proyectado por el propio maestro. Las escuelas de D. Fausto Maldonado funcionan ya y el pueblo da ahora solar y 15.000 pesetas para otras tres clases. Este es el pueblo y éste el maestro. Almoharín, tierra caliente, rica y próspera, bajo la sierra de San Cristóbal, se ha hecho célebre por este rasgo: antes sólo nombraban al pueblo en toda la comarca por los sabrosos higos de Almoharín.

Ignorando que vivía en Cañamero, por ser del pueblo, y no por tener aquí su escuela, seguimos nuestro viaje sin ver a Antolina Durán, la maestríta de Jola. Hablamos de ella al pasar por la serrilla de Valencia de Alcántara, al otro extremo de la provincia. Para mí es tan importante su caso, expresa de modo tan gráfico lo que puede esperarse del apostolado del maestro en nuestros pueblos, que no quiero repetir el relato del inspector Sr. Vega, sino aguardar otra ocasión en que pueda contárnoslo ella misma.

EN DESPOBLADO

A CABALLO, POR LA SIERRA DE GUADALUPE

DECIR “a caballo” es apelar en relatos de viaje al elemento épico. Digo “a caballo”, y el lector imagina grandes cabalgadas, marchas rápidas, crines al viento... No. A mí me confiaron un caballo viejo desengañado y formal, como mula de canónigo. Algo más bravo era el de Solana. Detrás venía el espolique de Cañamero, llevando en su borriquillo el equipaje. Aun así, yo confieso que, en esta excursión por la sierra de Guadalupe, lo más nuevo para mí era el caballo. Nuestra educación madrileña nos enseñó a ir a pie, a tomar el tranvía y a gastarnos el dinero en “taxis”. No sabemos nada de otras cosas muy necesarias.

Por ejemplo: Bien firmes en nuestra montura, pie estribado y a media rienda, llegamos a vadear el Ruecas, que baja con mucha agua—puro cristal—y el caballo se detiene para beber. Viendo que no bebe, le animo con la voz, sin espolearle, porque no llevo espuelas. El vado descubre hasta el último guijo, y si aquí hubiera

cangrejos podríamos pescarlos a mano. Un taponazo y un impulso de mal jinete, como timonel de trainera, inquietan al caballo. Entonces, obligado, mete un casco en el agua y empieza a batirla, como el aspa de un molino, levantando un surtidor, un pequeño géiser, orillas del Rucas. La ducha—inesperada—dura un rato; y cuando, por fin, se decide a pasar, el espolique aclara la conducta del caballo con una sola palabra:

—¡Tanteos!

¿Tanteaba el vado o tanteaba al jinete? Yo no sé. Todavía tengo mis dudas. Esta cañada por donde desciende el río es tan hermosa y perdemos tan pronto de vista las casitas de Cañame-ro para penetrar en plena montaña, que el caballo sólo nos interesa ahora como observatorio móvil. Queríamos que fuera más de prisa para asomarnos antes a la cima de ese ribazo o para dar vuelta a aquel jaral macizo, donde acaba de levantarse un vuelo de avutardas. Va, como puede ir, a su paso; y hace bien, porque hay mucho que ver. Subiendo, siempre por el viejo camino de herradura, encontramos un monumento más antiguo que el monasterio: la cueva chiquita o cueva de Alvarez. Está muy cerca. Menos de cien pasos. Se trepa por una pedriza cubierta de jara, hasta llegar al abrigo de un gran peñasco, donde encontraremos la cueva, que no es profunda, sino abierta, como un hueco o una rendija en la base de la peña. Al fondo, la piedra está ahumada por pastores no neolíticos. Lo que allí hubiera no se ve. En las paredes, a derecha e izquierda, pero ya fuera del abrigo, están los dibujos que copió el padre Breuil, y que también ha visto Mérida. Compruebo el hom-

brecillo rojo con su penacho bicorne y su lanza. Unas manchas negras: parrillas, bisontes, letras, todo muy confuso. Francisco Solana, con espíritu de investigador, querría encontrar algo más, quizá la boca de otra cueva más honda, la verdadera cueva; pero ya es maravilla que hayan venido unos hombres de ciencia hasta la cueva de Alvarez—¿un pastor?, ¿un bandido?, ¿un guerrillero carlista?—a descubrirle la guarida de sus primeros padres al espolique de Cañamero. Desde aquí, cara al Oriente, se lanzaban los cazadores del Ruecas sobre su presa. Cazaban o guerreaban a la espera. Pero también puede ser que aquí viviera solo el Mago, o la terrible pareja dominadora, espanto del primer Cañamero neolítico. Esta idea del vampiro solitario acechando con su hembra el paso de cualquier sombra viva, por la cañada del Ruecas, nos hace volver al camino, satisfechos de haber interpuesto entre nosotros y él un centenar de siglos.

Vadeamos otra vez el río que baja de las Villuercas y que en este segundo paso corre más espaciado; cruzamos la arboleda de una y otra orilla, y luego ya no hacemos más que subir, entre matas y piedras. Cada altura va descubriéndonos horizontes más amplios y montes más ásperos. Cortan la senda raíces de arbustos viejos y pedernales descarnados. La subida es muy lenta. No sé cómo, el espolique con su borriquillo ha pasado a vanguardia. Solana le deja distanciarse y yo les veo, muy lejos, anticipándome todos los zigzags que ha de ir atacando uno a uno mi cabalgadura. Pacífica y meditativa, bueno; pero ¡no tanto! Quiero obligarla, y entonces—¡positivamente!, ¡no engaño a na-

die!—, entonces el caballo vuelve la cabeza para lanzarme de través una mirada profunda de su gran ojo negro, todo negro, constelado de reflejos de sol.

Lo ignoramos todo—de todo, y especialmente del trato con la raza equina—las gentes de Madrid; pero yo entiendo de miradas, aunque no entienda de caballos, y sé que ese ojo me está estudiando, me está juzgando y probablemente ha fallado que soy un mentecato. ¿Por qué trato de ir más de prisa? A este paso se ha subido siempre hasta el puerto de Guadalupe. Si tenía prisa pude ir en auto desde Cañamero y me habría ahorrado mucho tiempo; pero si quería seguir la ruta de los pastores trujillanos y de los conquistadores de América, el camino de los sillares, de las vigas para el monasterio y de las ofrendas para la Virgen morena, lo natural era acomodarse a las costumbres. Este camino traía el Rey católico cuando se detuvo para siempre en Madrigalejo. Reyes y príncipes lo aceptaron, y por ir seguros iban, como se debe ir, con mucho aplomo, gozando del aire deleitable y de las soberbias perspectivas que brinda la sierra.

Yo podía haberle señalado el borriquillo del espolique para humillar un poco la impertinencia; pero me limité a apurarle un poco hasta que le vi bañado en sudor, humeante, y comprendí que me miraba con razón. Cerca del puerto, en el centro de uno de los descampados más grandes de España, hay un altozano rodeado de matojos y una cruz de piedra. Solana, que había parado su caballo al pie de la cruz, leyó: "A la memoria de Santiago Andrada, asesinado alevosamente en este sitio el 4 de febrero de 1844, a los treinta y cuatro años de edad, su

desconsolado hijo Vicente." Y luego unos versos que acaban:

Ruega por mí al pasar este camino,
y que otra sea tu suerte, peregrino.

Como fondo tras de la cruz, montes violetas. Cerca, el despoblado y una vereda que se pierde entre la jara madroñera. Luego, el castañar, alto, rumoroso, magnífico, hasta las vertientes del valle de Ibor. Castañas y madroños para naturalezas sanas. Mirabel. La granja, la arquería del patio, la fuente y estanque. El Cristo. Y a la vista del monasterio, a punto de acabar esta vuelta de Extremadura, el caballejo saca su paso castellano, su trote largo; por último, un galope que tampoco comprendo, que me desconcierta, y que para mi absoluta ignorancia no tiene sentido común.

BADAJOS

LA CAPITAL

1. — ATALAYA DE ESPANTAPERROS

A las pocas horas, a los pocos minutos de llegar a Badajoz, ya tengo buenas amistades. Debo especificar que no se trata de amistades brillantes. Desde muchacho ya me decían en mi casa: "No sabes elegir amigos. Los que tú prefieres no te servirán nunca para nada." Mis amigos de Badajoz—lo habrán adivinado ustedes—son maestros de escuela y pueden figurar con orgullo entre los más modestos. Visitaremos ahora mismo a D. Ruperto Martín en su palacio de la torre de Espantaperros; pero antes déjenme hablar de D. Esteban Espinilla. Espinilla vive y regenta su escuela en calle muy céntrica, frente a la Redacción de *La Libertad*. Al verme entrar quiere presentarme a los niños de forma que hiera su imaginación:

—Aquí tenéis—les dice—a este hombre, que corre España por nosotros... Al Quijote de las escuelas... Al redentor del niño...

¡Cuántas cosas terribles hubiera dicho Espinilla siguiendo por ese registro! Pero al llegar

aquí se le hunde todo el pie en un agujero del solado, y si no le sostengo, el buen maestro se viene abajo con el resto de su discurso.

¡No, querido Espinilla! Ni soy Quijote ni redimiré a nadie. Ese tropiezo nos manda conformarnos con el tono menor. Y esos agujeros, clásicos en las escuelas españolas, son tan gloriosos como el destrozo de las bombas enemigas en la cubierta del "Santísima Trinidad". Averías de guerra... Averías de la gran guerra sorda—y ciega—que están sosteniendo los maestros... Pero vuelvo yo también al tono adecuado. Don Esteban sabe muy bien que para los barcos con averías hay siempre carenas, y para las escuelas, ratoneras, no. ¡Resignación! ¡Conformidad! Ya vendrán otros tiempos.

Ahora podemos subir por la típica y animada calle de San Juan en busca de D. Ruperto Martín Gutiérrez, a cuya escuela he tomado en estos días verdadero cariño. Don Ruperto es el héroe por fuerza de la torre de Espantaperros. Esta frase carece de sentido para quien no haya pasado por Badajoz y desconozca las murallas, el barrio de la Galera y la famosa torre mora donde los cristianos pusieron una campana que daba las alarmas. Con mayor modestia, y desde luego con mayores desastres, recuerda a la Torre del Oro, atalaya del Guadalquivir; pero la nuestra, a pesar de todas sus mudanzas, es más genuinamente mahometana, y tan rebelde en su salvaje desmoronamiento, que no ha querido civilizarse. A su sombra todo es Edad Media: desde los cantos del arroyo hasta la vida que entrevemos al pasar, calle arriba, por puertas y ventanas. De día, D. Ruperto no afronta otro peligro que el de resbalar por el camino; de no-

che, aquella población, demasiado siglo XIII, es temerosa; gracias a que D. Ruperto, como los adultos, no se asusta de nada. Pero ya está al pie de la torre; ya ha salido al repechito que da acceso a la escuela. Una gran sala de ceremonia o salón de Consejos, con graciosas columnas de mármol y magníficos capiteles romanos; amplias bóvedas, destartaladas, como el piso; humedad de siglos, resonancias, ecos antiguos... Allí el maestro no tiene que hacer más que esperar. Poco a poco va poblándose aquello. Cuarenta, cincuenta, sesenta muchachos, pobres todos, muchos descalzos, van sentándose en míseras bancas, sacando unas pizarras, unas tizas, unos cuadernitos resobados. Ocupan la cuarta parte del local. El resto queda como bocina o caja sonora de la gran grillera infantil. Tres buenos ventanales dejan entrar la luz cruda del sol. El medio centenar de muchachos de la capital extremeña pasa allí unas horas entregado a lo que D. Ruperto, con sus propios recursos, quiera o sepa hacer. Y D. Ruperto, como sus discípulos, vive allí pendiente de lo que quiera o pueda hacer la torre ruinosa de Espantaperros.

Porque este fantasmón histórico se va a caer, y los años de servicio en la escuela debieran contarse como tiempo en campaña. Visitar a don Ruperto es entrar en la zona de fuego. Yo lo hago con el entusiasmo bélico-heroico que recomendaban nuestros abuelos para emprender grandes hazañas, algo aminorado por la consideración de que un maestro y cincuenta criaturas se exponen todos los días mucho más que yo, sin darle la menor importancia. Desde fuera puede verse una grieta que abre la torre sobre la misma puerta de entrada. Jubero, que ha

subido con una escalera de mano, cuenta que están cuarteados los arcos donde se sostiene la bóveda. Aunque lo remedien, el fantasmón se derrumbará cualquier día. Podrán limpiarlo y restaurarlo; pero su muerte, más o menos próxima, es irremisible. Además del maestro y de sus alumnos, el barrio entero permanece impávidamente, sin pensar en el peligro, y yo llego a creer que, en efecto, la torre y la escuela de Martín Gutiérrez tienen para rato.

Esta es, pues, la mejor atalaya para asomarnos al panorama de Badajoz, panorama espiritual, surcado por la gran curva del Guadiana y presidido por la torre de la catedral, que es más bien fortaleza. Y como nuestro viaje va buscando ante todo una cosa, diré desde aquí arriba que el alma de la torre de Espantaperros se difunde por todas las escuelas. Mientras la gran ciudad se enriquece, ellas siguen humildes. Don Ruperto es testigo de mayor excepción, y si no basta vendrá Espinilla, y llamaremos también a doña María Mercedes, de la calle Albarrán, maestra en cuatro metros cuadrados de clase. Nada será tan pintoresco, sin embargo, como esta muralla, convertida hoy en vertedero del aduar, admirable campo de juegos de unos muchachos que viven en plena Historia y se familiarizan con ella corriéndola, pateándola, apedreándola y, cuando no tienen más remedio, usándola para todos sus menesteres.

2. — GRANDEZA. MISERIA. PROYECTOS

Comprendiendo que en Badajoz hay algo más que la torre de Espantaperros, busco un buen guía y encuentro a D. Teodomiro Camacho, secretario de la Asociación del Magisterio en esta provincia. Vive D. Teodomiro esquina a la plaza de Castelar. Tiene enfrente un viejo convento con los tapias ribeteados de verdín. Hasta en la misma pared maestra brota, no ya verdín, sino hierba. ¡Tierra fértil! ¡Amable ribera del Guadiana! ¡Tierra de Barros, que atraviesa los encinares y trepa tejas arriba dentro de la ciudad! El Parque de Castelar es un hermoso jardín público donde prenden y lucen mucho las palmeras. Ambiente de abril. Cielo del Mediodía. Esto es lo mejor que puede darme hoy en Extremadura, el buen sol, generosa divinidad del hombre flaco. Recorro los paseos. Hay allí, en una caja o nicho de azulejos, una Biblioteca popular; pero tiene echado el cierre metálico, con aspecto de no haberse movido hace mucho tiempo. De igual modo, hay una cantina escolar, junto a las murallas, que tampoco funciona. Se hizo el primer esfuerzo. Faltó constancia. Quedan los nombres de las cosas.

Esto es lo más desconcertante en el viaje por España: la abundancia de rótulos. Vamos encontrándolos por todas partes, como nueces vanas que se deshacen cuando uno las toca; pero siempre hace falta cierta violencia para descubrir el vacío. El Sr. Camacho es optimista. Cree que la cantina volverá a trabajar en seguida, y que, una vez terminadas las obras del grupo es-

colar en construcción, esta ciudad seguirá mejorando su primera enseñanza. Yo le digo que veo más entusiasmo en los pueblos que en la capital, y D. Teodomiro me anuncia que de aquí saldrá, como de Cáceres, el impulso destinado a levantar de una sola vez las escuelas de la provincia. Todo el mundo—el pequeño mundo escolar: inspectores, maestros y maestras, profesores de la Normal y del Instituto—parece seguro de que “ha llegado el momento”. La Diputación tomará la iniciativa y ofrecerá sus recursos; los pueblos están propicios, y como Madrid no promueve dificultades, antes al contrario, el plan, que será expuesto a una gran asamblea en fecha muy próxima, empezará a realizarse dentro de este mismo año. Compruebo esas noticias en el Archivo de Estudios Históricos Extremeños, y, por último, el propio presidente de la Diputación las confirma.

Quedo, en realidad, prisionero dentro de esta brillante y elástica red de propósitos y de esperanzas. Demostraría ingratitud a la amabilidad de tan buenos amigos y a las facilidades que aquí he encontrado para esta información, si no sacara ahora unas gafas de color de rosa. Pero no las tengo. Estoy condenado a verlo todo con su luz natural, y sólo confío, para no indisponerme con Bajadoz, en el influjo mágico del Sol, que aquí da a todas las cosas una luz apacible sin necesidad de cristales.

La situación es ésta: Badajoz, con cuarenta mil habitantes, tiene catorce maestros y dieciocho o veinte maestras. El personal es notable. Muchos de ellos tienen aquí verdadero prestigio, y todos cuentan con el afecto del vecindario. Hay dos graduadas de niños. La primera, aneja

a la Normal, en la calle de Albarrán, ofrece el pobre aspecto de una casa de huéspedes, que aloja, con sordidez y economía, a unos pupilos de pocas exigencias. Desde las ventanas pueden admirar maestros y alumnos la magnífica arquería del claustro del Seminario, y al otro lado, los árboles de un antiguo jardín o parque del colegio del Santo Angel, casa señorial, edificio soberbio donde hoy tienen instalada ampliamente la enseñanza las Angelinas. Otra graduada, en la calle de Abril, con mejor instalación, más luz, más espacio y más higiene, tampoco está hecha para escuela, y en la adaptación lucha con serios inconvenientes. Ninguna de ellas tiene campo de juegos. La escuela mora de Espantaperros; la ratonera de D. Esteban Espinilla; otra escuela de Chapín, de igual corte, poco más o menos; y esto es todo. No hay sitio para ochocientos niños. Quedan más del doble por las calles, y queriendo entrar, porque los padres no dejan de solicitarlo.

Las de niñas no son mejores. Una de las impresiones más dolorosas que he sufrido en este viaje la tuve precisamente en la graduada de niñas aneja a la Normal de Maestras. ¿Cómo pueden encerrar tantas horas en cuartos bajos, húmedos, sin luz ni aire, a unas criaturas que no han hecho daño a nadie y a unas pobres maestras cuyo único delito consiste en haber aceptado los innumerables sacrificios que exige su carrera? Al salir a la calle, cerca de la hermosa plaza de Cervantes, tan alegre con su pavimento de mosaico portugués, sus luminosos edificios meridionales, su jardinillo de ciudad próspera, vemos que no hay ninguna relación entre el cuidado de estas familias en sus casas y

el abandono en que dejan la escuela donde viven sus hijos la mitad del día. Aquí cerca, en la calle de la Trinidad, está—en planta baja también—una de las clases más pequeñas de España. Doña María Mercedes, a quien aludí anteriormente, no dispone de más espacio que el que pudiera encontrar en cualquier portería. La otra graduada—en la calle de Abril—es la más simpática de Badajoz. Hay una lamentable y melancólica escolita de párvulos en la misma casa de D. Esteban Espinilla. Nota general: pobreza. Más visible en los niños que en las niñas. Ninguna de éstas va descalza, mientras que los muchachos, sí; sobre todo en los barrios extremos.

El grupo en construcción acredita que todo esto va a cambiar; pero al abrir sus clases, automáticamente quedarán cerradas otras, que sólo por extrema necesidad permanecen abiertas. Veamos si la proyectada asamblea va concretándose mientras recorremos la provincia desde Don Benito a Alburquerque, desde Olivenza a Hornachos y Azuaga, desde Almendralejo a Fregenal de la Sierra. Hay tiempo para desenvolverse. Luego compararemos el esfuerzo de estos pueblos con el de su capital.

II

DON BENITO

UNA PLAZA Y UNA CANTINA

DON Benito, gran pueblo de tierra llana, se ve a una luz desde la plaza, a otra desde la sacristía, a otra desde el salón siglo XVIII de uno de estos empinados caserones solariegos, mitad palacios, mitad granjas de labor. Verdad es que la misma diversidad de perspectiva ofrecen ciudades complicadas y sencillas aldeas. El viajero puede situarse rápida y sucesivamente en todas esas posiciones; yo le aconsejo que si llega temprano, al rayar el día, empiece por el principio; es decir, por la plaza. Pocos espectáculos tan tonificantes como el de ir viendo nacer el color de las cosas dentro de su silueta. De noche aún, encendidos los focos voltaicos, pero ya cansados y mortecinos, destacan en el cielo un campanario barroco y una torre fuerte como un castillo, nos llaman los porches de la plaza y se derrenga como un noctámbulo el quiosco de la música municipal. Todo ello es soñado, impreciso y, por mostrarse con tal vaguedad, tiene cierto encanto de romanza. La

prueba más ruda viene luego, y esa es la que busco; la prueba difícil consiste en resistir la primera luz lívida y cruda de la mañana; cuando la parroquial descubre bajo su altisonante crestería la compostura de unos muros macizos; cuando vemos aplastadas las antiguas casas con sus arcos del más genuino tipo extremeño por unas construcciones de estilo moderno, catalán... Porque la escayola no es nunca tan triste como al amanecer. Pues bien; aun así, deja buena impresión la plaza grande de Don Benito.

Y si el viajero quiere dar vueltas al azar, por las calles—hacia el barrio viejo de San Sebastián o hacia el camino de las Cruces: calle de Poco Trigo, calle de Pajaritos, calle del Hundidero, calle del Ataúd—, le sobrará tiempo para perderse y para orientarse otra vez. Entonces, satisfecho de haber encontrado un pueblo con carácter—casitas chatas, abajo la vivienda, arriba el sobrado para las cosechas; patios al fondo, con árboles y columnatas, y en los barrios pobres, corrales; piso de guijos que alguna vez estuvo bien; algún escudo empotrado en la cal—, satisfecho, digo, de haber descubierto otro pueblo con personalidad, acabará por volver a la plaza y por aceptar el primer punto de vista que se nos ofrece para estudiar a Don Benito.

En la plaza hay, por las mañanas, trabajadores de todos los oficios, especialmente jornaleros del campo y albañiles, que aguardan ajuste en las esquinas y alrededor del cafetín. Suelen ir un rato hasta los obreros fijos y los que ya tienen jornal; pero pronto se ve cuáles son los que van a jugarse el albur del jornal módico o del paro forzoso. Aumenta el número de días difíciles como el de hoy. A medida que la maña-

na va avanzando, se desparraman, y, a falta de jornal, buscan ocupaciones libres. Serán pajareros, pescadores, esparragueros... Cuando el campo no da nada, en épocas en que todo se niega, son las mujeres las que salen a los portales demandando socorro. Los pobres se ayudan unos a otros, y el primer remedio es el préstamo de pan entre compañeros. A largas temporadas es necesario llegar al repartimiento de trabajadores entre los hacendados, y, según éstos, siempre se atiende a los más pobres, de modo que en Don Benito nadie se acuesta sin comer. El campo y los oficios antiguos sostienen malamente a esta población jornalera. Más suerte tienen los pescadores aventureros, que no se conforman con el pescado blanco del Guadiana y del Gévora, y salen a trabajar otras riberas hasta la desembocadura del Guadalquivir. Esta gente sabe por tradición Ictiología, Geografía, Hidrografía y hasta Náutica, valiéndose de viejas artes: garlitos, nasas, redejones, butrones y distintos trebejos, unos buenos y otros malos. Es, además, tropa muy dura, con lo cual gozan fama, bien ganada, los pescadores de Don Benito. Viven casi todos en el barrio alto de San Sebastián, cerca de la primitiva ermita de la Peña, desfigurada hoy por un barracón pegadizo que le roba toda su gracia. Si Orellana resultase y hubiera otro Amazonas que descubrir, encontraría sus cincuenta y tres hombres sólo con dar una voz al pie de la ermita de San Sebastián.

Ahora ya sé algo de Don Benito. Ya sé, en primer lugar, quiénes pueblan sus escuelas públicas. Son los hijos y las hijas de estos jornaleros del campo y de los oficios, pajareros, ca-

zadores y pescadores de ocasión, montañeros y esparragueros. En ciudades ricas como ésta, de grandes cosechas para unas cuantas fortunas, hay siempre colegios particulares, instituciones supletorias. Unos muchachos van a "la escuela de pago"; otros, a "la escuela de balde". El prestigio personal de algunos maestros y maestras hace que tal separación no sea rigurosamente absoluta; pero le falta poco. Ya sé, por consiguiente, que voy a encontrarme con esos tristes y mezquinos locales de las escuelas para pobres: el casuco alquilado, el desván, el antiguo pósito o la bodega del convento. Pronto vamos a comprobarlo. No es hora de clase todavía; empieza a animarse el mercado. Subo, desde la plaza, otra vez por la calle de Doña Consuelo—una Torre-Isunza muy piadosa, que hizo grandes caridades al pueblo—y veo en la pared de un portalón este letrero: "Cantina escolar. Escuela de Alfonso XIII." Por allí entro, sin tropezar con nadie, y voy a parar a la cocina, donde no hay ahora maestros ni maestras, sino dos buenas mujeres que han madrugado tanto como yo y están preparando la comida. Ya han encendido el fuego, de leña y sarmientos; han limpiado el arroz, han puesto los garbanzos con arreglo al rito de Extremadura, que viene a ser el de Castilla, y todas estas prácticas las han oficiado religiosamente. Tienen brillantes los peroles, blanca la madera y bien restregados los pucheros. Junto a la cocina, el comedor: sencillo y claro. Ya está servida la mesa, sin manteles. Lo preciso y nada más. Platos, cubierto y vaso de metal. ¡Una cantina que funciona! Iba perdiendo la costumbre de verlas. ¡Una cantina de veras, donde comen 120 niños! Ahora ya me interesan

más las escuelas de Don Benito, aunque no me haya equivocado suponiéndolas escuelas para pobres. Puedo verlas con la tranquilidad de que, por lo menos, hay una cosa que está bien.

Pero acaso se fatigara un poco el lector obligándole a esta visita. No vería nada nuevo; nada muy bueno, nada muy malo. Bástele saber que para una ciudad de veinte mil habitantes sólo hay cuatro maestros nacionales y seis maestras. Debo exceptuar del juicio demasiado sumario que acabo de hacer una escuela de niñas, construída por un maestro y arrendada al Ayuntamiento. Esta clase es la única que da idea de bienestar. A las de niños, muchos van descalzos. Se ve la terrible pelea de dos fuerzas sutiles e inagotables: la Infancia y la Pobreza. Cada una tiene sus recursos. Si la Pobreza apretara un poco más, acabaría con la población infantil de las escuelas de Don Benito. El día es de invierno crudo. Un chico llega con los brazos cruzados sobre el pecho y las manos en los sobacos. Este gesto, que carga un poco las espaldas, es doloroso de ver dentro de una escuela. El maestro, para deshacer la mala impresión, me dice: —Ni lo sienten siquiera. Ahora verá usted—. Y dirigiéndose al niño le pregunta: —¿Tienes frío? —No, señor. —Y es verdad, créalo usted. No sienten nada los chicos. Están acostumbrados.

En el fondo, el mismo maestro no parece muy convencido. Los cuatro luchan valerosamente por su gran obra: la cantina. Aquí deben constar sus nombres: D. José Almeida, D. Emilio Cano, D. José Sampedro, D. Angel Guzmán. Han conseguido un núcleo de suscritores y una subvención del Ayuntamiento. Pero sin la administración rigurosa no podrían sostenerse. Aquí

entran también las maestras: doña Aurora Padilla, doña Angeles Martín, doña Mercedes Cano, doña Luisa Díez, doña Isabel Trejo, doña Sacramento García Bayón. Todos y todas comprenden muy bien el valor y la eficacia de la empresa que han acometido. Al llegar aquí, algún lector dirá: “¿Y las otras perspectivas? ¿Cómo se ve Don Benito desde esos salones siglo XVIII?” Yo pasé muy de prisa, y aunque cambió el punto de vista, seguí viendo a través de los cristales el mismo paisaje.

III

MEDELLIN

— 1. — EL PUEBLO, EL CASTILLO, EL RIO

A *Don Francisco Valdés, que me guió en esta visita.*—Hemos llegado al último avatar de Medellín, amigo Valdés; el último hasta ahora mientras la fortuna no depare otra cosa. Vistió túnica y toga romana; cota de malla medieval; sayo de seda; finalmente, se atuvo al paño pardo, el mejor para andar entre terrones y entre ruinas. Usted me trae a ver este Medellín de hoy pensando en los anteriores, y quisiera usted la luz diáfana, transparente como cristal de roca, que da toda su violencia y su delicadeza al paisaje de Extremadura. Pero el viento no nos deja en paz. Vienen y huyen, amenazándonos, grandes rachas de lluvia, con los hilos de agua diagonales, pero de abajo arriba, del pueblo al castillo. Los cerros—tan próximos—quedan coronados de nubes bajas. Todo el panorama de la batalla de Medellín, desde la escarpa que eligió como atalaya el duque de Bel-lune, el francés, sufre las veladuras de un cielo borrascoso. Es, sin embargo, muy bueno para

el campo este temporal de aguas, que no augura derrota, sino cosecha, y estando, por su último avatar, la noble villa de Medellín convertida en honrado y pacífico labrador, conviene que llueva. Usted suele decirlo. "Si Extremadura eligiese colores para su bandera, deberían ser: tierra de barro, bien roja, y verde, joven, de triguil." Todo se le pide hoy al campo—sangre y esmeralda—. Sin estos días velados, la luz de agosto sería terrible.

Desconcierta a cualquier peregrino la llegada desde Don Benito a la plaza de Medellín. La villa de Hernán Cortés, que esperamos—hermana de Trujillo, la de Pizarro—, se ha desvanecido. No veo caserones solariegos, ni portaldas, ni ventanales góticos o renacentistas, ni columnas, ni arcos... Lo que hubiera en el siglo XVIII, poco o mucho, lo ametralló y arrasó la invasión francesa. No quiso usted, amigo Valdés, deshacernos también esa leyenda de que en medio de la plaza, junto a la estatua de Cortés, erigida por un Ayuntamiento canovista, precisamente bajo el escudo del conquistador arrebatado por los franceses, rescatado en Don Benito e incrustado hoy en un sillar de piedra berroqueña, está la casa donde nació Hernán Cortés. Yo no la vi, ni usted tampoco. El alcalde, que precisamente es un maestro, no tiene noticia de semejante cripta. ¡Qué lástima! Valdría la pena de descubrirla o de labrarla. Pero está mejor así, mondada y descarnada de recuerdos, la plaza de Medellín, borrado el rastro de su héroe, el rastro mortal, y reducido todo a esa estatua fría y a ese hito de problemática autenticidad. Para que la plaza nueva no sea una plaza vulgar, basta el castillo cayendo a plo-

mo desde la cúspide del cerro. El cerro y el castillo la dominan, y, sin embargo, parece como si brotaran de ella. Habrán cambiado las moradas nobles, convirtiéndose en casitas de aluvión, traídas por el Guadiana; pero el gran aparato escénico de Medellín: el cerro con el castillo, el río con su puente, es hoy, como en la infancia de Fernando, el hijo de D. Martín Cortés de Monroy.

Otras cosas podrían quedar como testimonio de la Conquista. No hay en el censo de Medellín apellidos de los conquistadores. Los Altamiranos, Avalos, Bustos, López de Benavides, Pantojas, Talaveras, arraigaron, sin duda, en la Nueva España y les dejaron sus tierras a los condes, señores de Medellín. "Francisco Hernández—dice un memorial de Indias—natural de Medellín de Extremadura, no embargante, que es oficial de sastre, se ha ocupado en edificar seis pares de casas que ha hecho y labrado con su industria." Hasta los sastres de Medellín—hay otro Alvaro Mateos, "padre de once hijos, de ellos seis mujeres, las cinco casaderas"—, hasta las gentes de paz que no concurrieron a las velas y rondas de Méjico, fueron a poblar la Nueva España, siguiendo los pasos del marqués del Valle. Quedaron en España los viejos. Quedó Martín Cortés, el padre, de quien dejó hecha fray Bartolomé de las Casas una semblanza apasionada y envenenada: "Escudero, harto pobre y humilde, aunque cristiano viejo y dicen que hidalgo." El padre Las Casas era mal enemigo. A Medellín le escribía su hijo cartas como aquella que muchos buenos extremeños, usted los conoce, saben de memoria: "que yo tengo por mejor ser rico de fama que de bienes, y por con-

seguir ésta los he todos pospuesto y no solamente he gastado los míos, mas aun los ajenos..." ¿Cuánto tiempo aguantó en Medellín la familia de Hernán Cortés? Yo sé que hoy queda uno de su apellido en la villa: es el carnicero. ¿Y en las escuelas? ¿No hay entre estos muchachos, en la clase de D. Antonio Pulido, alcalde y maestro, o en la de su compañero D. Sergio García, algún nieto del conquistador? Bien puede ser; pero no responde ninguno.

—¿Como no los haya allá arriba!...

—¿Dónde?

—En el castillo.

Difícil es comunicar a quien no lo haya visto la emoción del castillo de Medellín. Pero usted, querido Valdés, ha subido muchas veces aquel repecho, se ha guarecido a la sombra de la vieja y ruinoso arciprestal y ha entrado, muy despacio, volviendo los ojos muchas veces a la campiña y a los montes, por aquella rampa y aquellas escalerillas de piedra, encajonadas en el muro. Y sabe usted muy bien que, aun estando desierto, solitario, el castillo, no faltan cortejos solemnes por aquella escalera de piedra tan empinada y tan resbaladiza. Dos plazas, grandes y depejadas, hay en el recinto del castillo. Una está labrada y sembrada de cereal. Es buena tierra, aunque el arado levanta pedruscos. En el centro quedan las ruinas de Santa María. La otra nos abre de pronto su cancela y nos muestra el camposanto más extraño que pueda existir sobre el planeta. Dentro de murallas nadie puede decir a qué mundo, vivo o muerto, pertenece aquel sombrío, gigantesco y disforme paredón almenado, a cuyo pie, como un pueblo de hinojos bajo la gran muralla de

la China, nace una ciudad minúscula, de casitas blancas orientales, que no son casitas, sino lápidas, sepulcros blancos, blancos... Entre la falsa ciudad oriental y nosotros, un prado de hierba fina y de flores silvestres. El vecino que labra la otra mitad del recinto preferiría que le dejaran algunos años cambiar de plaza. Hoy lo bate el viento, a pesar de que las murallas son altas y se conservan casi enteras; pero no hay en ninguna parte un rincón tan silencioso y tan seguro. Por estar en lo alto, los humoristas de Medellín dicen que aquí nadie baja a la tumba, y es verdad, aunque sepamos de antiguo, hasta por referencia del Madoz, que hay exceso de fiebres malignas, "siendo la vida de los habitantes corta y achacosa". Pero volvamos al llano, amigo Valdés; crucemos estas calles empedradas de guijos, y vamos a decirle adiós a la cuna de Hernán Cortés desde la orilla del Guadiana.

2. — ORILLAS DEL GUADIANA

Tiene la orilla del Guadiana en esta parte de Medellín—casi tanto como en el malecón de Mérida, junto al Conventual—, un poder de atracción fundado sin duda en la extrema sobriedad de elementos naturales, la serenidad del paisaje, el silencio y la lentitud de la corriente. Hay allí, bajo el castillo, un molino encantado que cubre las grandes avenidas, y ahora casi no muele sino orujo. Está el viejo puente romano, reconstruído por los Austrias. Entre el puente y la molineta, una ribera de cantos rodados, donde van a bañarse las mujeres cuando aprieta el calor. Pasan las horas sin sentir en ese remanso,

y hay que arrancarse violentamente del maleficio para seguir el viaje. Porque estas orillas del Guadiana sufren el maleficio del anofeles: calenturas, paludismo, malaria. Don Adolfo Barrado, el médico de Medellín, podría decirnos si la vida de estos vecinos es "corta y achacosa" hoy como hace un siglo. Los muchachos que yo he visto en la escuela me han parecido más sanos que los de Don Benito. Quizá haya mejorado la salud del pueblo. Pero el Guadiana sigue el mismo curso, y sus márgenes quedan en seco de abril a octubre. Este es el río lento, ancho; la contrafigura del Tajo dentro de la misma región extremeña. El Tajo es fuerza; el Guadiana, fecundidad. Pero el primero es desolado y el segundo palúdico. No acaban de portarse como buenos amigos del hombre, acaso porque el hombre no ha aprendido aún a tratarlos bien. Y aquí está el Guadiana, gran protector esquivo, peligro manso. Hemos de verle pasar bajo los arcos de otros puentes hasta dejarle, más allá de Olivenza, en la Extremadura portuguesa. Tendremos ocasión de acercarnos alguna otra vez.

Lo inesperado en Medellín no podía ser el río, ni siquiera el castillo. Lo inesperado es encontrarse con un pueblo que parece muerto, o por lo menos condenado a muerte, que no llega a dos mil habitantes y que llena de chicos cuatro escuelas. Aquí no hay descuido. Los edificios son del ochenta y tantos. Grandes, a puerta de calle, fríos y demasiado severos. Pero el pueblo los llena. Cada maestro tiene más de noventa niños de matrícula. Asisten con bastante regularidad, mejor que en otros pueblos más ricos, casi todos los matriculados; y quedan muchos esperando turno para entrar, con tal

interés, que pronto va a construir el Ayuntamiento un grupo de otras cuatro escuelas. El maestro-alcalde trabaja para resolver el asunto, pero no necesita pelear con el Concejo ni con el vecindario, porque todos están convencidos de que los pueblos, ganaderos o labradores, fabriles o marineros, no mejoran su vida hasta que tienen buenas escuelas y buenos maestros.

La lucha con el paludismo no pasa aquí de un cartel en la escuela. Todo el curso del Guadiana debería estar señalado por la propaganda tenaz y práctica de centenares de estaciones sanitarias. Las primeras lecciones deberían recibirlas chicos y grandes en la escuela. Esta sería la iniciación, y el maestro, con el médico, los dos pilares de la propaganda. De esta manera se levantaría el pueblo y subirían menos cortejos la rampa de piedra del castillo de Medellín.

PARENTESIS OPTIMISTA

EL CERCO DE MADRID.—Muchos lectores, aun los más fieles y pacientes, pueden haber olvidado que esta *Visita de Escuelas* empezó en septiembre de 1925 por el cerco de Madrid. Para mí era—y es—el primero y más apremiante objetivo en el plan de guerra. Pero siempre lo tuve por el más difícil de lograr, y, a medida que iba recorriendo pueblos de la provincia de Madrid, me convencía de que la empresa de moverlos era casi, casi temeraria. Cuando un compañero en letras me decía: —Es muy fácil. Hace usted demasiado. Está usted matando moscas a cañonazos—; yo no veía tan llana la tarea de arañar, siquiera a punta de pluma, la coraza

de uno solo de nuestros pueblos. Fuencarral, Colmenar Viejo, Parla, Las Rozas, Fuenlabrada... Algún lector se acordará. Pues bien; hoy creo más que nunca en la virtud de la perseverancia y en el poder mágico de la letra de molde. La muralla cae y el hielo está roto. Sin hablar del resto de España voy a referirme en este paréntesis optimista al cerco de Madrid. *El Sol* y yo sentimos verdadera complacencia ante los primeros resultados obtenidos.

Fuencarral.—Pueblo grande y rico. El más próximo a la capital, porque los otros son arrabales y Fuencarral sigue siendo un verdadero pueblo. Tenía las escuelas abandonadas. Reaccionó ante la sencilla y exacta descripción enviando protestas y solicitando rectificaciones. Pues bien; ayer he visitado las obras de un magnífico grupo escolar para ocho clases, donde se instruirán cerca de quinientos niños. Será inaugurado en septiembre próximo. La cesión de terrenos a la Diputación para construir el Hospicio les da facilidades y medios económicos. Arquitecto: D. Manuel Vías. Sitio: inmejorable. Campo de juegos frente a la Sierra; galería y solana. Una buena escuela.

Colmenar Viejo.—Aquí las disposiciones eran mejores; pero los propósitos y planes no pasaban de ser un tema en las sesiones municipales. Hoy tiene ya en marcha la construcción de dos grupos y un proyecto de transformación de la escuela de párvulos. Colmenar Viejo honrará pronto a la provincia de Madrid.

Las Rozas.—Un delegado gubernativo enérgico y de conciencia había cerrado la escuela, obligando al Ayuntamiento a instalarla en el propio salón de sesiones. Hubiera salido del paso

improvisando o alquilando otro local. Pero el pueblo de Las Rozas, con sus maestros y el alcalde, hombre de buena voluntad, han hecho más. Hoy está construyendo el Instituto de Previsión un grupo escolar práctico, de coste no excesivo, en condiciones que van siguiendo y estudiando con gran interés los pueblos inmediatos.

Fuenlabrada.—Este es el pueblo donde García Bilbao y yo pasamos tres horas detenidos y sometidos a interrogatorio ante la Guardia civil, por haber visitado a un maestro socialista a quien acababan de cerrarle su escuela. También ha acordado la construcción de un grupo escolar, destinando a ello fondos municipales. ¡Ya estoy desquitado!

Parla.—Lugar famoso. ¡Buena tierra, buen trigo! El patizuelo o corralillo de la escuela es el toril, y los chicos salen por un burladero. La clase, medio desierta. El maestro, desesperanzado. La gente que podía ayudar, despegada e indiferente. ¡Aquí era casi imposible mover, no una piedra, sino un pliego de papel! Ya ha empezado a moverse, sin embargo. Ayer me escriben: "Próximo a construirse en este pueblo un grupo escolar, el alcalde, que está muy interesado con inaugurar pronto las obras..." Parla tendrá las mejores escuelas de la provincia, porque aquí lo difícil es el primer paso.

Hay que tener fe. La fe se gana, se conquista por el esfuerzo. Además, yo no esperaba milagros, sino cosas posibles, objetivos modestos, que, poco a poco, vamos logrando.

OLIVENZA Y SU CAMPO

OTRA CIUDAD FRONTERIZA

ALEGRÍA DEL MANUELINO.—De Medellín pasamos a Olivenza. Del románico, hecho polvo, al manuelino. Santa María del Castillo, en Medellín, templo sin torre, abandonado y desmoronado, tiene a sus pies una villa borrosa, que del tiempo ido sólo guarda la severidad. Santa María del Castillo, en Olivenza, preside la ciudad más jovial de toda Extremadura. Para este salto, un poco incongruente, hay que hacer escala en Badajoz, y seguir la orilla izquierda del Guadiana, mirando con los ojos y con el espíritu hacia Portugal. Tanto sabor portugués tiene Olivenza, que si no viniéramos con eruditos de fuerza, bien pertrechados en el Centro de Estudios Históricos Extremeños, como D. Manuel Saavedra y D. Jesús Guzmán, casi nos dejaríamos convencer por los trabajos reivindicatorios de Lisboa y Coimbra, que en vano quisieron despertar un irredentismo. Las cosas hablan portugués, aunque las gentes del 1802 lo hayan olvidado. La geografía da argumentos a todos. La Historia aquí es más portuguesa que

española, y en sus incursiones hace como aquel buen caballero de Elvas, Juan Páez Gago: se lleva a Portugal, ella sola, el pendón de Castilla. Hemos visto al otro lado de la frontera el polvo del caballito de Juan Páez: "*O estandarte levo! Morra o home! Fique a fama!*" Pero ni Elvas ni Evora son ya nada afectivo para Olivenza, aunque de 1300 a 1800, en cinco siglos, sólo viviera diez y ocho años separada de la Corona lusitana. Mira por todos los viejos revellines y baluartes, que fueron desapareciendo uno a uno hacia el campo. Y el campo es el de Badajoz. Una transición suave nos pasa, desde las dehesas de pasto y de labor con encinares y trigo, a esta vega de Olivenza, que, sin dejar de ser extremeña, tiene ya algo de andaluza. El pueblo es rico, blanco, lleno de luz. Su expresión más feliz está en la iglesia de la Magdalena, del 1500, bajo el dominio del rey D. Manuel, con bellas y floridas columnas salomónicas, retablos platerescos y altos zócalos y paños enteros de soberbia cerámica, blanca y azul. El culto en la Magdalena de Olivenza había de ser generoso, blando y amable. Y, sobre todo, alegre, tal como corresponde a la pompa ligera, juvenil, del arte manuelino.

ALEGRÍA DE LOS MUCHACHOS EN LA ESCUELA DE JULIO ANTÚNEZ.—Pero si es fácil encontrar una iglesia alegre, ya cuesta más trabajo dar con una escuela que respire alegría, como las de Olivenza. Hablo de Julio Antúnez porque le conocía de otro viaje, al pasar por Hornachos, lo cual no quiere decir que las otras clases no sean también alegres. Están instaladas en un grupo construido para escuelas del Ave María y adquirido por el Ayuntamiento hace tres años.

Trabajan con Antúnez un interino, Acosta, y el maestro más antiguo, D. Antonio Bartolomé Aragonés. Siendo unitarias sus tres clases, se han convenido, amistosamente, para graduarlas. Empieza en estas escuelas un régimen nuevo de trabajo, y todos esperan el mejor resultado. Pero el local podía ser bueno, como lo es; y el patio de juegos amplio, bien soleado, y, sin embargo, los muchachos no ser como son. Yo no he observado el contento, la satisfacción interior del niño en muchas escuelas españolas. Fuera de los momentos de faena, circula entre los pupitres un enemigo silencioso: el Estupor. Lo escribo así para darle toda su importancia. El Estupor ata el ánimo y la inteligencia. Las musarañas del tedio son tan terribles como el anofeles; inutilizan lecciones, métodos, cuadernos y pizarras; preparan el camino al olvido. Pero ya sabemos que el Estupor no es solamente el gran enemigo del niño, así como hemos podido comprobar que no ataca solamente en los pueblos y en los campos. La expresión del Estupor la encontramos millares de veces en las caras inexpresivas, ausentes de personas de cualquier edad y condición social; caras "paradas", llenas de momentos muertos, que indican un vacío... Conviene atacar al Estupor en su primera trinchera: el banco de los párvulos. Importa mucho desalojarle de los pupitres, y el maestro debe cuidar también de que no se le suba a la mesa. Este enemigo no asoma por las escuelas de Olivenza, donde los muchachos demuestran depejo y vivacidad excepcional. Ya sé, ya imagino el comentario reivindicatorio a cargo de los pedagogos fronterizos: "Son más sociables estos alumnos. Establecen en el acto una relación afectuosa,

de igualdad y sin falta de respeto, con el maestro y con el visitante. Pero ello no ocurre porque sí. Es la Historia." Dejo la respuesta a don Jesús Guzmán y a D. Manuel Saavedra, que, además de historiadores, son extremeños. Algo, aparte de la historia, debe de haber aquí. Declaro mi superstición del sol, de la luz clara, del aire libre y del trabajo bien regulado. Si con estos auxiliares no se derrota al Estupor, es porque le ayudan la Pobreza, la Enfermedad, el Hambre. Habría que venir en distintas épocas a Olivenza.

EL IMPERIO DE LOS ANOFELES.—Porque ésta es una región clásica en la geografía del paludismo. El doctor Pittaluga, que inició y desarrolló las campañas más eficaces, ha descrito con precisión el cuadro de la Extremadura palúdica; sobre todo a lo largo del Guadiana, río lento. Hemos visto grandes remansos por encima de Medellín hasta Mérida y en el mismo campo de Badajoz; pero Olivenza tiene las quebradas. En ellas se estanca muchos meses del año el agua de lluvia, y aquí está el gran vivero, la cuna del imperio de los anofeles. ¿Cómo resisten un desgaste tan rudo y tan persistente los ribereños del Guadiana? Reproduciré sólo unos datos de la Memoria sobre el paludismo en España enviada a la Sociedad de Naciones: "El año 1923-24 se presentaron mil quinientos atacados de paludismo en el dispensario de Olivenza, que ejerce vigilancia sobre una población urbana y rural de quince mil habitantes. Aquí la forma de la dolencia es grave, pues hubo 167 casos de caquexia palúdica. Julio y agosto son los dos meses de mayor morbilidad. Diciembre, el más benigno. En Olivenza funciona el dispensario antipalúdi-

co en el Hospital de Caridad, institución admirable, de vieja historia. En los dos primeros años se logró reducir a la mitad el número de atacados de fiebres palúdicas. El petróleo, la desecación, el "gambusia"—el pez devorador de larvas—, la persecución del mosquito y el mayor cuidado de la enfermería, lograron esta brillantísima victoria. Pero hay que seguir, extender la línea de ataque. El Guadiana alcanza una zona inmensa y no es el único río de España ni siquiera de Extremadura.

LAS MAZMORRAS DE OLIVENZA.—Una de estas mazmorras es la cárcel del castillo en la torre de D. Juan II. Para subir el curioso—y no el preso—sin hachas de viento, necesita llegar precisamente a la una de la tarde, única hora en que logra filtrarse el sol, en ciertas épocas del año, por el hueco de alguna aspillera. Arriba se domina Olivenza y su campo; pero yo no lo he visto. Convertir en cárcel un castillo es respetar con adulación su pecado original; mantenerlo dentro de la Edad Media, y si, además, se aprovecha lo más ostentoso: la torre del homenaje, una torre maciza, bella y magnífica, como la de Olivenza, el caso me parece todavía más grave, porque es mostrar a todos los vientos, sin decoro ni pudor, el abuso de fuerza, o cuando menos el rigor de la ley. Eso sí; la cárcel es segura, y las mazmorras, dentro y debajo de la torre, aunque no correspondan a la graciosa arquitectura manuelina de la Magdalena, ni al espíritu de Olivenza son, en su género, perfectas. La otra mazmorra—yo la he visitado—es una escuela de párvulos. Está en los bajos de un cuartel o depósito de guerra, formidable edificio de grandes sillares, muy a propósito para el fin a que se des-

tinó durante dos siglos. Pero la pobre maestra, joven, inteligente, que entró en su profesión llena de entusiasmo, bien enterada de lo que debe ser una clase, y, sobre todo, clase de párvulos, ¿cómo va a acomodarse con sus sesenta u ochenta criaturas—¡las que quieran mandarla!—en el sótano de unos almacenes militares? Sombría, como la torre de D. Juan II, muy fresca en verano; húmeda, hasta el punto de que no podrían guardar en ella pólvora, ni trigo, que empezaría a germinar. Imponentes columnas para sostener unas bóvedas bajas que parecen dispuestas a florecer en estalactitas. Los niños son allí más pequeños que en cualquier otra parte, más insignificantes y más poca cosa. El patio de entrada—patio de juegos—sirve a tres escuelitas y a los carros regimentales, porque arriba guardan paja y grano. A la misma escalerilla de una de las clases arriman los carreros esos carros de gran balumba que necesitan muchas mulas y muchas voces llenas de jotas, eñes y erres. Las voces, el riesgo y el hábito de andar entre las patas de las caballerías quizá pudieran servirles a los muchachos para curtirse pronto; pero a las niñas no creo que les convenga. Doña Felisa Pérez, doña Antonia L. Rodríguez Chamorro, maestras de Olivenza, piensan como yo. Hay otra a quien saludé en Oviedo, formando parte en un Tribunal de oposiciones, doña Eugenia Vega, maestra excepcional; por su edad y por sus méritos, venerable. Tiene la suerte de dar clase arriba, en el ala más habitable del caserón; pero hay allí una fábrica que les hace el trabajo y la vida imposible a fuerza de ruido, humo y polvo. Nada, sin embargo, comparable a la mazmorra de los párvulos que Olivenza, si quiere res-

ponder a su buena fama, debe desalojar y substituir en seguida.

EL CAMPO.—Es delicioso el campo de Olivenza, a pesar de sus quebradas y de sus anofeles. Pueblos, cortijos y caseríos aparecen sembrados por todas estas sierras bajas, hasta la raya de Portugal y al otro lado del camino de Badajoz. Allí está el poblado de Juan Fuentes, con más de quinientos habitantes que no tienen escuela. Ni La Amorera, más pequeño; ni Ramapallos, Huertas de la Cuerna y los Tejares de la Charca, donde no llegan los maestros. La vida se organiza en medio del campo, sin contar con ellos y sin necesitarlos. Saben los muchachos trabajar desde muy pequeños y aprenden los nombres de las cosas. No confundirán nunca en el monte bajo la retama con el lentisco, ni la jara con el madroño; en las riberas y en esas mismas quebradas sabrán aprovechar mimbreras, tamujos y tarafes; tendrán nidos de cuclillos, cogujadas, tordos, alondras y abejarucos. Es muy entretenido el campo sin escuelas; y pocos oficios hay tan afanados como el de chico campesino, que siempre tiene algún quehacer. Lo malo es que les dura poco. Pronto les enganchan para la gran leva, la secular movilización jornalera. Yo he visto cerca de Olivenza uno de los rincones más apacibles de España: una hacienda de los Guzmanes. Olivares y naranjales encuadrados en una tapia blanca con su caserío cortijero, adornado de portaladas y detalles barrocos—del barroco extremeño—, su estanque, en cuyo cristal, limpio, se refleja una arquería sencilla, sus aljibes y sus caños de agua corriente. ¿Este es el campo de Olivenza? Esta es la campiña del Lacio: recreo y ren-

ta; con más, la preocupación del orden y de la belleza. Todos mis antepasados del siglo XVIII se cuelgan del abrigo para retenerme cuando volvemos al automóvil. Ellos hubieran acampado allí de muy buena gana. Yo también. ¡Es tan grato trazar un círculo alrededor de nuestro banco—un fuste de columna, un poyo en el jardín—, llenarlo de flores, de pequeños cuidados e imaginar que todo está bien! Pero les obligo a levantarse. Este es el minuto de parada en una estación. Nos basta a ellos y a mí con el buen recuerdo.

CAMINO DE ALMENDRALEJO

TALAVERA LA REAL. SOLA-
NA DE LOS BARROS

SÓLO hay dos pueblos, en setenta kilómetros, de Badajoz a Almendralejo. El primero es Talavera la Real. Por aquí, siguiendo la ruta clásica de Lisboa, vino hace un siglo Borrow, y otro siglo antes había pasado Giuseppe Baretti, el iracundo y mordaz foliculario de *La Frusta*, viendo—como yo ahora—grandes dehesas, encinares, rebaños y alguna vez yegüadas o puntas de ganado manso. Pero don Jorgito el Inglés, entretenido con sus historias de gitanos, no habla del campo ni de Talavera la Real. Dice que llegó a una aldea en las inmediaciones de un cerro pedregoso. Debe de ser Lobón—la patria de Alvarado—, que tiene cerro. Baretti fecha una de sus cartas en “Talaverola”, pero es Talavera la Real y no Talaveruela—*E un poverissimo villaggio...*—Fué a parar al *Mesón de los Caballeros*, que, junto a los albergues portugueses, le pareció un palacio encantado, y no es raro que le interesara poco el pueblo, pues en Mérida no encuentra de qué hablar y se entretiene

cantando las excelencias de no sé qué hortaliza. El *poverísimo villaggio* sería entonces, poco más o menos, como lo vemos hoy. Falta el mesón, con el cepillo para las Animas. Habrá unas cuantas casas nuevas, y las nuevas de entonces ahora serán viejas; pero la plaza, la iglesia parroquial, el atrio de la iglesia a orilla del río y el convento del Perulero, donde hoy están las Carmelitas descalzas, habrán variado poco. Y no es cierto que fuera una aldea muy pobre, sino una villa rica.

Talavera la Real conserva tradición, aristocracia—aunque ya mustia—y una extraña e inquietante melancolía que puede venir del Guadiana o del pasado. Si la expresión más exacta de un pueblo nos la dan sus escuelas, aquí tendremos una sorpresa agradable viéndolas instaladas en una gran casa señorial. Portalón inmenso, de dos hojas; patio de traza fina, con arcos bien proporcionados, y, arriba, una bellísima galería de columnas. Pero en estos pueblos históricos no hay que hacerse ilusiones. Las grandes puertas del zaguán están carcomidas; el patio, ruinoso. Toda la casa solariega, buena en el siglo XVIII, quizá mejor en el XVII, se deshace como si fuera de cartón. Al vernos llegar, acuden maestros y maestras, y no necesitan decirnos una palabra. Tanteamos los pisos en declive. Miramos los techos con el encañado al descubierto y toda la antiquísima viguería. ¡Qué lástima! Cuesta pena renunciar a la idea de que esto podría arreglarse; pero, no, la verdad cruda es que si el caserón vino a parar en escuela, sus razones hubo para no dedicarlo a otra cosa. Hoy da el sol en la galería y entra en las clases por los cristales rotos, como compensación de

muchas molestias; pero al mismo tiempo descubre sin piedad todo el estrago de los años. Es una belleza decrepita y, por tanto, peligrosa. Llegará un verano en que todo esto, bien tostado y caldeado, estará a propósito para arder como yesca, si los vientos de marzo no lo encuentran maduro para echarlo abajo. Todavía son peores las viviendas, donde se siente la tragedia, como si hubieran sido saqueadas después del terremoto. Los maestros van mostrándome todas estas tristezas, y yo les doy la mano, como suele hacerse en los funerales. —¡Qué le vamos a hacer! ¡Resignación! ¡Dios lo ha querido!— Dios ha querido que vengan ustedes a parar a Talavera la Real en el peor momento de esta villa, que fué grande y volverá a serlo.

Los muchachos llenan dos clases. Las niñas, otras dos; y aun quedan por la calle, pues Talavera pasa de 3.500 habitantes. Como en la mayoría de estos pueblos ricos, donde la propiedad está muy mal repartida, se ve al entrar en las escuelas que haría falta el gran reconfortante pedagógico: la cantina. Las niñas vienen mejor compuestas. Estas muchachas, vivas y graciosas, son las mismas que acudían al *Mesón de los Caballeros* a maravillarse y a reírse oyendo el tictac de la saboneta de Baretti. Los niños, desastrados en gran parte, tal como corresponde al alojamiento que les dan.

Para despejar un poco las malas impresiones, damos una vuelta por la plaza, donde el secretario del Ayuntamiento nos asegura que pronto incoarán expediente para la construcción de un grupo escolar. Así sea. La plaza es abierta, magnífica. Hay muchas casas que revelan, no sólo bienestar, sino riqueza, y que, sin embargo,

parecen abandonadas. El enjalbegado, habitual en toda Extremadura, bastaría para resucitarlas.

—Sí, señor—me dicen—; pero aquí, cuando una familia está de luto, es costumbre no enjalbegar ni hacer obra de compostura en la fachada de sus casas.

¿Cuántos lutos seguidos viene sufriendo alguna de estas casonas melancólicas que miran a la orilla del río Albuera? Yo había apuntado antes de venir una frase del Madoz: "... Se padece un número increíble de enfermedades de carácter agudo, ocasionadas principalmente por las emanaciones pútridas de las pocilgas, esterqueiras y pantanos de que abunda, aunque estos últimos van desapareciendo..." Había entonces cuatro escuelas, como hoy. Tenía mil habitantes menos. Existía la ermita de San José, pero ruinoso y destinada a usos profanos. La comunidad que hoy rige sor Paulina rezaba todos los días por el alma de don Juan del Campo Saavedra, el Perulero. Nadie había reparado en el arco gentilicio de Nuestra Señora de Gracia. El Albuera y el Guadiana pasaban como hoy, rodeándola del mismo hálito palúdico que nadie contrasta.

Místed Borrow y Giuseppe Baretta siguieron su camino hacia Madrid por Mérida, Trujillo y Naval Moral de la Mata. Yo voy a Almendralejo. Dejo a la izquierda los dientes de la sierra de San Serván, murallón almenado, y entro por la feracísima tierra de Barros. Solana, antesala de Almendralejo, dista de Talavera la Real treinta kilómetros, sin un poblado. Cruzan el camino ríos, arroyos y riberas. Si Talavera es silenciosa y quieta, Solana no tiene tiempo que perder. Ca-

miones, carros. El mazo sobre los toneles. El carrero, girando los radios de una estrella de muchas puntas. Sacos, pellejos, grandes toneles. Reatas de mulas. Piaras de cerdos. ¿Y la escuela? La escuela no es mala; pero los muchachos no van. Sus padres los necesitan desde muy pequeños; porque en Solana de los Barros—ya lo he dicho—no hay tiempo que perder.

VI

ALMENDRALEJO, CON SU ALCALDE

DEL IMPERIO ROMANO AL IMPERIO DE DON PACO MONTERO

UN partidario de Lobón me sale al camino protestando de que yo haya hecho romano—y gntílico, nada menos—el atrio de Nuestra Señora de Gracia, en Talavera la Real, que no pasa del siglo XIV. Las antigüedades serias, según él, están soterradas en Lobón, la histórica Licón, campo de batalla donde murieron seis mil soldados de Paulo Emilio, ciento ochenta y ocho años a. de J. C. Así es, y nadie podrá negarlo, ni el propio D. Nicolás Díaz y Pérez, monografista ilustre que fué de Talavera. De esta iglesia de Talavera la Real, lo interesante es que en ella, como en otros templos extremeños, fué autorizado durante siglos por los moros el culto cristiano, y de ello queda testimonio. En cuanto a Lobón y su cerro, bien merecían un viaje; pero ya estoy a las puertas de Almendralejo, y a la vuelta hemos de ir por Acehuchal, Santa Marta y La Albuera.

Almendralejo, corazón y sede de Tierra de

Barros, tiene para el visitante que no va a comerciar un aspecto demasiado práctico de ciudad manchega, labradora, afanosa en su tarea de cultivar, cosechar, acopiar y vender todo lo que da el suelo. Pero, ¡no hay que olvidarlo! Cavando en cualquier surco un jornalero de Almendralejo puede descubrir el disco de plata de Teodosio el Grande, como demostró el tío Juan Aguilar en agosto de 1848. Cuanto más rica es la tierra de Extremadura—y, en general, la de España—, más vestigios romanos encontraremos en ella. —¡Muy bien! Todo eso lo sabemos—objeterá algún lector—. Murallas romanas, castillos moros y conventos... Pero háblenos usted del alcalde de Almendralejo.— Es difícil separar la Historia andando por todos estos pueblos, en que todavía influyen latinos, godos, árabes, tudescos y franceses, unos por lo que fundaron, otros por lo que destruyeron. Pero, en fin, el alcalde de Almendralejo merece un capítulo para él solo. Se llama D. Francisco Montero de Espinosa, y todas las agencias informativas se han encargado de darle una popularidad mundial, con motivo del bando en que prohíbe a las mujeres de su término municipal el corte de pelo *a la garçonne*. Hasta los viajeros que sólo paran un momento en la estación del ferrocarril se echan a buscar el bando y preguntan si se cumple, y si es verdad que luego se hizo extensiva la prohibición al uso de la falda corta.

Como el efecto ya está conseguido, no se molestará D. Francisco Montero si yo descubro la verdad. No ha habido semejante bando. Don Paco es un humorista de tipo extremeño, campesino, labrador, que ha aprovechado el revuelo de todas estas gentes noveleras para hacer el recla-

mo de la villa de Almendralejo, de su vino, su aceite, su trigo; es decir, de toda su floreciente industria agrícola. Un día, después de la sesión, como estuvieran los ediles un poco revueltos por la resistencia que encontraban al pago de no sé cuál tributo, el alcalde les dijo: —¡Pues alguien tiene que pagar! ¡O haremos contribuir a las mujeres con un impuesto a la que quiera cortarse el pelo!— De estas palabras salió toda la bola de nieve; naturalmente, con un poco de tierra de Barros. Se dió por acordado y promulgado el nuevo arbitrio. Algunas muchachas y no pocas señoras que ya habían entrado en la moda, se encargaron de divulgar el acuerdo con tal saña, que pronto llegó a Madrid y luego a todos los periódicos de Europa y América. Tuvo un éxito resonante Almendralejo. Llovieron sobre el Ayuntamiento cartas, telegramas y comentarios de Prensa. Al principio, D. Paco quiso rectificar; pero pronto comprendió que, además de ser inocente e inútil, no le convenía. El alcalde se reservaba. No decía ni sí ni no. Para desafiar su autoridad salían las chicas a la calle cada vez más cortas, y yo he visto una moza de cántaro, en la fuente, cerca del Gran Casino, rapada y con la nuca más blanca que el cuello, lo cual, a mi juicio, merecía una multa, o, por lo menos, un fregado. Dicen que donde halló más oposición el alcalde de Almendralejo fué en su propia familia. No puedo asegurarlo. Pero mientras tanto, su fama iba creciendo tanto como la del alcalde de Zalamea; y en pocos meses, fuera del impuesto a que hace referencia ese bando apócrifo, D. Paco podía intentarlo y conseguirlo todo.

En tal situación siguen las cosas al llegar nos-

otros a Almendralejo. Lo que ha cambiado radicalmente, en dos años, gracias a la gestión administrativa del alcalde, ha sido el pueblo. Empezó por sanear la hacienda municipal, por reedificarla, porque estaba en ruinas. Es curioso ver cómo bastan dos o tres años de arreglo y de moralidad para poner un pueblo en condiciones de salvarse y de realizar obras que antes parecían imposibles. He presentado ya varios casos, subrayando la enorme importancia que tiene una administración honrada y emprendedora en el ánimo de las gentes y en el concepto que forman de la cosa pública. Dentro de los pueblos, no hay otro caballo de batalla. Todo es administración en la vida municipal. Conviene advertir que nuestra historia—otra vez hemos de volver al romano, al godo, al moro, al austriaco—tiene habituados a los pueblos a un yugo cruel o suave; no suelen manejarse por sí mismos, y los breves períodos de autonomía han sido pausas, silencios, en espera de otro dominio, pausas que cuando se prolongan mucho se convierten en *guirigay*—el *Guirigay* es palabra, naturalmente, reaccionaria y conservadora—. La perpetua sumisión hace que nuestros Ayuntamientos recaigan en esa algarabía de pajarera o de corral en cuanto les falta un amo; y parece que respiran más tranquilos cuando se les fuerza y se les obliga. El cacique, delegado de un poder ausente, procurador del procónsul y publicano, llevó al colmo la desmoralización del espíritu colectivo, municipal. El ensayo más nuevo que se puede intentar en la mayoría de los Ayuntamientos españoles es el de administrarlos bien, y si lo hicieran así en todas partes se habría logrado, de golpe, un capítulo del programa re-

volucionario. Pero volvamos a Almendralejo y a su alcalde.

Aquí tiene interés D. Francisco Montero en llevarnos a visitar las escuelas. Otros alcaldes suelen esconderse, con muy buen acuerdo. No hay grupos escolares en Almendralejo; pero acaban de ser desdobladas cuatro escuelas, y en todas se han hecho las necesarias obras de reparación. Las clases están llenas. Hay niños y niñas, no para once maestros y maestras y cuatro o seis colegios particulares, sino para treinta. Creo que es ahora cuando este pueblo de agricultores, cosecheros y exportadores de aceites, vinos y cereales empieza a interesarse por la primera enseñanza. Lo noto en la alegría nueva, naciente, recién estrenada y, en el fondo, no exenta de sorpresa, con que nos acogen los maestros. Parecen decirme: "¿Se cansarán? ¿No será todo esto un entusiasmo pasajero?" Don Paco tiene aire de ser perseverante e inagotable. Ha arreglado las calles, asfaltando lo que antes era un barranco. Ha construído plazas nuevas, casas para los maestros, cuartel de la Guardia civil, fuentes públicas, abrevaderos, un salón de actos en el Ayuntamiento. Ahora va a Madrid para gestionar su proyecto de traída de aguas; y luego será el alcantarillado de Almendralejo. Yo creo que los maestros pueden tener fe en él. No me he acordado de preguntarle si es liberal o conservador. La villa tiene en el siglo XIX tradición progresista. Nacieron aquí Carolina Coronado y Espronceda, poetas del romanticismo democrático, y otro hijo ilustre de Almendralejo hizo algo más que versos: murió por la Revolución de España: Fernández Golfín, ministro de la Guerra en 1823, anciano de se-

tenta y tres años y casi ciego, pero de temple heroico, fué fusilado con Torrijos. Una estampa noble y plácida del siglo XVIII podemos recoger aquí: es el palacio construído por el primer marqués de Monsalud.

VII

LLERENA

1. — A LLERENA POR LOS ROSALES

Fuí a Llerena por primera vez al entrar el otoño, y vuelvo en riguroso invierno. Aun tardando algo más, prefiero a cualquier otro itinerario el que nos deja en Extremadura por su frontera sevillana. Ir en el rápido de Andalucía hasta Los Rosales, dos estaciones más abajo de Lora del Río, y allí tomar el tren de Mérida. Nos obliga este plan a luchar con la terrible sirena: Sevilla. Hace falta mucha voluntad para no seguir adelante. Pisamos unos minutos, de tren a tren, esta tierra, que vive ya en plena primavera, y la dejamos para volver otra vez al Norte; es decir, para deshacer el encanto de Despeñaperros y Santa Elena. Nuestro sacrificio tiene un premio: la línea nos lleva hacia Sierra Morena por un país delicioso. Olivos, naranjos, setos de chumberas en vez de cercas. Los naranjos están en fruto. Los cortijos, rodeados

de huerto, con sus dos palmeras, y alguna vez, un gran pino de copa ancha, redonda. El Pedroso, con sus minas ferroviarias. Cazalla de la Sierra, los alambiques hasta la misma estación. A lo lejos, el cerro de Constantina. Alanís, y luego, la miranda de Guadalcanal, por donde sube el tren despacio, como un arquero viejo entre las almenas de su castillo. Ya volvemos a sentirnos otra vez en la altiplanicie, y nos da en la cara el viento de la meseta. Cuando bajamos en Llerena es indudable que hemos pasado una frontera. El sol, el acento y el blanco rabioso de las paredes encaladas podrán desorientarnos; sin embargo, todo esto tiene el carácter propio y genuino de la Extremadura Baja, fronteriza de Andalucía, pero también de Portugal. Para comprenderlo conviene venir por Los Rosales unas veces, y otras dar la vuelta de Olivenza por Fregenal y Zafra. Es Extremadura, y ahora veremos que, por alguno de sus rasgos, lo más personal y lo más fuerte de Extremadura.

Nuestro viaje de escuelas acabará aquí pronto. Había muy pocas—cuatro de niños para 5.500 habitantes—y tan malas, que fué preciso llevarlas todas al Ayuntamiento, donde viven en precario, mal instaladas, molestando y sufriendo molestias del Concejo. Hace cuatro años se acordó construir grupos escolares, y las obras están ya casi acabadas. Sólo elogios merece Llerena, por consiguiente.

Pero puestos en la plaza grande de Llerena, no creo que haya nadie capaz de contentarse con ver escuelas. Al recorrer la ciudad en busca del nuevo edificio, nos sorprenden, como un descu-

brimiento, las calles estrechas y las casas blancas, sencilla y graciosamente ornamentadas con un estilo que parece haberse detenido en lo mejor del siglo XVIII. ¿No se habrá parado también Llerena, como su arquitectura? ¿No será útil decirle sinceramente cuáles son aquí las impresiones más hondas de un viajero español que no es el turista? Descontamos la magia de la luz sobre la cal, así como la gracia de todas sus líneas. No hay casas feas, desproporcionadas o inarmónicas en Llerena. Por esa calle de las Almas—o de las Armas—, por las plazuelas viejas del Pasquín, de la Fuente Pellejera, del Toledillo, del Peso, de los Ajos, que hoy se llaman como Dios quiere, nos cegará el sol si llegamos en los meses cálidos. Relumbrarán hierros, tejas y piedras, como en Cádiz. Sin embargo, nadie nos quitará una sensación de desconfianza y una tentación de ponernos en guardia. ¿Contra qué? Contra la ruina interna de una ciudad que no se defiende. En ninguna otra parte del mundo—ni siquiera en Chiclana—verá el viajero tantas moscas como en Llerena. Donde el pavimento es de losas o de guijarros, queda estancada en el arroyo el agua de lavadero o de albañal. Donde no hay esa armadura, el suelo, blando, se embarrará como un camino. Y las moscas triunfan.

—Respete usted—me dicen—todo el carácter de las viejas ciudades históricas. Importa poco un detalle de urbanización cuando vamos buscando los tesoros del arte y de la manera de vivir local con arreglo a sabias normas tradicionales.

2. — LAS NORMAS

PARÉNTESIS: DEL SOL Y DE LA CAL.—Bajo la luz clara, refulgente hasta la crueldad, del cielo extremeño, las casas son blancas de arriba a abajo; blancas del zócalo al tejado, y a veces las mismas tejas están enjalbegadas de blanco también. En esto son hermanas de las andaluzas. ¿Qué sería del sur de España si se acabarían de pronto la cal y el yeso? Quizá de todo el Mediodía no he encontrado más notas oscuras en las calles que las de Gibraltar. Allí parece que han seguido los ingleses un criterio lógico: han amortiguado la luz, demasiado dura, y han opuesto a los rayos del sol un fondo gris pizarra, verde bronce y a veces negro. Han procurado neutralizarlas, sin duda considerándolas como un castigo. Extremeños, andaluces, levantinos, se bañan en la luz como en su propio elemento. Pero los andaluces de Cádiz, los mediterráneos de Málaga, de Almería, de Alicante y Valencia hacen de cada pueblo un mosaico de colores alegres, en los que dominan los tonos claros del rosa y del azul. Son los extremeños los que se conservan fieles al blanco inmaculado de la cal. Es un desafío, un reto al sol. Así nos parece a nosotros, que necesitamos habituar la retina a tantos reflejos que nos llegan de todas partes, del cielo y del suelo; pero acaso no haya tal propósito ni tal osadía, sino simplemente el placer de la luz. No significa para ellos sacrificio ni les obliga a ningún esfuerzo. Brillan sus pueblos como las pirámides de sal de San Fernando, y alguna vez he pensado que el juego consiste en extremar,

llevar al límite la energía ofensiva del sol para que el abrigo de sus habitaciones sea más grato. Estos "problemas" de albañilería—subrayo la palabra problemas para descubrir que aquí asoma la técnica—, de albañilería mejor que de arquitectura, suelen resolverse por razones económicas más bien que estéticas. La cal es más barata que cualquier pintura. Cuesta poco renovarla dos o tres veces al año. Las buenas amas de casa no aguardan tanto tiempo para blanquear sus habitaciones, que han de estar impecables. Pero también es barata la cal en toda la costa levantina y, sin embargo, alterna con otros procedimientos. En San Fernando, por ejemplo, llegan a usar para los edificios colores y barnices de barco, esplendidez que responde a una necesidad de su estética urbana. No. No es la economía. Es que su idea de limpieza, de nitidez, así como su gusto por los contrastes violentos, han encontrado la gran colaboradora, la cal, y no necesitan sustituirla ni creen posible mejorarla.

Pero éste es sólo un rasgo—aunque de mucho realce y, desde luego, el que más nos hiere los ojos—común a toda una extensa zona del Mediodía de España. Si Llerena y sus pueblos sólo tuvieran ese rasgo, no valdría la pena de venir. Pero asomémonos por cualquiera de sus calles; no por la calle de las Armas—que yo leí de las Almas, y me sonaba mucho mejor—, ni tampoco por la plaza grande, plaza de capital de provincia, con sus casas consistoriales y su templo soberbio, rematado por una giraldilla, sino por la última de sus callejuelas. En todas ellas encontraremos algo singular, del tipo más perfecto

—y más bello—de la arquitectura urbana del siglo XVII y del XVIII. El barroco español llega a tener aquí una forma sencilla y popular. Se auxilia con los hierros, balcones, rejas y veletas y con el enjalbegado que dulcifica todas las líneas, como si hubiera pasado sobre ellas una primera —y ligera—capa de nieve.

Al hablar de arquitectura extremeña entro en la jurisdicción de Solana, arquitecto y artista —que no es lo mismo—tan encariñado con esta considerable riqueza desconocida que va descubriéndola y estudiándola desde hace años para sacarla a luz algún día con el criterio de unidad y con la atención que por su importancia merece. Las casas señoriales de Llerena aprovechan elementos decorativos del barroco con tal gallardía, que difícilmente se encontrará en toda España nada tan amable ni tan atractivo. Nuestros pueblos, los que guardan tradición artística, suelen tener la adustez de la piedra, ennegrecida y apolillada por los siglos. Sólo se libra Salamanca, la incomparable y magnífica Salamanca, ciudad de las piedras doradas. Aquí el material, siendo más humilde, resiste mejor. La cal no envejece: es como el mar. Los muros, sólidos, de ladrillo, con su buena argamasa, viven amparados por las olas de cal, siempre joven y nueva.

3. — *EVOCACION*

Llerena puede ser fácilmente una de las ciudades más hermosas de España. Situada en la ruta de Sevilla a Mérida, detendría el paso del viajero. Y algo más importante aún: se podría

vivir en ella suprimiendo las fiebres palúdicas. Yo no creo que en el gran siglo de Llerena—el siglo XVII—estuviera tan descuidada como hoy; pero si tal es, en efecto, la tradición, debe rechazarla por medio de una pequeña revolución municipal.

También va unido históricamente a Llerena el recuerdo de la Inquisición, y, sin embargo, ya no queman a nadie en las Peñas del Obispo. La ciudad no progresa. Escasamente ha ganado en un siglo millar y medio de habitantes, y hoy Azuaga, pueblo de menos historia, cubre tres veces la población de Llerena.

Con fiebres palúdicas y con Inquisición, acaso le pareciera más interesante al turista. Completaban esos dos elementos estéticos la emoción melancólica de las murallas rotas, en cuyos escares, socavados, cobíjanse pobres viviendas con una huertecita como un pañuelo al pie. Ahora paseamos por estas calles quietas sin esperanza de encontrarnos con uno de los más violentos espectáculos que han podido conmover el corazón de un hombre. Pasaremos el jardinillo, casi abandonado. Por una plazoleta llana saldremos a la calle del Cristo. Allí está el templete donde se guarece, bajo el palio de un extraño tejadillo barroco, la cruz más imponente, la cruz más siniestra que ha podido alzar la piedad de un pueblo. Reconstruimos la escena. Vemos a la multitud inquieta, presa de sus dos fiebres, esperando. Primero han salido por la calle de Santiago los regidores perpetuos de Llerena, sus alguaciles, sus maceros, con ropa de damasco y terciopelo carmesí, mazas de plata, todos en sus cabalgaduras, hasta detenerse en la plaza a la

puerta del Santo Tribunal. Salen los tres inquisidores en sus mulas negras con gualdrapas y tocadores de terciopelo negro. Todos a caballo, siguiendo el orden que por su antigüedad les corresponde, dan dos vueltas por la plazuela de la Inquisición, y por la calle de Santiago y calle de las Armas enfilan en la plaza, donde tienen ya dispuesto el tablado, bajo un dosel, cinco sillas de terciopelo carmesí y a los pies cinco almohadones de lo mismo. Allí tomarán asiento con el gobernador, y estarán sentados todo el día, asistiendo a la celebración del auto. Luego, por ese mismo camino, los relaxados al brazo secular vendrán montados en jumentos. Con ellos, el alcalde mayor, entre sus alguaciles, y todos llegarán al sitio donde se ha de ejecutar el castigo. (Así lo vemos, tal como lo describen documentos del archivo de Llerena que ha copiado para mí un maestro, pero que ya usó D. Nicolás Díaz y Pérez.) No aquí se les quemaba, sino en las Peñas del Obispo. Pero esa cruz indica algo.

La Inquisición levantó sus hogueras en la plaza, previniendo el pueblo la leña y llenando, según sus categorías, balcones, ventanas y arcos al pie de la Giraldilla de Santa María de la Granada. Luego las llevó a la salida del pueblo, donde hoy vemos el Cristo, y más tarde, a las Peñas. Todo era preciso para atajar la peligrosa secta de los alumbrados de Llerena.

4. — LLERENA, SIN HEREJES

El caserón del Santo Oficio, reparado y transformado, es hoy cuartel de la Guardia civil. Contaba un maestro viejo que cuando él vino a Llerena todavía quedaban en los sótanos cepos, argollas, garfios, un sillón extraño, que anduvo luego rodando por el pueblo, y varios instrumentos de tortura, de tanta fuerza sugestiva como la cruz de San Andrés. Ya no hay nada. La fachada conserva un pequeño detalle ornamental labrado en piedra. Queda mucho más de la antigua Plaza de Toros, una de las primeras de España, muy anterior a la de Ronda, pero desmantelada, al punto de no diferenciarse apenas sus ruinas de las del circo romano de Mérida. No hay losas en los asientos; la jara brota por todas partes, muy espesa. Y dice ese maestro que cuando daban corridas lo primero que hacían era quemar la jara. Aguardaban a quemarla de noche; el resplandor alumbraba todas las calles de Llerena y se veía desde la sierra de Hornachos. Esto de las hogueras, en Llerena, no siempre ha servido para contener la herejía.

Pasó, hace muchos años, dentro de la primera mitad del siglo XVIII, el escándalo de los alumbrados; y aquí no hay fiebres, como no sean las palúdicas. Paseemos bajo los soportales de la plaza, hermosa plaza española: un ala de arcos mudéjares con arrabá, la otra cubierta por la catedral, que empezó gigantesca y acabó como pudo, con sus dos galerías, para el espectáculo que ya sabemos, y con su Giraldilla clavada en lo alto de la torre por Juan del Pozo, cerrajero y relojero, vecino de Llerena. Nuestro deseo de

relacionar el presente con el pasado nos lleva a indagar si queda levadura herética en la masa del pueblo. Pero la herejía requiere fe: el extravío pide antes fervor. Quien suponga a esta tierra dotada de especiales disposiciones, buena para la herejía como para el olivo, se deja llevar demasiado de prejuicios históricos. Hay, sin embargo, una razón permanente, y con verla no desviamos nuestro rumbo ni nos salimos del tema. Hablo de la blandura y docilidad de estas gentes, así como de la facilidad con que se les puede inculcar ideas morales y sentimientos religiosos. Acabamos de hablar con un carpintero que sólo piensa en su trabajo. Puerta con puerta tiene su taller un zapatero, al que no suponemos capaz de empresas espirituales. Pues Juan Bernal, zapatero de Llerena, sufrió pena de azotes en el año 1579 por haber ido a Madrid con un memorial sosteniendo que la doctrina de los alumbrados era buena. En aquella época toda la región estaba influida por las predicaciones de unos cuantos religiosos, seculares y regulares. Como siempre, bastan pocos hombres para ejercer dominio eficaz. A veces, uno solo.

Tiene tal sugestión el episodio de los alumbrados de Llerena, que no me decido a pasar adelante sin removerlo un poco. Un gran erudito extremeño: Barrantes, cuyo trabajo bibliográfico, explotado por todos, fué muy útil a Menéndez y Pelayo, dice de Llerena: "... Debió de ser en tiempo antiguo un pozo de inmoralidad y de herejía." Su población era muy mezclada de judaizantes y moriscos. Los primeros ensabanados de aquí salieron; y "el primer proceso y ejecución por fuego que se hizo contra herejes en estos Reinos" fué incoado por Céspedes, alcalde

de la villa de Llerena, contra los judaizantes Garci Fernández Valency, vecino de Llerena, y Pedro Franco, de Villarreal. Los dos fueron quemados. Sus cómplices, madre e hija, de Llerena, fueron penadas. Se ordenó derribar las casas donde judaizaron. Y esto ocurrió en 1467. Así empezó a trabajar, en juicio sumarísimo, la Cámara del Secreto de la Inquisición de Llerena.

Los procesos contra los alumbrados son de un siglo después. Resurrección y brote de la doctrina—y las prácticas—de Simón el Mago, como los *fraticellos* de Ferrara, los Begardos alemanes y Sagarelo de Parma, tuvo esta secta en España una derivación sensual, casi exclusiva, que cortaba el vuelo de sus ambiciones teológicas. El mal hermano del bien y ambos hijos de Dios. El pecado necesario para la salvación. Sobre todo esto último se prestaba a formidable desarrollo en tierra caliente. Sabido es que se llamaron “alumbrados”, porque hablando de un famoso fraile de Ocaña, “muy contemplativo y estático al parecer”, dijo el cardenal Cisneros que aquel hombre estaba “alumbrado por las tinieblas de Satanás”. “Destas nefandas y pestíferas cabezas—cuenta Díaz de Montoya, citado por Barrientes—saltaron en los contornos de Llerena...” “Hicieron estrago entre las mujeres unos falsos maestros, con tanto sigilo que en muchos años no se les pudo dar alcance.” El primero que los descubrió y denunció fué un travieso y aventurero fray Alonso de la Fuente, que envolvió entre los alumbrados a los Teatinos y atacó a la Compañía de Jesús. Quizá por esta confusión los primeros castigos no fueron demasiado graves para algunos reos. Pero salieron al auto de 1579 ocho clérigos seculares con sus corifeos: Juan

García, clérigo de Almendralejo; el cura de La Morera, Rodrigo Vázquez; Francisco de Mesa, clérigo de Zafra; el doctor Mexía, clérigo de Zafra. Y en medio de "una gavilla de facinerosos", la celestinesca Mari-Gómez de Barcarrota, que había establecido su conventículo o burdel en Zafra. Para instruir el proceso fué inquisidor Francisco de Soto, obispo de Salamanca, y los alumbrados, sobornando al médico, lo envenenaron en Llerena. Así dijeron. Pero las dos principales figuras de la secta de Llerena: Hernando Alvarez y el padre Chamizo, no parecen sino esbozo grosero de lo que con mayor doctrina había de ser pronto el molinismo. Ellos no hablaban de mística, "ciencia del sentimiento que se adquiere por infusión del espíritu divino". Lo que sabemos de ellos pudiera estar hoy comprendido en los delitos de corrupción por abuso de autoridad. Si a Miguel de Molinos—cuyo centenario, por cierto, se cumplirá el año próximo: 1928—se le atacó y encarceló, en Roma, dejándole morir en la prisión bajo el peso de bochorrosas acusaciones, imagínese lo que habría de ocurrirles a los clérigos extremeños.

Pero duró mucho tiempo la secta de los alumbrados. Aparecen hombres de respetable condición social "tocados desta hierba": el escribano de Hornachos, Rodríguez Samuel; el médico del Aceuchal, D. Antonio de Castro. Sin embargo, sufrió más el pueblo y especialmente las mujeres. "La raíz de esta secta—dice Barrantes, y autoriza Menéndez y Pelayo—se hallaba en el estado social de Extremadura, donde escaseaban los hombres por todo extremo, después de la conquista de América." "Todo hay que decirlo. La Historia es Historia—agrega D. Marcelino—

No es extraño el estrago que aquellos clérigos soeces hicieron en las pobres mujeres de la tierra." El centenario de Molinos podía ser motivo para una revisión de este juicio, quizá demasiado severo.

VIII

AZUAGA Y "EL MINERÍO"

VIAJE a Azuaga: Activismo. Dinamismo. Energética. Vamos en auto de marca sufrida, como mulo de montaña. Llevamos, en metálico, los jornales de millares de obreros. Traeremos, a la vuelta, nueve cajas de dinamita, unas dentro, conmigo; otras atadas con lías al estribo del coche. Tierra negra, magra, de pan llevar; luz clara y fría, de altiplanicie. Trece kilómetros de línea recta, proa a la torre de Ahillones, que luego, no sabemos cómo, se esconde a un lado del camino, modesta, como cumple a torre de pueblo pobre en campo rico. Sigue Berlanga, villa opulenta, que nos brinda una de las peores carreteras de España. De aquí salió para no volver más, huyendo del Santo Oficio, Rodríguez Pereira—Jacob de nombre—aterrado por el siniestro destino de su pariente Rodríguez Samuel, escribano de Hornachos. El tiempo desperdiciado en los atascos del camino hubiéramos podido emplearlo en Berlanga. Jacob, hijo de Abraham y de Abigaíl, judíos portugueses de origen, sólo pasó aquí su infancia porque el auto en que salió el escribano es de 1725. Como Ponce de León y Bonet habían hecho un siglo antes,

Pereira hizo hablar a los mudos. Escribió libros en francés, colaboró en el *Viaje* de Bougainville, inventó máquinas maravillosas. Quiso que se le tuviera por judío portugués; pero su epitafio está en español. En París lo lee más gente que en Berlanga, y por eso tiene allí más nombre Pereira que en su pueblo.

Azuaga es una larga calle, en montaña rusa, que empieza junto al cementerio y acaba al pie del castillo. Primero, casas pobres, obreras; luego va entonándose la villa, se hace más densa y más refinada. Aparecen esos detalles inconfundibles por los que puede deducir fácilmente el observador que aquí circula, o ha circulado, el dinero. Zaguanes puestos con muebles modernos, tiendas. Mirándonos tras la cortina, la mujer blanca, que sale poco al sol. Más adentro, en las callejas, la mujer rosa. Automóviles esperando a la puerta. Barrios improvisados. —Todo esto —me dice uno del pueblo— se ha hecho con el minerío.

Ha crecido rápidamente Azuaga en pocos años. Hace un siglo tenía cuatro mil habitantes y hoy pasa de quince mil. Pero no todo es minerío. Lo mejor de Azuaga debe poco a las minas, y lo que constituye su encanto no les debe nada. Vamos entrando en las calles antiguas, y encontramos un tipo de vida—las casas lo reflejan—cada vez más sosegado, más sereno y más discretamente meridional. La fachada, las puertas góticas y la torre de Santa María, son del gótico más fino de toda Extremadura. —Por dentro la han dado de amarillo y no me gusta—. Pero cualquiera de estas casas de tradición dieciochesca, semejantes a las de Llerena, vale para mí tanto como la Parroquial, así como la

iglesita barroca de la plaza, toda blanca, con su delicioso campanario y sus torres gemelas, guardando el Cristo de Montañés. Señalan un momento muy sabio, nutrido de experiencia, nacional y transatlántica, en la vida de las ciudades extremeñas. Saturados de esta civilización cómoda y accesible al pueblo, no superada en el siglo siguiente ni en lo que llevamos del nuestro, podemos escalar el cerro y trepar por las ruinas del castillo, donde, según la leyenda, vino a morir Viriato.

¿Y las escuelas? Los maestros son cuatro. Cuatro las maestras. Casi igual que en 1850. Trabajan los primeros en un antiguo Pósito; clases grandes, de triste aspecto. Muchos niños descalzos. Hay un maestro soriano, cuyo nombre aparece borroso en mis notas, que ha inventado un aparato para explicarles a los chicos el sistema planetario y el movimiento de la Tierra alrededor del Sol. Mientras todos se preparan a no sé qué festejo teatral en el *cine*, los alumnos del maestro de Soria juegan con el Sol y la Luna. Viene un muchacho cejijunto. —Un servidor no puede ir al teatro. —¿Por qué? —Porque un servidor está de luto. —Tienes que ir, porque va la escuela. Es tu obligación—. Y el muchacho se queda medio convencido, descalzo, pero abrumado ya por el peso de las conveniencias sociales.

Entre la riqueza de Azuaga y la mezquindad de sus escuelas no hay relación. Ya imagino lo que ocurre aquí. Viene una gran mayoría de hijos de trabajadores, de estos mineros que cobran cuatro o seis pesetas. Las clases acomodadas tendrán sus colegios, y quedarán, como en tantas otras partes, las escuelas para pobres. Los

cuatro maestros querrían explicármelo, pero no tienen tiempo. Aguardan los muchachos y no quiero retrasar su rato de alegría.

Deberíamos ir algo más lejos, hasta Granja de Torrehermosa, pueblo digno de verse, en el límite de la provincia, cara a Córdoba. Divisaríamos el panorama de la Sierra azul: Fuenteovejuna, Bélmez, Espiel, país minero. También podríamos ir cortando las lomas de Canta el Gallo y de la Nava hasta Zalamea de la Serena, deteniéndonos en el despoblado de Argallón, donde yace enterrada la antiquísima Arza. Pero hoy es imposible. Despidámonos de Azuaga, villa espléndidamente dotada que descuida sus deberes elementales. Hace medio siglo — en 1874 — formaron sociedad en Azuaga treinta aficionados a la Arqueología para hacer excavaciones en el castillo, buscando, quizá, no estatuas, sino tesoros: el tesoro del castillo. Pues bien; ya lo tienen. Ya serán accionistas de Peñarroya. Y si no, labrarán buenas tierras. El pueblo tiene fuerzas y dinero para emplearlos en escuelas.

Volvemos a Llerena al anochecer, cuando regresan de su trabajo los mineros. Vienen por todos los caminos, de Azuaga y de Berlanga. El crepúsculo de Berlanga reúne a la gente de las minas, a los muleros, a las mujeres que acaban de lavar y llevan su artesa en la cabeza. El *auto* vuela, brotando de la tierra como todas estas hormiguitas hermanas. Al pasar el puente de Berlanga afloja la marcha. Son los primeros baches. Luego, un lodazal; luego, un hoyo cubierto traicioneramente de agua. Vamos llegando, con trabajo, cerca de Ahillones; pero en un desmonte de tierra blanda, el coche se hunde hasta el cubo de las ruedas, y chocan, quedando bien em-

potradas nuestras cajas de dinamita. No estallan. Son inofensivas. Probaremos a empujar el coche, y si no basta, habrá que descargarlo. Pienso que si viniera con nosotros Jacob Rodríguez Pereira, huyendo de los inquisidores en automóvil, estaría pasando ahora muy mal rato.

IX

HIGUERA DE LLERENA

EL PAISAJE, VISTO POR UN JORNALERO

DUERMO en Higuera de Llerena. El cargamento de dinamita que encallamos en aguas de Berlanga no voló; y el viaje continúa más rápido que mis artículos, atascados en una *panne* de diez o doce días. Duermo en cama de hierro, de estas muy antiguas, que tienen, a manera de muelles, flejes cruzados, anchos y sonoros como hojas de espadas. Navego todavía en pleno sol: sol, en el campo; sol, en la calle larga de Higuera de Llerena. La casa de este pueblo, rica o pobre, ostenta unas bóvedas de arista, bizantinas, sin cimbra, cuyo secreto no sale de Extremadura Baja, y aquí parece patrimonio de todo buen alarife lugareño. Bóveda suntuosa, coronamiento de las cuatro paredes immaculadas. El ladrillo, encalado, enjalbegado todos los meses, llega a convertirse en material blando, de líneas suaves, aéreas, contorneadas de luz. Así lograron los maestros del oficio meter el sol dentro de casa, domándole antes, cortándole dientes y garras. He entrado, por un

zaguán fresco, empedrado de guijos menudos, en una de estas casas, que me pareció solariega y quizá destinada por su amplitud a algún uso público.

—No, señor—me advirtió el dueño—; esta casa es como otra cualquiera. La mandó hacer mi abuela y armó las bóvedas el abuelo de ese hombre que verá usted trajinando en el còrral. Los muros son tan recios porque arriba están los graneros.

Una iglesita, blanca hasta el tejado, blanca de requesón, y en la espadaña su gran nido de cigüeñas; un cementerio nuevo, con capilla al pie, blanca y fina, rematada graciosamente al modo barroco de esta tierra. Todo tan alegre, luminoso y bien proporcionado, que inspiraría confianza sobre la suerte de la escuela a quien no esté escarmentado como yo. He venido a Higueras de Llerena precisamente para ver las escuelas nuevas, con el arquitecto Sr. Solana, a quien ya conoce el lector por otras obras del Instituto de Previsión. Pero el maestro comprendió mi deseo y me llevó a la escolita vieja. Don Quintín Rubio, maestro joven, cabeza galdosiana, todo espíritu y llama en el país de la chacina, con ideas propias sobre Pedagogía y cierta exaltación de cenobita en las bodas de Camacho, pasa a otro destino y no estrenará la escuela nueva de Higueras de Llerena. Creo que en el fondo tiene ley a la otra. Le he visto acariciarla como a una niña inválida que nos mira desde su carrichoche con dulzura. También a mí me conmueve aquel corredorcito, cubierto de cañizo, paso de mulas al còrralón que ahora no conserva labranza, interceptado por seis u ocho mesas humildes y unos bancos a lo largo de las paredes, zócalos o

repisas donde el pueblo va colocando todos los años un envío de figulinas nuevas. Tales rincones debieran conservarse, con su carácter rústico, y aun podrían ser declarados, en algún caso, monumentos municipales, sobre todo si el pueblo ha sabido elevarse a más.

La escuela de Quintín Rubio se me aparece ahora entre sueños, vestida de sol, aun no teniendo bóveda ni artificio. Y es porque el sol, no satisfecho con penetrar en mi cuarto simbólicamente, por delegación, hiere hasta saltar sangre un nudo de las maderas y toda la ventana se transparenta, rayada de fuego. ¡Mañana gloriosa! Hemos visto ayer, anochecido, la cañada del Risco, la Alcura, honda y fosca, con los álamos emergiendo, como vaho del arroyo, y, todo lo demás, una cadena de tristes lomas, tierra de pan llevar. La única arboleda, bajo la única roca del término nos ofreció su hora de calma. Hablamos del murciélago, del alacrán, de la tarántula...

Pero hoy hemos salido al mismo mirador, frente al ejido patinero, y el paisaje se nos ha revelado. Limpio el aire; la luz recién nacida, distingo lindes y bancales en la huerta; cuatro cepas y cuatro olivos pegados al pueblo; rebaños en el baldío y un carro lejos, camino de la ermita. Aquí están las escuelas nuevas, en el mejor sanatorio del lugar, a espaldas del caserío, que va agrandándose hacia la cañada. Son muy sencillas. Un alarde de sencillez. Y perfectas, intachables, tal como deben ser las clases de un municipio cada vez más próspero. El tipo de arquitectura rigurosamente escueta, para servir el fin a que se destina. Por adorno, las proporciones. Y luego, los árboles que vayan cre-

ciendo en el jardín. El esmero, dentro. El salto de la escuela de D. Quintín a las de Solana, del candil a la luz eléctrica. Y el pueblo, esperanzado con hacer todavía más, porque en estas cosas lo difícil es ponerse a ello; empezar.

Mientras el arquitecto apura los últimos detalles, yo puedo ver el campo de Higuera de Llerena con los ojos de un jornalero viejo. Hay muchos pueblos con la misma luz; ya lo sé. Lo que voy a decir no es insólito, sino aplicable a otros lugares. Como este labriego que me habla, ciento habrá tropezado el lector. Pero ése es mi sino: descubrir cosas que sabe todo el mundo y descubrirlas, cogiéndome de nuevas siempre, sin aceptar su jurisprudencia ni su fatalidad: Higuera de Llerena; mil habitantes, Municipio rural, unidad célula por consiguiente de la vida local española. Campo fértil, buenas tierras de labor, montes, dehesas y baldíos. A la vista, ni un árbol, ni un techo fuera del poblado y de dos casas de labranza.

—Se tira a sacarla a la tierra hasta las entrañas. No hay casas ni árboles, porque no hacen falta; y ahora lo va usted a ver. Quite usted el baldío, que es nuestro, y los vecinos lo aprovechamos por tasación. Quite usted unas cuantas fanegas, que no llegan a trescientas, de gente del lugar. Lo otro se lo lleva Pateta. ¿Ve usted la raya blanca por donde vienen esas dos mozas con el cesto? Pues de ahí hasta el quinto infierno todo es de uno. Alguna vez viene, pero no le vemos. Ni sé en qué tierra vive. ¿Ve usted la capilla? Pues ahí empieza la otra finca. Cuando el abuelo hizo la casa de mi amo, donde entró usted ayer, ya el mundo estaba así. Por cada fanega nuestra tenían los forasteros veinte. Dejan aquí

jornales pobres. Pregunte usted lo que ganan estos hombres. Yo he sido mozo, labrantín, con dos bueyes, y he vivido en la dehesa con ganado de labor, buenas vacas gañanas. He hecho de mulero... Total: ¡Miseria! Pero siquiera las gavillas vienen a la era y meto el trigo en el granero. Peor es sudar nosotros y sudar la tierra para que se lo lleve el nuncio.

MARAVILLOSOS PUEBLOS

*HORNACHOS, RIBERA DEL
FRESNO*

QUIERO llevar este viaje a un tren mucho más vivo. El lector—ya lo sé—no aguantará que vaya deteniéndole, uno por uno, en todos los lugares de Extremadura. Vamos a Villafranca de los Barros para tomar allí el tren de Mérida, y cierro los ojos al pasar rozando un pueblecito llamado Valencia de las Torres. No paramos aquí: cruzaremos el Matachel, y, en vez de seguir hasta Castuera, entraremos por la sierra de Hornachos. —Encina, roble y chaparro; foresta ruda, en tierra que podía estar olivada—. Pero al desembocar por una llano silencioso bajo el sol, en la villa de Hornachos, nos echa el alto formidable muro de montes con su castillo en el risco más disparatado, montes rojos de sangre y hierro, que serían agrios y duros de mirar sin el apoyo de unos naranjales cuyo verdor sirve de bálsamo. También hay olivos entre cercas encaladas. Todo ese encanto lo podríamos romper si Hornachos no hubiera adelantado al camino real la ermita de la Virgen

de los Remedios; templo—más bien albergue—de una divinidad cortijera, sencilla y popular, amiga, como los moriscos, del plano limpio, escueto, entre líneas rectas, destacadas en blanco sobre el cielo intensamente azul. Sólo con la espadaña barroca de su ermita, Hornachos nos ha conquistado. Adivinamos cómo será este pueblo, calle arriba, hasta el último torreón, y sabemos, antes de verlo, que aquí lo mejor no es lo antiguo, sino la herencia más próxima del siglo XVIII.

Lo mejor, por fortuna, está vivo todavía. Desde cualquier balcón de la plaza grande de Hornachos se divisa una España que muy bien podemos continuar, si nos ayuda con su sana experiencia la gente del pueblo. Sólo hace falta que esta gente salga del surco en que tiene tendencia a echarse. Veamos, como un ejemplo de su situación actual, las escuelas. Están en el antiguo pósito de Isabel la Católica. Alto y esbelto, como una lonja, con triple arquería ligerísimamente ojivada. Pero vieja y ruinosa. La sostuvieron con tirantes de hierro, a pesar de lo cual se vendrá abajo. En dos clases se meten todos los niños que quieren venir, y es una villa de seis mil habitantes. En suma, hay dos maestros y tres maestras. Aquí estuvo Julio Antúnez, que luego he visto en Olivenza. Durante muchos meses, su compañero y él habían vivido sobre un volcán. El Ayuntamiento tenía guardadas en la escuela seis garrafas de ácido nítrico y unas cajas de cianuro para matar el piojo del naranjo. Como se ve, hay bastante que hacer en Hornachos, además de las escuelas.

—Con los chicos y con los padres hay que bregar para que no falten. Pero con los adul-

tos no está usted seguro nunca. La mayoría son buenos; ¡pero anda por ahí una tribu junto a la Checa!... Si usted no logra imponerse desde el primer día, créalo usted, lo apedrean...

En la misma carretera, más allá de la ermita, me enseñaron un cercado donde proyectan construir un grupo escolar; pero ya estoy acostumbrado a oír lo mismo en todas partes y nunca construyen. ¡Adelante! Sacrificamos otro pueblo de nombre sugestivo: la Puebla del Prior. Dehesas, extensos encinares, fincas inmensas que ocupan una hoya como las de Cáceres y Salamanca, buenas para meterse en ellas atravesándolas a caballo. Luego remonta otra vez el camino y llega por el Cristo de la Misericordia a Ribera del Fresno. ¿Quién imagina que Ribera del Fresno es un pueblo maravilloso? Nadie lo sabe porque cae muy a trasmano, y todo el ruido se lo llevan Almendralejo y Villafranca.

Pero yo creo necesaria esta reparación histórica. Meléndez Valdés, que nació allí, se olvidó de Ribera del Fresno. Fué injusticia, quizá desquite. He visto su casa, de puerta y ventana, y un tejadillo poco más alto que un hombre; tan humilde que al poner lápida conmemoratoria, empotraron una mitad en esa casa y otra mitad en la inmediata, de apariencia más señorial. Consta que era de familia noble y bien acomodada; pero ésta será la historia de tantos hidalgos, redimidos por las armas o las letras. El hecho es que no se acuerda de su ribera ni cruza aire de los encinares del Valdomedel por sus anacreónticas, que si tienen sabor a tomillo, es más bien del campo de Salamanca. Quizá valgan hoy para nosotros una calle y una casa de Ribera del Fresno más que cuando él las abandonó para

siempre. Yerguen otra vez en pie, viviendo una vida blanda, limpia, medio urbana, medio campestre, lo más español del siglo XVIII. Casas blancas, encajadas de arriba abajo, del zócalo al tejadillo; blancas las portadas, blanco el escudo y el gracioso remate barroco que da gran dignidad arquitectónica al hogar de una modesta familia hidalga. Calles limpias, adornadas de su propia blancura; hierros labrados... Yo he ido caminando por ellas de sorpresa en sorpresa, reconociendo el abolengo de una casta que ha vuelto al solar extremeño después de la aventura de América y ha construído sin renunciar a la fantasía. He ido preguntando, por preguntar, y por meterme en los zaguanes.

—¿Vive aquí el señor maestro?

Zaguanes limpios como un *yatch*. Portones de maderas ricas, de Indias, con grandes clavos dorados. Un paso de guijos, que abre camino hacia el patio. El suelo rojo, bruñido, lleno de reflejos discretos, porque las mujeres mantienen la casa en penumbra. Un lienzo negro, una Piedad, una Dolorosa, y el resto, blanco, desnudo. Pocos muebles, pocos estorbos. El sofá antiguo, de línea francesa. Y como remate, la famosa bóveda que acabo de ver en Higuera de Llerena. El escenario es perfecto. Su estilo, arcaico, detenido en un momento delicado y exquisito de la vida española. ¿Qué dramas o qué pasos de comedia o de sainete se juegan en él? Cuando se cierra el portón, ¿es gloria, infierno o limbo una casa de Ribera del Fresno? Yo no veo hoy sino calma y silencio.

Damos primero con un maestro, pero es un maestro sastre. Luego aparecen los dos que hay en el pueblo: Bascon y Smenjaud, y nos llevan

al convento de San Francisco, donde tienen sus escuelas. Estas escuelas conventuales suelen ser anchas, destartaladas y absurdas. Grandes columnas, macizas, de bodega. Techos altos, con resonancias. Humedad. Oscuridad. Aquí me parecen mejores. Hay un patio que podía ser jardín y está vergonzosamente abandonado. Las bóvedas, también de media testa, son soberbias, y, en suma, con un poco de arte, más cuidado y mejor material, podrían pasar. Un maestro tiene 110 chicos en matrícula; pero no asisten la mitad. —El que viene hoy no viene mañana. Nunca son los mismos—. El otro llega a 167 matriculados, y asisten ochenta. Su predecesor en la clase todavía tuvo tiempo para dejar en los muros curiosas pinturas escolares, que alegran los ojos y siempre enseñan algo. Esta es toda la enseñanza de primeras letras en el pueblo de Meléndes Valdés, que por los testimonios de su pasado y por la riqueza del suelo merece mucho más. Al salir, camino de Villafranca, ya en tierra de Barros, tierra de pámpanos, dejamos atrás los álamos, los almiarés y un coro de silenos que nos desafía.

XI

VILAFRANCA DE LOS BARROS

TIERRA DE PROMISION, PERO NO PARA LOS MAESTROS

NO sé cómo sería la tierra de promisión para los israelitas. Suponiéndoles hombres prácticos, imagino que irían buscando algo así como este campo de Villafranca, todo magro. Pero si entre ellos iba algún maestro nacional, tenedlo por seguro, el espectáculo de tal abundancia le hubiera dejado pensativo. Porque ningún maestro ignora que en estos pueblos ricos, cuanto mejor es la tierra, peor es la escuela. Un amigo nuestro dividía España en tierra de monte, tierra de huerta, tierra de trigo y tierra del vino. Otras hay menos importantes; pero sólo hace al caso que la peor para él era la tierra del vino. Villafranca da de todo: vino, trigo y aceite. Pero se lo da a quien ya lo tiene. Es riqueza para los ricos, que no se traduce en ninguna obra social.

Cuando un maestro lleva muchos años bregando en uno de estos pueblos sanguíneos y robustos, si es impresionable, llega a perder pie y a encontrarse, como espíritu inmaterial e in-

grávido, fuera de la realidd circundante. Ni se atreve a suponer que flota sobre la realidad. Se contenta con verse fuera de un mundo repleto de sacos, barricas y pellejos. Una incisión en el vientre de ese mundo rollizo, rojo, y brotará oro en grano, sangre de Cristo, óleo santo. Yo he conocido, lejos de aquí, a cierto maestrillo tímido, más fino que D. Pío Coronado, al cual, como recordarán los galdosianos, en días de fortuna se le subía la carne a la cabeza; y digo más fino porque el mío no necesitaba exceso de ningún género para que le marease la plétora vital del pueblo rico y substancioso en que vivía. Tanta riqueza de orden material, tanta grasa, no hacía sino mancharle el camino de la escuela. Todo quedaba fuera. De puertas adentro, recobraba la serenidad y el dominio de sí mismos, porque allí no veía sino unos pobres niños, muchos de ellos descalzos, flojos y desmedrados—casi todos hijos de jornaleros—, que pasaban junto a él unas cuantas horas cada día aceptando la miseria, la tristeza y la ruina de su escuela.

—Floto, como Don Quijote—me decía—, entre dos realidades o entre dos ilusiones. ¿Cuál es la verdad? ¿La que yo tengo aquí o la que pregonan por ahí fuera? ¿Cómo es este pueblo? ¿Como lo vemos nosotros o como se ve desde las bodegas y desde las paneras? Mientras alguien me resuelve esta duda, yo me atengo a la miseria de mis cuatro paredes, y a pesar del trigo, del aceite, del vino y de los perniles, favorezco a esta gente tan rica incluyéndola en las bienaventuranzas; por lo menos, como pobres de espíritu.

Al llegar a Villafranca de los Barros, forzo-

samente había de recordar estas palabras. Villafranca, ciudad próspera, como Almendralejo, con cerca de trece mil habitantes; con diez abogados—entre ellos un Álvarez del Vayo, a quien, por su apellido considero amigo y pido favor en esta campaña—, con ocho médicos, dos Bancos y tres banqueros; siete fábricas de aceite y treinta y dos prensas; veintidós cosecheros de vino, seis exportadores, siete fábricas de abonos químicos, siete talleres de bordados a mano, diez modistas, doce fábricas de caramelos, dos librerías y dos imprentas, cuenta sólo con tres escuelas de niños y una recién desdoblada que todavía busca local.

Pero vamos a ver cómo son esas tres escuelas. Vamos al centro de la ciudad, al convento de monjas de Santa Clara, orden franciscana, desalojado por la Desamortización. Allí hay dos clases desde 1840. Material y decorado—quizá también el solado y el aire—son de esta misma fecha. Una capilla inmensa; una cúpula por donde puede volar el pensamiento de los chicos detrás de las moscas. Tarima alta. Adivinamos la palmeta, las correas y el Christus. Tablas agujereadas, humedad. Ratones. Aquí enseña don Manuel García López a un centenar de niños que asisten con intermitencias. La otra es más oscura, más triste; escuela ratonera también. Le falta la ostentosa cúpula, y el material fijo se bambolea; bancos, mesas y pupitres, con más tachas que el caballo de Gonela. Hay otra escuela nueva, en piso alquilado, donde tiene la suerte de dar clase D. Manuel Sánchez. Pero las dos de Santa Clara y, sobre todo, la de D. Silvestre Escobar, son las verdaderas escuelas de Villafranca de los Barros.

—Ahí se educaron—dirá el lector—, puesto que los locales son ya seculares, los padres, los abuelos y los tatarabuelos de estos alumnos de hoy. En suma: los que han sacado buen fruto a la tierra de Barros—. No sé. El argumento me convence poco. Temo que aquí sólo vengan los pobres, hijos de pobres, que sólo sacan de la tierra un jornal, insuficiente en 1840 y en 1927. Hay tres comunidades religiosas y un gran colegio de jesuítas, bajo la advocación de San José. Probablemente están substituídas la función del Estado y del Municipio, y la escuela nacional, arrineonada y disminuída, es sólo una venerable estantigua que nadie quiere resucitar.

XII

MERIDA

1. — EXCAVACION MATINAL EN EL ALMA DE MERIDA

EN rampa suave, por tierra blanda, rica tierra de Barros, llego a Mérida desde el Sur, como los conquistadores. Pero yo no vengo a pelear, ni a ver al Procónsul, sino a D. David Mansilla y a sus compañeros de las escuelas. Don David es un buen maestro, caballero del Greco en figura, dignidad y discreción. Tiene de la vida un concepto tan español, tan realista y bien ordenanzado, como la letra de sus cuadernos de trabajo. El me trae a la realidad. No quiero fantasías ni alucinaciones. Aceptaré la Mérida que me dan; más parecida a Almendraejo que a Roma; comercial, industrial, trabajadora y traficante, encrucijada de muchas rutas. Almacenes, talleres carreteros, piaras de cerdos, productos porcinos: —“Productos de la Ganadería Extremeña, S. A.”—. Al entrar, corto, sin pararme a pensarlo, un acueducto romano: como todo el mundo cuando llega en el tren de Sevilla. Al andar por las calles quedo maravi-

llado de ver tanta mujer hermosa. Tanagra de Iberia, graciosamente clásica, frágil y delicioso monumento vivo de la romanización de Extremadura. Pero también pasan otras de tipo árabe muy puro; blancas, como si nunca las hubiera dado el sol; y otras, más campesinas, donde la tierra de Barros se ha convertido, con sólo una feliz cochura, en carne morená. El campo de Mérida, todo él regazo, blando, tibio y amable, guarda todavía hoy una molicie colonial. Así lo veo, como vivero de razas. Así comprendo la alegría, inconsciente y magnífica, de la tierra, cayendo sobre la obra de los conquistadores, tan dispuesta a mantenerlos como a pudrirlos.

Es muy temprano. Luce un sol radiante y optimista. Todo está claro, en el campo y en el alma de Mérida, a esta luz matinal, llena de reverberaciones celestes. Las cosas más opacas se dejan traspasar de una gran sencillez. Un betunero se ha obstinado en servirnos de guía para ver "las piedras". —¿Qué piedras?—Todas estas piedras que hay por ahí, muy antiguas... —Pero ¿qué eran? ¿Para qué las pusieron? —Las pusieron, las pusieron... para que yo las enseñe...— Al caer la tarde, el betunero de Mérida seguramente no ve el destino de las cosas con tanta claridad. Pero ahora todo se transparenta. Lo que hay y lo que no hay. Teatro. Anfiteatro. Termas, Templos... Lo que por tantos siglos tuvo Mérida bajo tierra y las razones de que permaneciera enterrado. Sobre todo, la posibilidad de que haya otras muchas cosas esperándonos, si las sabemos buscar.

Y entre lo que no hay, la escuela. Nadie se asombrará si yo, sentado en la gradería del teatro romano, puesto a reconstruir, reconstruyo

la escuela colonial, la escuela pública que Roma transmitió a imagen y semejanza de la suya—*schola o ludus literarius*—, a la colonia privilegiada. Es un espacio abierto, no demasiado grande; un pórtico techado, y con sólo la pared trasera. Columnas o pilares, al frente; y a los costados grandes cortinas que no llegan al techo. Como tienda de campaña, que podría ser plantada en cualquier lugar y que hoy se abre delante de la escena, en el hemiciclo de la orquesta, protegido por la estatua de Ceres, de Júpiter y de Proserpina. Esta aplicación fortuita del coliseo no será tan violenta como la que Carlos III autorizó aquí en 1779, cuando sólo afloraban del suelo *las siete sillas* y quedaba un embudo que parecía a propósito para correr toros. Hay unos banquitos de madera, ¡eternos, inmortales bancos! Sin pupitres, sin tinteros, sin libros... —El primero que entra en la escuela es el “*ludimagister*”. Viene cansado. Su aire melancólico, humilde, me conmueve, como si viese aparecer, bajo los mármoles imperiales, un pobre maestro con certificado de aptitud. Ha puesto la clámide en el respaldo de su silla alta, su *cathedra*, y ni la túnica, remendada, ni los borceguíes mal añudados, puede compararse a los que usa hoy el maestro grecolatino de Casar de Cáceres. Pero ¿qué hace ese desdichado? Limpia el polvo de las tablillas. Pasa un paño blanco por los banquitos de fusta. ¡Eso, no! Yo he sorprendido, bien cerca de Mérida, a un maestro, en día de asueto, barriendo la escuela. Quise desaparecer, borrarle o borrarle, como si no nos hubiéramos visto; pero él vino a saludarme, impávido, sin dejar la escoba. ¡Todo le parecía cetro en sus manos! Este *ludimagister*

limpia con humildad. Es, probablemente, un esclavo. Todo lo más, liberto.

Para cortar esta escena penosa, doy un empujón al betunero: —¡A tu sitio!— Lanzado ya, el muchacho obedece, y el *ludimagister* ve llegar sin sorpresa a un chico de calzones galos y blusilla eslava o tártara, rapada la cabeza, calzado de alpargata. Le da su tablilla de cera, su punzón y no vuelve a pensar en él. Van llegando otros chicos. Algunos vienen hasta la misma puerta acompañados de mujeres. Túnicas largas y mantos flotantes, grandes cintas en la maciza mata de pelo. En fin, Roma. Una de ellas, al entrar su hijo, asoma entre la cortina y grita:

—A ése le zurras la badana hasta que me quede bien blando.

Hay palmetas, zurriagos con tiras de cuero. “El hombre que nunca fué azotado—dice Menandro—está sin educar.” Cualquiera historia de la Pedagogía confirmará la persistencia de esta doctrina que por incidencia va a experimentar en este momento un betunero de Mérida. ¿Por qué no le educan hasta hacerle sangre, como a él, a Cneo, hijo de Cneo, de la tribu Papiria, que viene ricamente vestido, la túnica escarlata, un manto terciado, que parece nebride y la melena al modo alejandrino? Esclavo o liberto, el *ludimagister* le guarda respeto. Guarda respeto, sobre todo a los hijos de familias romanas. Y como mi guía es hombre libre, grita en romance que parece latín, tira el punzón y la tablilla y escapa sin volver la cabeza hasta los soportales de la plaza Mayor. Entonces llegan dos personajes nuevos. Estos no vienen a enseñar las letras ni los números; no necesitan fatigarse llevando la mano a los noveles sobre la tablilla, ni

calculando con los dedos o con el ábaco. Uno es un gran señor enviado de Roma. El otro, según muestran su túnica frigia, la cabellera en bucles bajo el gorro frigio y su clámide prendida al hombro con una fíbula de oro, es un artista extranjero. Es Demetrio, el griego, y enseñará en Mérida el arte culto del mosaico. El *ludimagister* los mira con envidia. Todo es magnífico, todo suntuoso, todo canta la grandeza de Roma; pero él descenderá ahora a su choza de los suburbios, donde seguirá malviviendo mientras le queden fuerzas para ayudar como un esclavo a la gloria de la metrópoli.

2. — CREPUSCULOS DE MERIDA

Dos sitios hay en Mérida, de ilustre historia ambos, buenos para contemplar en silencio la puesta del sol. Toda Mérida sirve como atalaya de los crepúsculos. Es ya dentro de España una de las grandes ciudades crepusculares, y cualquier miradero suyo vale para alminar. Pero el teatro romano y el murallón del Conventual—comprobadlo vosotros mismos—serían lugares señalados entre los más excelsos si alguien quisiera ordenar el tesoro de las emociones de España.

A pleno sol, mientras hacen sombra, maciza, mediterránea, las columnas desenterradas e incorporadas, el teatro romano no es una ruina, sino una resurrección. Ningún museo puede tener la vida que esta maravillosa hoya. Es como fuente cegada de donde ahora vuelve a brotar agua de veinte siglos. Pero al caer la tarde, yo

imagino que el mismo D. José Ramón Mérida, que acaba de alumbrarla; sus propios auxiliares—Macías y Gómez Millán—, abandonan con los obreros el tajo, sobrecogidos por el pavor confusamente religioso de estar empeñados en trabajar contra el destino. Las estatuas empiezan a parecer fantasmas, y los restos esparcidos todavía por el suelo, víctimas de una gran batalla recién librada; unas, apoyándose en el muro, insensibles a su espantosa mutilación; otras, tendidas paralelamente, muertas y sin lincel. Todo es "spoliarium" a nuestro alrededor. La luz huye, como huyó aquel día, entre sangre y llamas. El silencio de tantas cosas mudas nos traspasa de angustia, y por no ser arqueólogos, sino hombres, pedimos que caiga sobre tanta miserable gloria la piedad de la tierra. Entonces, sumergidos en la doble melancolía del sitio y de la hora, cuando sólo se libra de la universal gravedad el murciélago, espectro negro de fuego fatuo, nos parece definitivo este crepúsculo, el último crepúsculo de Emérita. Mañana todo habrá vuelto a su sepultura, y quizá no sólo las piedras de este cerro de San Albín, sino todo lo que puso aquí el fundador, el romano, incluso el espíritu. La ciudad será tierra de Barros. Don David Mansilla, maestro tantos años, querrá dirigirse a sus alumnos, como todos los días, y no encontrará ni voces ni letras, porque también le habrán soterrado el idioma.

No tendremos ese dolor agudo de la muerte de las cosas al morir el día si elegimos el Conventual. Allí está el Guadiana, lento, pero fuente, para permitirnos una esperanza de inmortalidad. Fué antes de los romanos y será después de nosotros. Mérida, insensible o distraída, ha he-

cho todo lo posible por humillar los más nobles recuerdos, obligándoles a servicios bajos y domésticos. Pasamos al pie de la fortaleza. Vemos un huerto, un establo. Vacas entre los olivos, tendedores de ropa. Extremadura sencilla, casi primitiva, que no deja de entonar con lo que venimos buscando, o por lo menos, no molesta demasiado el desacorde. Los baños visigodos están convertidos en pajar. Llega la paja hasta la misma puerta, cubre los escalones, el umbral. Una cerda se ha instalado impudicamente con su prole y nos cuesta trabajo no pisarla. Allí dentro está el aljibe. Allí dentro hay una pilastra visigoda de mármol pálido, que a la luz filtrada de lo alto, por la boca de los cangilones de la noria, parece una mujer desnuda, blanca.

Salimos, y ya está dispuesta la gran escenografía del crepúsculo en la terraza del dique romano. Ha recogido el Sol todos sus tonos agresivos. El cielo, finísimo, de una exquisita transparencia, no es más aéreo ni menos líquido que el curso del Guadiana. Pero ¿es el Guadiana? ¿O es el Nilo? El puente, inmenso, cierra de una parte el horizonte, reflejándose en el agua, inverosímilmente quieta. No asoman las palmeras del río sagrado, sino la chimenea de una fábrica. Al crepúsculo no le falta voz: suenan unas campanas. Y aunque éste sea el momento que nos desincorpora y nos ayuda a desasirnos de toda realidad, aun la de nuestra propia existencia, podemos entregarnos al encanto mágico sin temor, porque el Guadiana no nos lo sepultarán bajo tierra.

XIII

ALBURQUERQUE Y SUS EJIDOS

1. — *EL NOTARIO DE FRÓMISTA EN EXTREMADURA*

MÉRIDA-Badajoz - Alburquerque-San Vicente de Alcántara. Este nuevo zigzag sobre el Guadiana nos acerca otra vez a la raya de Portugal por la sierra de San Pedro, cuya vertiente norte habíamos bordeado ya en el viaje de Cáceres. Como habrá poca diferencia en la casta de escuelas que críe la vertiente sur, no volvería por aquí si no supiera que en San Vicente de Alcántara reside ahora Julio Senador Gómez, "el notario de Frómista". El notario de Frómista es el escritor español que ha reunido más experiencia de la vida de España, singularmente de pueblos castellanos, leoneses y extremeños. Visitarle, hablar amistosa y despaciosamente con él, equivale a penetrar en el recinto secreto, donde ojos de viajero curioso no llegarán nunca. Tal era mi propósito, seguro de encontrar en el despacho de Senador Gómez algo como el elixir maravilloso contra la vejez prematura de España; un licor destilado de lágrimas de víctimas, en los pedriscos, en los desahu-

cios, en la emigración; y no sólo de lágrimas, sino también de veneno de las víboras más dañinas, veneno de envidias y odios. Experiencia de notario, implacable, como la del médico. Peor aún. El médico ve a sus enfermos, a sus *pacientes*. El cura oye en confesión a sus feligreses, contritos. El notario recibe a su clientela cuando más despierto y agudo tiene el sexto sentido: el sentido de la propiedad. Cada documento es una batalla. Para intervenir, la ley pone en manos del notario menos recursos que la religión en manos del sacerdote y la terapéutica en las del médico. Pero se le ofrece como una realidad geológica, fatal y fatídica, la miseria del pueblo, empezando por la miseria del dinero. Esa visión trágica del campesino afanándose en la esterilidad de la meseta, rodeado de explotadores, malvados o ineptos, no habría cuajado en libros como *Castilla en escombros* y *La canción del Duero* si "el notario de Frómista" no fuera también, como Joaquín Costa, albacea de la tradición del XVIII, hombre de acción, truncada, maniatada, hasta desposeída de títulos. Senador Gómez ve lo que podríamos ser y no somos. Se rebela. Denuncia al gran culpable: el régimen de propiedad. Pueblo por pueblo va persiguiendo sus crímenes, e iluminando el paisaje de España al brillo siniestro del arma curva que el criminal utiliza. Ese yatagán es el Código civil, y ahora veremos que el notario de Frómista lo tiene encima de la mesa, como cuerpo del delito. ¡Buen consejero para otro Floridablanca! Pero también ¡buen demócrata, buen guía para una revolución agraria! A título de maestro, de compañero que se me ha adelantado, debo saludar en su notaría de San

Vicente de Alcántara a D. Julio Senador Gómez. Le imagino enriscado y abrupto como el desfiladero de los Gaitanes, difícilmente accesible, cristalizado ya en convicciones que no cambiarán y que desafían al viajero con todas sus aristas erguidas e hirientes.

Antes debemos detenernos en Alburquerque, villa histórica que por sí sola valdría el viaje. Hemos atravesado, desde Badajoz, a lo largo del Gévora, inmensos encinares, interminables dehesas que bajan hasta la frontera. Un solo cultivo, a todo riesgo. Una reja y una siembra bajo las encinas cada siete años, más que por la cosecha, por ordenar la tierra y limpiarla de jara. Quizá sea el trato más adecuado y el que va mejor con el suelo, aunque la exclusividad del encinar lo expone a graves riesgos; pero en 45 kilómetros no encontramos villa, pueblo ni aldea. Sólo a lo lejos, hacia Oriente, asoma Villar del Rey, y más allá lomas y cerros hasta Cáceres. Millares de almas podrían vivir a la sombra de estas encinas; pero la propiedad está en pocas manos. No falta agua del Guadiana al Salor. Hay abundantes riachuelos, arroyos y riberas. Pero los cortijos son escasos. Entre lo que esto podía ser y lo que es, en realidad, media el yatagán de D. Julio Senador: el Código civil romano manejado al uso de Extremadura. Después de la dehesa, arbolada y encinada, vienen el monte bajo y los llanos del Gévora, donde ya descienden las estribaciones graníticas de la sierra y empieza un paisaje amplio, de líneas austeras y color fino, a cuyo término se alza otro cerro, otra población encaramada como si hubiera del diluvio, otro castillo: Alburquerque.

Alburquerque, estampa idílica, bajo la mura-

lla medieval. Una fuente, ¿mora?, un templete sobre columnas—pero nada griego ni romano—, con su cúpula blanca; fuente de morabito. Mujeres, de talle alto, que vuelven con la herrada en la cabeza. Rebaños; y, detrás, pastorcillos, hombrecillos... Rascando un poco en esta ladera de tierra ibérica, vetónica, encontraremos la citanía. Gentes de garbo antiguo, de actitudes lentas: —*Media azul con zancajera—capa verde con embozo—de Alburquerque es ese mozo—*. Entrando en la villa, una plaza ancha, en la misma carretera. Fuente de pilón, muy campes- tre. Calles estrechas con portaladas nobles. Y todo el pueblo trepando hacia el castillo, que es la obra más esbelta y más arrogante de las que llevo vistas a la fecha de hoy; todo el pueblo organizándose alrededor de la enhiesta ruina, amparándose en ella y buscándola con los ojos. Comprendo muy bien que Alburquerque esté enamorada como un girasol de su castillo, porque es soberbio. Yo hubiera querido escalarlo también desde la escuela de D. Constantino Escobar, en “la Villa de Dentro”, escuelita pobre, con una puerta a la “calle Derecha” y otra a un pasadizo que seguramente ha de comunicar con los subterráneos del fantasmón señorial. Pero no había tiempo. ¡Si yo fuera alumno de don Constantino! Si tuviera la suerte de empezar aquí las primeras letras, mi campo de juego llegaría hasta la torre del Homenaje y la mazmorra no sería mucho más lóbrega que la escuela. Porque la escuela no tiene importancia. En cualquier parte se acomoda. Una de las más pintorescas de España es la que han habilitado en cierta antigua fábrica de corcho; ruina más triste que el castillo porque proclama el fracaso

de una industria. Separadas por tabiques biombo, con el andamiaje al aire, resonantes como grilleras, las dos clases de D. Andrés Ambrós y de D. Francisco Fernández Bravo dan idea de campamento improvisado o de hospital de sangre. Todavía queda otra: la de la Tahona, a cargo de D. Clemente García. Todas ellas son como zaguanetes de reclutamiento para los mesnaderos de D. Beltrán de la Cueva o del señor que le substituya. Cuando estos chicos lleguen a hombres ya no les quedará lo que a sus antepasados mucho después de D. Beltrán: los ejidos. ¿No conoce el lector el pleito de los ejidos de Alburquerque? Por costumbre inmemorial, sancionada en fueros y leyes, venía el pueblo usando esos bienes comunales, verdadero sostén del pobre en los años difíciles. Comprendían los ejidos dos o tres mil fanegas de buena dehesa, que bastaban para ayudar al vecindario con sus diversos aprovechamientos, tal como lo encontramos consignado—en caso semejante—en las Ordenanzas de la M. N. y M. L. Ciudad de Badajoz. Pero estas prácticas del siglo XVIII son antiguallas. El dueño del suelo reclama el vuelo o lo suprime. Comprando y cercando, poco a poco la sombra del señor feudal se ha quedado con todo. Si el pueblo sale a reclamar su derecho, se le echa encima la fuerza. Ha habido por las bellotas muertas, y ahora parece que se va a tramitar jurídicamente la cuestión, transigiendo en parte. Véase cómo no es del todo incongruente con la visita al notario de Frómista una parada al pie del castillo de Alburquerque.

2. — AGÜERO DE EXTRE-
MADURA

—¡No! ¡No! Extremadura está condenada, como Castilla. Extremadura no tiene, no puede tener salvación.

Al escuchar agüero tan inexorable, cualquier hombre de buena fe, resuelto a trabajar, quedará, como nosotros, suspenso. ¿Todo será inútil? ¿Todo esfuerzo estará condenado al fracaso? Senador Gómez suele cortar el diálogo, como con una zanja, con ese definitivo "¡No!" Así he oído empezar muchas de sus lecciones a Unamuno: "¡No, no!" Y en otra época más lejana, a Costa: "¡No, no!" El discípulo o el oyente animoso se rebela y contesta con la misma tenacidad: "¡Sí, sí!"

—Extremadura está condenada irremisiblemente por su geografía. ¿Qué se puede esperar de un país que tiene al norte las Hurdes; al sur, Sierra Morena; al este, la Mancha, con la Siberia extremeña, y al Oeste, la muralla de una frontera? Expresión abreviada de España, sus gentes han vivido primero a costa del oro de América, y luego talando y esquilmando el suelo hasta concluir de aniquilarlo. Extremadura nunca podrá levantarse. Su destino es morir.

Vive D. Julio Senador, hoy notario en San Vicente de Alcántara, a la salida del pueblo, mirando a la frontera. Plantada sobre el camino, de través, en un repecho muy aldeano, con volatería de corral, niñitos jugando a la puerta, junto al poyo, y cánticos de mozas trajinando en sus labores, la casa del notario es alegre como el campo que la circunda. Todo me parece allí

alegre y fuerte, incluso los ojos del notario. La voz, ya no tanto. Voz metálica, de distintos registros, agudo llano y grave, pero siempre reforzada para dar mayor violencia a la frase, que suena escueta y recortada como con un sacabocados. Este castellano de Senador, aprendido en Cervillejo de la Cruz, es tan preciso de palabra como de concepto. No admite escape, ni bruma, ni siquiera matiz: "Extremadura está condenada".

Nunca me han impuesto demasiado temor los juicios categóricos. "Su destino es morir." Sí, querido maestro; el destino de Extremadura, como el de Castilla, es morir. La condenan esos límites que usted tacha en cuatro rasgos. Pero todos estamos limitados, con la misma terrible inexorabilidad, entre una cuna y una fosa, a pesar de lo cual procuramos defendernos en la vida, y encontramos, dentro de nuestra limitación, algunos alicientes para no dejarnos morir. Lo que yo no acepto en la lección de Senador Gómez es, precisamente, el tono. Sabe más que nosotros de la realidad española. Nos la tira a la cara, como si nos tirase el vendaje de un herido que ni él ni nosotros podemos curar. No me parece buen camino, y, por lo menos, en lo que yo veo y entiendo, lo que me interesa es la cura. Si empiezo por desesperanzar y desahuciar, no conseguiré nada. Si acometo a cuantos pueden ayudarme, me quedaré solo. No me conviene la táctica, ni aun elevada a su máxima potencia con el espíritu de Isaías, porque entre nosotros ese recurso supremo está ya probado y no con el mejor éxito.

—El pueblo se distrae—dice el notario de Frómista—. No piensa que lo fundamental es el

problema de la tierra—. “Los llamados elementos intelectuales son los culpables de que hoy no existan en ningún terreno certidumbres españolas.” “No saben nada. Son incapaces, por ignorancia, de constituirse en elementos directores.” (*La tierra libre: ¡No pidáis pan, pedir tierra!*—Valladolid, 1918)”. Pero a esos intelectuales es fácil enterarlos, y yo creo que del 18 a la fecha, Senador ya lo ha conseguido. En cambio, es más difícil sacar al pueblo de su estado de ignorancia; y esto que, a mi entender, es capital, empieza a lograrse con la escuela.

Senador Gómez, sin embargo, no tiene fe en la escuela: “La cuestión no es de escuela y despensa. Es de despensa nada más, porque entre gentes que vivan bien, coman bien y vistan bien, la escuela vendrá luego ella sola.” Senador conoce el argumento de que sin escuela nunca logrará el pueblo la llave de la despensa; pero no está conforme. Cree sólo en la eficacia de un cambio en la organización económica, “impuesta por las clases directivas del país”. Pero las clases directivas no lo impondrán jamás sin la presión de abajo. En el fondo, es la historia del huevo y de la gallina. Senador Gómez niega virtualidad a todo paso que no sea ir total y radicalmente al reparto de la tierra. “La escuela es inútil para el que no ha comido, porque el efecto de la escuela no depende del que enseña, sino del que aprende.” (*La canción del Duero*. Valladolid, 1919.) “Allí donde persistan las formas de producción que son patrimoniales de la tribu; o, en otros términos: la agricultura empírica y el pastoreo trashumante, persistirá también un estado de plena barbarie, completamente irremediable aunque se estableciera una

escuela en cada casa". Como se ve, la actitud es cerrada. No admite el influjo de un estado general de cultura sobre el régimen de propiedad. A pesar de todo, yo considero al notario de Frómista como un colaborador. La terrible experiencia de la profesión—ya lo he dicho—es como la del médico; y sólo crece en la fuerza. Pero quien tiene la fuerza no la usará contra sí mismo. Por eso y por no contar el dominio de la letra escrita entre los medios de que el pueblo dispone para aumentar su fuerza, Senador Gómez no espera en nada y cree que el destino de Extremadura, y el de Castilla, y el de España entera es morir. De nada servirán unos cuantos canales, unos miserables pantanos. Estas obras públicas sólo sirven a los propietarios para permitirles subir el precio de las tierras. Con lo cual, la política hidráulica es una farsa. Es imposible captar ningún agua que no proceda directamente de la lluvia. Pero igual da que llueva o que no llueva, porque en definitiva sólo gana la usura. "La agricultura es un juego de azar con sólo un treinta y tres por ciento de eventualidades favorables." "El que siembra sabe de sobra que se juega su trigo a cara o cruz; pero sigue sembrando, porque él no busca trigo, sino crédito." Este concepto pesimista del campo castellano—y extremeño—lo funda Senador Gómez en veinte años de experiencia, que le han dado la siguiente fórmula definitiva: "La agricultura española no es sino un pretexto para mantener vivo y perenne el robo de la tierra." Para que no se crea que en su labor es todo negativo, reproduciré, aun siendo bien conocidos por los españoles cultos los libros de Senador, a partir de *Castilla en escombros*, esta otra síntesis que

contrasta con la anterior: —La agricultura científica presenta tres problemas esenciales: el del trabajo, el del ahorro y el del agua. El primero se resuelve—teoría de Descombes—por leyes favorables a la concentración mediante la cooperación. (Aquí nadie coopera; *hasta las plantas espontáneas son feroces: cardos y patuñas.*) El segundo, por la química. El tercero, por el árbol.

He nombrado la gran palabra; quizá la única palabra que suscita emoción de ternura en el ánimo de este castellano seco y recio: el árbol. El amor al árbol le salva. La condenación de las talas es lo más elocuente y lo más eficaz de su obra. Arboles traen aguas. “Terrenos regables y fértiles engendran democracias. En suelos devastados brotan tiranías; porque necesitan grandes extensiones para obtener un producto apreciable, la tierra no se parcela, sino que se concentra en pocas manos, de donde no puede salir.”—La buena doctrina del notario de Frómista debería quedar condensada y extractada en un epítome para lectura en las escuelas. Pero sin el tono, amigo Senador. Sería preciso que los niños no se enterasen de que le falta a usted fe en los maestros y en ellos.

JEREZ DE LOS CABALLEROS

*1. — DEL CASTILLO DE
BARCARROTA A LA TORRE
SANGRIENTA*

HEMOS ido a Jerez de los Caballeros, desde Badajoz, por Almendral y Barcarrota. Nueva versión de la dehesa extremeña. Transporte del mismo tema sinfónico—encina y jara, olivo y cepa, trigales y barbechos de tierra roja—a un compás más cálido, más brillante. Conforme vamos caminando hacia la sierra de Fregenal, es más intenso el paisaje y, por lo que puede juzgar un pasajero, más dulce la vida. Almendral, pueblo grande y rico. Lo cruzamos demasiado aprisa. Pero Barcarrota destaca, para detenernos, su castillo, que nos llama desde sus ocho torres, impaciente, como si guardara—y, en efecto, lo guarda—un secreto que está deseando revelar. Adivine el lector qué cosa puede haber dentro del castillo de Barcarrota. ¿Una cárcel, como en Olivenza? ¿Una majada, como en Maqueda? ¿O un archivo, como en Simancas? ¿Un cementerio, como en Medellín? Este castillo es

rudo, de piedra obscura y traza octogonal. Se alza en medio de esta villa risueña, de ambiente andaluz, clara—blanca y rosa—, toda ella recogida en calles estrechas, sonora como un cascabel. Sus torres negrean como briquetas de carbón en la nieve. Pues bien; subamos hacia el adarve por ese portalón, que ya no tiene defensas ni puente levadizo. Entorna los ojos, lector, porque te los cegará de pronto la reverberación del sol. ¿Qué ves? Una plaza de toros. Una plaza toda enjalbegada de blanco; blanca, que reluce como anillo de plata. Una plaza de toros, escondida, como un nido, por los chiquillos de Barcarrota en lo que fué plaza de armas de los caballeros templarios.

Arriba, desde la torre del Homenaje, el castillo lo domina todo, y esa profanación no pasa de ser inocente travesura. Descendamos. Arranquémonos al espectáculo más desconcertante que puede ofrecernos un castillo en tierra de Extremadura. Celebro haberlo visto en reposo, tan muerta la plaza como el fuerte, tan fantasmática y decorativa en nuestra imaginación la corrida de toros como el torneo de los caballeros de la Orden. Pero una tarde de fiesta, aquí, ha de ser—lo digo sin pena—la emoción sintética de este caos de detalles dispersos, huidizos y evanescentes, que en vano queremos atrapar encerrándolos en el puño. Ante la estatua de Hernando de Soto—buen caballero, conquistador del Perú, adelantado de la Florida—lo juro. Todo me parecerá bien si Barcarrota levanta escuelas. Yo he entrado en una cripta—húmeda, obscura—donde una maestría nueva y valiente empezaba su gran tarea de educar a treinta o cuarenta párvulos pálidos... Por los niños y por ella,

denle un rincón digno del castillo y de la plaza de Barcarrota.

Y ahora, Jerez. El alcalde—es hoy alcalde de Jerez D. Francisco Pérez de Guzmán—sube con nosotros la cuesta de la muralla hasta el mismo pie de la Torre Sangrienta. Quien no haya estado nunca en Jerez de los Caballeros difícilmente puede imaginar la parte que toma el pasado en la vida actual de la ciudad. Las murallas, nada defienden. Casi todas las casas solariegas y los palacios nobles están habitados por intrusos que, bien o mal, con dinero pagaron. A veces son familias pobres las que utilizan restos de viviendas aristocráticas, por ruina o por partijas desafortunadas. Pero el pasado sigue enhiesto, enarbolando y flameando su pendón señorial en el tope de los títulos de propiedad. Jerez: ciudad para unos cuantos propietarios que tienen abierto el camino de Sevilla; pueblo, aldea para millares de jornaleros. Lujo espléndido y arte profuso, ostentoso y dorado en los monumentos. Pobreza y angustia en el arroyo.

Supongo que ningún crítico pensará, al leer estas líneas, que busco en el contraste pequeños adornos barrocos para armar mi retablillo jerezano. Si así fuera, yo le invitaría a recorrer las calles de esta ciudad, una de las más atractivas que he visto en España, pero también una de las más abandonadas. Quedaría maravillado ante la torre de San Miguel y ante la extraordinaria fábrica del templo de San Bartolomé. El enlace de esta arquitectura con la colonial, sobre todo con la mejicana, inclinaría sus pensamientos en la melancólica y sugerente proyección hacia la historia—¡otra vez!—de nuestro glorioso

pasado. La armonía, proporción y gracia de cualquier edificio, público o privado, seguramente suscitaría en él sincero afecto por un pueblo que revela cultura tan honda, casi innata. (Es posible que Extremadura baja dé mejor que Andalucía la valoración de lo no aprendido, de lo extraliterario.) Pero luego yo le llevaría a la plaza del Concejo, donde esperan trabajo inútilmente cuatrocientos o quinientos braceros. Si mi crítico dice que eso no le importa y que a San Bartolomé se atiende, y a los patios de columnas entre arrayán y jardines de limoneros y laurel, yo le contestaré que es un imbécil, porque en estas tierras, cuando entra en un pueblo esa carcoma—pobreza, miseria, hambre, odio—, acaba por ser inhabitable, secándose los jardines y cayéndose las torres. Los mismos propietarios se inquietan porque no son inconscientes e irresponsables, como los críticos. La situación es ésta: temporadas enteras, casi siempre de octubre a marzo, los patronos y el Ayuntamiento tienen que sostener, por repartimientos, a esos cuatro o cinco centenares de jornaleros parados. Jerez de los Caballeros comprende 74.000 hectáreas en 365 dehesas. Las dos terceras partes son de hacendados forasteros: Fernán-Núñez, Tamames, Alba, Santoña, conde de la Puebla... De todos ellos, sólo sé que ayuda a la difícil situación del Concejo el conde de la Puebla. Día por día, en esas jornadas de invierno, el Ayuntamiento socorre a cada obrero con once reales en la plaza y tres pesetas en el campo. Le da trabajo—claro es—, pero el hombre sabe muy bien que no es lo mismo trabajar por un jornal que trabajar por un socorro. La peonada es floja. Fuman, charlan, divagan; entretienen el

tiempo. Si alguien les reprende, no se molestan ni se inmutan. Se ríen. —¿Trabajar? ¿Pa qué? ¡Yo soy de oropía!— Es de “obra pía”. La caridad no debe exigir a cambio ningún esfuerzo.

Este mal crónico, agravado en crisis—como la de ahora—que siguen cierta periodicidad, obedece a causas muy remotas y muy curiosas de contar. Aunque sea brevemente, voy a hacerlo. En cualquier viaje tendrían interés; pero conviene recordar que estos jornaleros de *oropía* son los padres de los muchachitos que veremos sentados en las tristes escuelas de Jerez de los Caballeros. La escuela de balde. ¡Casi la escuela de *oropía*! Y que por derecho no renunciado, sino arrancado en otros tiempos al jornalero de Jerez, lo que se les dé por caridad es suyo. La tierra es suya. Hablaré del famoso *derecho de giros y pastaje comunal* como de una institución jurídica de tipo español digna de ser más conocida que la torre de San Bartolomé.

2.—EL DERECHO COMUNAL DE GIROS Y PASTAJE

Este derecho comunal es uno de los episodios más pintorescos de la lucha del interés público con la propiedad privada. Más de una vez lo han cortado a cercén de un hachazo; pero como tiene raíces hondas rebrota como el eucalipto; y, ahora mismo, lo que pide el jornalero jerezano, quizá sin conocer esa historia, es una resurrección del fuero tradicional: “Derecho de servidumbre que el común destes vecinos toma en todas las dehesas de su vasto término, y en cuya virtud los propietarios están obligados a cederles o

a consentir que tomen las tierras que necesitaran para sus labores, reservándose sólo las que ellos mismos cultivaren y llevando a las demás el terrazgo de costumbre." Así lo vemos definido por D. Joaquín Cardenal, citado por Barrantes.

Conviene situar en su escenario esa página de historia de la propiedad; perderse en la solitaria vastedad de la dehesa extremeña; ancho oleaje de montes; encinares, alcornocales, con espuma de flor de jara. Ver llegar a los pobladores de la Reconquista emplazarse y agarrarse al suelo disputado, que, una vez seguro, pasa a ser encomienda; es decir, a vinculación de señorío. Propiedad tan extensa y tan magra, en tan contadas villas, pueblos y aldeas, con vecindario tan exiguo, compuesto de labradores nuevos y soldados viejos, bien puede echarles ese hueso para ir entreteniéndolos. Todos vivirán en el señorío, dominio que no apura la explotación. Cuando hizo falta, por algún abuso de poder, los reyes confirmaron su derecho como premio a los servicios del pueblo, y así fueron conservándose en Jerez de los Caballeros los giros comunales, resistiendo las primeras particiones y ventas de la encomienda. Dividían el terreno los vecinos en cuatro partes (así lo refiere Cardenal) para no perjudicar a la ganadería. Cada cuarto de año labraban una parte, y esta rotación da nombre al uso tradicional. Era, por consiguiente, la propiedad del señorío, propiedad compartida, fácil de soportar cuando le quedaba al señor, además de esas tierras, la encomienda entera. Pero ¿qué iba a ocurrir cuando de transmisión en transmisión correspondiesen a un propietario solamente las tierras sujetas al derecho de giros y

pastaje comunal? Había de triunfar el más fuerte, que era también el más hábil; y poco a poco fué substituído en todo el contorno de Jerez el régimen de su fuero vecinal por el régimen general conforme al derecho romano. Mal resignados de ese expolio, los vencidos reclamaron siempre, y cuando llegó alguna circunstancia favorable—1873—se dió el caso insólito de una revolución comunalista restauradora. Porque en España no debe hablarse nunca—y menos a labradores—de comunismo, pero sí de comunalismo. El comunalismo es el seguro contra la violencia comunista, y el ejemplo de Jerez explica bien a cuantos ignoren nuestras costumbres cuál es la diferencia. Si el viejo derecho de giros persistiera a favor de los vecinos que no tuvieran ninguna otra propiedad, no habría quinientos jornaleros en la plaza esperando inútilmente trabajo, ni dominaría la rica ciudad extremeña la inquietud, provocada en el fondo por un estado de injusticia.

Pero sería preciso que el río volviera atrás, lo cual no parece posible ni aun a los propios jornaleros. El 73, en plena cantonal, escribía un conservador—J. M. C.: el *Solitario*, citado por Barrantes—: “Los giros son una comunería estólida, aunque, al fin, menos absurda que el comunismo...” “Supervivencia de la época salvaje; de la era bárbara de escitas y getas, en la transición del estado nómada al cultivo de la tierra...; lo desautorizó Jovellanos, lo cercenó el poder real, lo arrancó el Parlamento. Pero la revolución lo resucita. Los extremos se tocan.” Los vecinos de Jerez se habían apoderado de las tierras en giro, y el Ayuntamiento los amparaba y sostenía. La oportunidad para ese golpe pa-

recía entonces única. Sin embargo, el espíritu de una gran parte de la burguesía extremeña, sobre todo de las personalidades más ilustres por su conocimiento de la realidad del país, está en la "Exposición a las Cortes de la Junta de Fomento del partido judicial de Cáceres". Reivindica derechos semejantes a los de Jerez. Pide la revisión de los títulos de propiedad de España, y es un documento de fuerza para juzgar los errores de la desamortización, que, pulverizando los bienes comunales, convertía en proletarios, hombres a jornal, a la inmensa mayoría de los campesinos extremeños.

Hay, pues, una gran injusticia y un gran error—yo creo que en el corazón de toda injusticia late un error—en el régimen actual de la propiedad. Una inteligencia ordenadora podía dar su verdadero destino a las tierras y a los hombres de Extremadura, que requieren trato aparte, formando grupo con Salamanca y Andalucía. Mientras tanto, la necesidad inspira al buen deseo remedios paliativos. El alcalde de Jerez ve que es indispensable hacer algo. De acuerdo con la Junta de Acción Social Agraria, compran entre el Ayuntamiento y el Estado mil fanegas de tierra para repartirlas. Pueden vivir cultivando cada fanega seis u ocho familias, con lo cual se crean cien propietarios más. El Estado dará 500.000 pesetas y el Concejo 125.000, que devolverán los favorecidos en treinta años. Pero aun realizado este plan, es insuficiente y no acaba de parecerme justo.

¿Hablaré de escuela? Lo que vi es lamentable. Anda a la altura de Villafranca de los Barros, poco más o menos como hace un siglo; quizá en la misma panera de los Maestrazgos. Mi-

rando a los buenos tiempos del rey D. Carlos V, Jerez no es ni su sombra. Hay proyectos para devolverle su prestigio. En el emplazamiento del castillo, aprovechando algunos paredones útiles, van a hacer un grupo escolar. ¿Con cantina? No sé. Aquí sería un auxiliar decisivo para la asistencia a la escuela. Se ve que el pueblo quiere resucitar. Asomándonos a la Torre Sangrienta o a cualquiera de sus maravillosos campanarios barrocos, el campo de Jerez de los Caballeros nos parece tan rico y la ciudad tan bella, que no dudamos de su porvenir.

FREGENAL DE LA SIERRA

VISTA ATRAS EN EL ARROYO DE MURTIGA

LEGANDO a Fregenal, estamos al cabo de nuestro viaje por Extremadura, no para decir que la conocemos bien y toda entera, sino lo bastante para aprender a estimarla en su inagotable variedad. Hubiéramos podido elegir otros itinerarios con distintos pueblos, casi de la misma fuerza: Plasencia, Coria, Montánchez, en la Extremadura alta; Montemolín y Zafra—Zafra sobre todo—, en la Extremadura baja. Ahora he visto, en una tarde calma de julio, Coria, la Cenicienta. Gran catedral, maciza, bien aplomada, gravitando sobre espaldas demasiado ruines; calles dormidas; barrancas, albañales... He bajado por esas barrancas a orillas del Alagón, río caudaloso todo el año, que, como sabrá el lector, cambió de cauce y dejó el puente en seco. Allí está una melancólica arboleda antigua, sobre el polvo del Alagón y no en su ribera; arboleda de árboles desahuciados, muchos ya muertos, pero siempre en pie, sobreviviéndose como reliquias, como fémures de un gigantesco San

Cristobalón. Crepúsculo, más muerto que el de Mérida. Una humareda quieta. A la otra orilla, el motor de alguna elevadora da la última pulsación febril de esta vena de vida que se extingue. He visitado también Montánchez. Cerro floreciente en campo muy rico, olivares, encinares, tierras y dehesas prósperas; en lo alto, la villa, para mí hospitalaria, de tipo serrano, con las calles pedregosas como el lecho de guijos de una torrentera y con los jornaleros más míseros, más desdichados y más hambrientos de toda Extremadura. Más arriba, el castillo, miradero sobre la sierra, archivo de leyendas, único recurso de la imaginación en país tan práctico. Y Naval-moral de la Mata, donde un solo propietario, el marqués de Comillas, tiene veinticinco mil fanegas de buena tierra. Estación palúdica, precioso caso clínico que vienen a visitar doctores extranjeros, atraídos por el dispensario y las experiencias de Pittaluga. Formando pareja con esta institución, hay otra en Navalmoral de la Mata: la Biblioteca "Concha", fundación de un hombre del 73, progresista, krausista, como su contemporáneo y amigo González Serrano.

En cambio, es ya tarde para llegar a Zafra, quizá lo mejor de Extremadura, centro de las costumbres, el arte y, sobre todo, la arquitectura local, que causa tan agradable efecto en la parte de Llerena. Por una crónica de "Arturo Gazul" formé propósito de ir a Campanario y a Montemolín. En Campanario, patria de gente aguda e ingeniosa, dotada de activo espíritu comercial, hubiera logrado de mi opulento amigo Daza, compañero de pupitre tantos años en el Ateneo de Madrid, apoyo para construir entre los dos—él y yo—una graduada. En

Montemolín está la raza más fina, el tipo más aristocrático — aristocracia sin pergaminos —. Las mujeres de Montemolín, seguramente, por delicadeza de espíritu, habrían ayudado una gestión en favor de las escuelas. Pero otra vez será. Debí llegar a Galisteo, cerca de Coria, villa murada, de pura silueta medieval, para oír en el Guijo y el Guijillo cómo hablan los *castúos*. Todo esto se quedará para otro u otros viajes. Hoy seguiré adelante, desde Fregenal, para entrar por Sierra Morena en la provincia de Huelva. No faltará ocasión de volver.

Fregenal de la Sierra tiene también, coronando su cerro, un maravilloso castillo que fué de los Templarios y gana hoy al de Barcarrota, pues no sólo alberga en sus murallas una plaza de toros, sino, además, la plaza del mercado. Todavía queda sitio en el generoso recinto, capaz para un ejército. El matacán sobre la puerta de la torre, el adarve corrido, las almenas, dan a la fiesta de toros ambiente más rudo y más propiamente medieval que los arcos moriscos. Yo no me atrevo a decir que hubieran encajado mejor unas escuelas, porque nadie pensó en ello como no fuese D. Juan Franganillo, el director de la graduada. Para consolarse del olvido, tiene este buen maestro—uno de los mejores de España—los bajos del cuartel de la Guardia civil, edificio amplio, pero destartalado, que fué preciso habilitar por medio de tabiques y biombos. La graduada, con seis profesores. Una unitaria y otra de patronato. Eso es todo. Don Juan—hijo de otro maestro, que fué quien fundó y dirigió varios años esta graduada, dejando buena memoria en toda la región—ha logrado una cantina escolar para cien plazas, ser-

vida por los mismos profesores. A falta de local y de material, la voluntad y la pericia de los maestros suple deficiencias y vence contradicciones. Gracias a ellos, la última impresión de Extremadura es buena. Debo apuntar también una escuelita de dibujo y artes industriales creada por iniciativa particular, a la que ayudó mucho Eugenio Hermoso, como paisano y como artista de corazón. Son extraordinarias las facultades de esta raza, especialmente para las artes decorativas. Muchachos que llevan dos cursos trabajan, sin vacilación, bien orientados, como si resurgiera en ellos la buena tradición extremeña del Fregenal del siglo XVII. En la ermita de los Remedios—¡delicioso rincón!—hay unos refectorios donde están pintados, en galería ingenua, los hombres ilustres de la villa, desde el glorioso Arias Montano y “el extático varón Francisco de Santiago, muerto en olor de santidad”, hasta D. Juan Bravo Murillo, que era de Fregenal y tiene mausoleo en la iglesia de Santa Catalina. He visto que aun queda hueco para otros retratos. ¡Animo! ¡Que no sea preciso rebuscar en la Historia! ¡Dadles hecho el trabajo a los ediles del porvenir!

Y ahora, por colinas de olivos y vides—tierra roja, fuerte—, alamedas, olmedos, cruzamos Higuera la Real, saludando a la *mamarracha*. Pequeño pueblo. Grandes iglesias. Una escuela en ruinas. Cerca están Bodonal de la Sierra y Segura de León, donde el pueblo ha construido unas escuelitas modelo. Pero ya no es tiempo de cambiar nuestro plan de viaje. Llegamos al arroyo de Múrtiga y apenas queda un minuto para volver la vista atrás y decir adiós a Extremadura.

TALAYUELA O EL PALUDISMO

TALAYUELA, CAPITAL DE ESPAÑA EN EL MAPA DEL PALUDISMO

COMPLEMENTO del viaje de Extremadura en visita de escuelas, es, como apreciará, con su buen juicio, el lector, la siguiente excursión a Talayuela (Cáceres). Ibamos desde Navalmoral a la Vera de Plasencia por tierra llana, de trigo y encinas, muy espaciadas, muy pomposas. Al fondo, como un pretil de zafiro, la sierra de Gredos, con una sola cima nevada: el Corotillo de Perocartas. Tierra cálida y fuerte. El primer pueblo del camino, Talayuela, donde caemos antes de llegar al Tiétar, cuando ya empezábamos a notar y a agradecer la proximidad del río. No había razón especial para detenernos allí, como no fuera mi deseo de saludar al maestro y ver la escuela. Nos atraía la sierra, siempre más original, más divertida y más fresca que el llano. Ibamos a Losar de la Vera, junto a Jarandilla, y luego, si era posible, a Cuacos y al monasterio de Yuste. Toda la Vera de Plasencia entre el Tiétar y la sierra de Gredos, como el valle, que sube hasta lo alto de Tornavacas, tiene rincones deliciosos y gentes de vida muy

antigua. Será difícil y a veces penoso el viaje por la montaña, pero nunca deja de ofrecernos algún fruto agrídulce, montaraz, de sabor completamente nuevo. Lo que maravilla y desconcierta en Lagartera, que acabábamos de ver camino de Navalmoral, es precisamente que haya podido conservar su arcaísmo en el llano sin barrera de montes; en realidad, sin aislamiento. Los pueblos de la Vera, menos llamativos por su indumentaria—aunque las mujeres llevan también arracadas y gargantillas, refajos y paños recios de color, pañoletas ligeras—, parecen el solar de donde proceden los lagarteranos, montañeses en la llanura. En ellos se explica el apego a sus tradiciones, la estrechez en que viven, hacinados, como en nidales, para protegerse de un medio tan duro.

Talayuela está en plena ribera del Tiétar. No ofrece ningún interés, como no sea la casa del maestro, que es hijo del país y se llama don Fermín Monforte. Tiene esta casita vigas y artesonados, dispuestos con sencillez y con arte. La distribución, desde el zaguán hasta el corralillo, es perfecta. En la cocina, de campana, relucen peroles, cazos y almoreces, bruñido todo, al estilo toledano, que es el de las mujeres más limpias de España. Hasta vimos una bañera en un rincón: —*¡Quíá Dios que no haga falta!*— he oído decir en algún pueblo—. El alcalde, Monforte también, nos llevó a ver las escuelas, recién hechas, amplias, claras y alegres. Sólo necesitan material, ofrecido ya por quien puede hacerlo. Vimos el plano del término municipal, grande y rico; y al pasar por una puerta tuvimos la visión rapidísima de una sesión del Ayuntamiento donde se deciden los destinos de Tala-

yuela. Nos quedó tiempo para ver la fuente vieja y la iglesia de San Martín. Pero...

Pero nos fuimos sin ver al médico, que en Talayuela es lo más importante. Hora es ya de decirlo y de explicar por qué se habla aquí de Talayuela y de la batalla de Talayuela. Si el lector no lo sabe, como no lo sabía yo, aprenda ahora que éste es el nombre más famoso en la guerra contra el paludismo en España. Cuando mi buen amigo el doctor Pittaluga tuvo noticia de mi viaje a Olivenza, me envió, muy amablemente, entre otras revistas y fascículos, un número de los *Archivos del Instituto Nacional de Higiene de Alfonso XIII*. Ya en los mapas del paludismo en España, que estudian los muchachos en el bachillerato, aparece la provincia de Cáceres destacada en primera línea. Pues bien; el doctor Pittaluga me enviaba en ese número de los *Archivos* un mapa de *la región de la Vera y de la Mata*, que tengo a la vista cuando escribo y no lo tuve cuando fui a Talayuela, lo cual me hizo pasar por toda esta región ignorando cosas que debía conocer; pero, en cambio, me dió una serenidad impávida y una despreocupación absoluta. En ese mapa, índice de los trabajos realizados por la Comisión que preside, nombrada en el verano de 1920, para combatir el paludismo en la provincia de Cáceres—es decir, para iniciar la gran campaña—, Talayuela figura, como París en el mapa de Francia, con capitalidad indiscutible, en un gran círculo rojo, tachado de diagonales rojas y subrayado dos veces su nombre. Navalморal de la Mata, cabeza del partido y centro de consulta, no podía competir en número y gravedad de casos con Talayuela. Esa anchísima faja ribereña, entre el Tiétar y el

Tajo, que rebasa por una y otra parte: hacia el sur, hasta Almaraz, Belvis de Monroy y Bohonal de Ibor; hacia el norte, por toda la Vera, hasta Cabezavellosa, Madrigal y Guijo de Santa Bárbara, enviaba sus enfermos palúdicos a la consulta de Naval Moral. Tercianas y cuartanas, calenturas, el mal del país. Ese pueblo Pasarón de la Vera, donde he leído que acaban de ocurrir no sé qué escenas bárbaras de capea y navaja, viene también con su circulito rojo en el mapa de Pittaluga. Y Cuacos y aun el propio monasterio de Yuste, que no se librarían ni los mismos familiares del Emperador si los trajera hoy. Y Losar de la Vera, que está ya en alto, lejos del Tiétar y al pie de la Sierra de Gredos.

Entre toda esa constelación, la estrella de más volumen es Talayuela, hasta el punto de que los doctores Pittaluga, Sella y sus compañeros acordaron instalar en el pueblo una verdadera estación sanitaria, con laboratorios de análisis y servicios de tratamiento diario, así como de petrolización y destrucción de anofeles, de vigilancia y de administración de quinina. Las observaciones hechas durante el primer año—1921—quedaron recogidas en una Memoria escrita por el doctor De Buen, previa la revisión y aprobación de todos los comisionados. Este trabajo completa las nociones directas que yo tengo de Talayuela. Pero ¡con cuánta desproporción! Lo que yo vi no es nada. Lo que me da el libro es todo. ¡Gran lección para cuantos desdeñan los libros y se atienen a las cosas vistas! El lector tendrá ocasión de apreciar cómo la Talayuela estudiada por el doctor De Buen y sus colegas no se ve desde el automóvil.

II

LA VIDA EN TALAYUELA

LO QUE NO SE VE DESDE EL AUTOMOVIL

PODREMOS ver—eso sí—desde el automóvil la choza del pastor y del carbonero. De lejos, antes de cruzar el Tiétar, divisaremos algún sequero de pimiento, con sus porches, que nos parecerán establos. Desviándonos del camino, llegaremos a la fuente del pueblo, y si tenemos suerte—y fantasía—saldrá Ruth, una Ruth blanca o una Ruth cobriza, a mirarnos de lado, el cántaro a la cadera, el pie ligero, descalzo, y el pañuelo de puntas muy alegre, cuando no es negro. Si trajéramos algún prejuicio, ya sé cómo puede imaginarse un viajero la Ruth palúdica de Talayuela; pero hemos venido libres y limpios de todo estorbo mental. Vemos colores sanos, brazos fuertes de campesina. Detengámonos, sin embargo, unas horas. Esas chozas de ramaje, cónicas, puntiagudas, con su atadizo arriba como el tocado de un indio; la entrada hecha de dos troncos pulidos que parecen columnas; los serillos de esparto junto a las estacas

y casi siempre, rodando entre ellos, un montón de chicos y una mujer de vaga apariencia kalmuka, amamantando su cría; esos refugios primitivos que recuerdan el almiar y la tienda de campaña, así como esos otros cobertizos de los sequeros, son, para quien pasa en automóvil, sin que nadie le prevenga, el ideal de la vida sana al aire libre. Dormir punto menos que al raso, bajo las estrellas o la luz de la luna, sería, en efecto, muy sano si toda la vega del Tiétar no estuviera infestada. Una cosa es el contacto con la naturaleza y otra el anofeles. Y una cosa es ver España para ilustrar con viñetas de prosa o con fotografías un viaje pintoresco, y otra venir a Talayuela formando parte en una campaña profiláctica contra el paludismo.

Talayuela—según la describe el doctor Sadi de Buen—, sobre ligera elevación que domina la extensa planicie del Tiétar, está rodeada de pequeñas lomas. Encinares. Algunos prados. Pocos regadíos, “pero de gran interés para nosotros —los médicos— por la manera de alumbrar en ellos las aguas”. Las charcas de los Malagones, Huerto del Curato y la Hondonera casi tocan las últimas casas del pueblo. Descansan Talayuela y sus sembrados sobre arcillas impermeables. “La capa freática está muy superficial y se extiende en sábana extensa. Por ello en los alrededores del pueblo son muy frecuentes los pozos, casi siempre poco profundos, y nacen manantiales como los citados.” “En estos manantiales se ha buscado la capa de aguas freáticas por medio de una zanja profundizada, hasta encontrarlas, y se recoge el agua que corre en un canal sin ningún revestimiento labrado en la capa arcillosa, en un depósito más o menos revestido de

ladrillo, en el cual se almacena para los riegos." Estos depósitos—; todo está en el detalle! ; Todo es detalle! Sólo por el detalle se distinguen las cosas que están bien y las que están mal—, estas conducciones se llenan de plantas acuáticas, "y sus bordes, de un espeso matorral que los resguarda de los vientos, lo cual, unido a la casi nula corriente, hace que estas colecciones de aguas sean de los criaderos de larvas más peligrosos". Especialmente los tres citados, por su proximidad al pueblo y por tener agua todo el año. "Solamente limpian estos veneros cuando las necesidades del cultivo del pimiento hacen necesario apurar su rendimiento en agua." Hay, además, charcas de lluvia, charcas de los tejares junto al pueblo. "Al quitar la arcilla para fabricar las tejas lo hacen ahondando de modo que las aguas se depositen luego formando charcas relativamente profundas que resisten bastante a la evaporación. Hacia mediados del verano se secan o quedan con poquísima agua, muy sucia y sin vegetación ni fauna." En estas aguas, aun cargadas de arcilla, se desarrollan las larvas de anofeles. Hay también, como en casi toda Extremadura, charcas artificiales, hechas para conservar el agua llovediza. "Al norte, el estanque de la Fuente del Roble; al este, la "Laguna del Cañón del Cura". Muy peligrosas. Arroyos y quebradas que en toda zona palúdica requieren vigilancia, alcanzan en sus revueltas una longitud de más de veinte kilómetros.

Vamos a saber cómo viven los 586 habitantes de Talayuela. Busco en la última guía y veo duplicada la población en ochenta años. El Madoz—1848—registraba 50 casas, con 40 vecinos y 219 almas. No había escuela. No se cultivaba

entonces el pimiento, sino "centeno, poco trigo, cebada y algunas judías". Hoy figuran tres cosecheros de pimentón, un carrero, un herrero, dos albañiles: los Vizcaínos; dos carniceros, dos fábricas de aserrar maderas, dos abacerías. Y un solo propietario: el marqués de Mirabel. El maestro, el médico, el cura, el secretario... Como en todos los pueblos. Pero vamos a saber lo que la Comisión del paludismo aprendió en la primera campaña de Talayuela. La mayor parte de la población es estable. No trae braceros de fuera ni va muy lejos de su término municipal. "La mayoría de los medieros—cultivadores del pimiento—son de Jaraiz, y van allá cuando necesitan algo." Carreteros y muleros paran allí muy poco tiempo.

En este nuevo Baedeker del doctor Pittaluga viene el plano de Talayuela, como en el otro, más vulgar, el de las viejas ciudades históricas. Ya diré en qué forma y con qué objeto. La carretera como calle central y seis u ocho callejas a derecha e izquierda. "Las casas son muy pequeñas, casi todas de un piso, y hechas de adobes. En la habitación que da a la calle tienen la chimenea de leña, y en esa habitación viven cuando el mal tiempo les obliga a retirarse del exterior. Las alcobas dan a la parte de atrás y se ventilan por una minúscula ventana sin cristales. Muy pocas casas están mejor acondicionadas, y cuando tiene más de un piso, el superior es el granero." Yo entré en la casa del maestro. Por lo visto, es la mejor del pueblo. ¿Se comprende ahora la dificultad que encuentran muchos lugares para darles habitación? "Las habitaciones de los hombres alternan con las de los animales, y no hay que decir que la promi-

cuidad es estrecha; sobre todo los cerdos conviven con el talayuelo como el perro con su amo. En muchas casas les dan los piensos de bellotas en la misma habitación de las personas." "Los retretes son desconocidos." ¡Qué capítulo podríamos hacer de los retretes de los pueblos si el asunto no fuera tan desagradable! ¿Y qué comen en Talayuela? "La alimentación de las personas es durante gran parte del año esencialmente carnívora. —Ya he dicho que hay dos carniceros—. Sólo en muy cortas épocas se alimentan de vegetales. Mientras duran, el consumo de sandías es grande. Más de un niño enferma de su abuso."

Son ganaderos o labradores. "En general, salen al campo los varones desde bastante jóvenes. Las mujeres no suelen hacerlo más que para la recolección y preparación del pimiento, dedicándose principalmente a esta faena las solteras. Quedan, pues, en el pueblo, casi de continuo, las mujeres con hijos y los niños pequeños." Tienen cuadras de adobes para las vacas y los cerdos. Estos sólo salen al campo en "la montanera", a la bellota, del 15 de noviembre al 15 de diciembre. Pero la Comisión ha consignado el número de animales que duermen en el pueblo, en la forma ya dicha. "Son aproximadamente: cerdos, 231; vacas, 222; caballos y mulos, 36; ovejas, 300; cabras, 30; asnos, 88. Total, 907 cabezas. Claro está que el número oscila mucho y que casi todo el ganado cabrío y lanar está fuera del pueblo y no figura en esta relación."

Así es Talayuela cuando levantan el telón los beneméritos colaboradores del doctor Pittaluga. Tiene sus características; pero no se diferencia mucho de innumerables pueblos de España. La

imagen, escenográfica, quizá no sea exacta ni adecuada; lo que en realidad levantan los médicos es el tejado de esas casas humildes, con miras más nobles que el diablillo cojo de Vélez de Guevara. La transcripción de sus notas sirve para dar idea, no sólo de un pueblo, sino de centenares de lugarejos extremeños. Creo que nadie las juzgará inoportunas en un Viaje de Escuelas. Siendo así el pueblo, ¿cómo va a ser la escuela? Por eso siempre he creído que es necesario ir a los pueblos para enseñarles a vivir.

III

ENSEÑARLES A VIVIR

LABOR DE UNA GUERRILLA

Lo primero que hizo la guerrilla médica al llegar a Talayuela fué comprobar los datos conocidos. La mitad del pueblo estaba, o había estado recientemente, atacada de paludismo. La *Sanidad del Campo* registra, en 1913: "Talayuela; paludismo grave, estío otoñal. Morbilidad anual: 300. Mortalidad, 2." Pero los habitantes de este lugar, según la guía, son 587. La Comisión empieza por hacer el censo y encuentra 690.—¿Cuál será la verdadera población de España?—Pronto reúne las fichas de todos. Sus antecedentes, exámenes de sangre y demás observaciones indispensables. Encuentra paludismos insospechados en personas que nunca se habían creído enfermas. Luego traza el cuadro demográfico de Talayuela según los datos del Juzgado municipal. La proporción de mortalidad es terrible: 28 en 1915; 26 en 1917. Al año siguiente mueren en Talayuela 52 personas. Queda casi diezmado. Al otro, 36. La gripe se ensaña en organismos minados por la obra lenta de las fiebres palúdicas. Aparecen relativamente pocas víctimas del paludismo en la estadís-

tica. Hiere él; otras enfermedades dan el golpe de gracia. Después del censo, la Comisión traza su plano de Talayuela, casa por casa, habitación por habitación, las alcobas y las cochiqueras. Allí consignará la existencia de enfermos. Pondrá una crucecita en el cuarto donde haya "niño palúdico", y en el mes de agosto, el plano se le llenará de cruces. Pintará de colores esas viviendas en su mapa, según el número de anofeles que cace en cada una, y cuando pase de ciento pondrá la mancha verde bronce, que aquí es el banderín de alarma. Queda en blanco la iglesia. No encuentro en el plano las escuelas antiguas; pero junto al Ayuntamiento, al lado de las escuelas nuevas, que yo he visto, asoma en enero la tacha verde. En blanco aparece también un rectángulo, cercado de tapias enca-ladas, típico cementerio de aldea extremeña. ¡Tan quieto, en su melancólica y escueta geometría, donde nada sobra! ¡Tan abstracto, tan fuera del mundo, tan reposado, y es la oficina que más trabaja en Talayuela!

Ya con esto empieza la faena: "a) Curación de enfermos. b) Destrucción diaria de mosquitos. c) Destrucción de larvas." Abierta la consulta, acuden enfermos, no sólo de Talayuela, sino de todo el contorno. "Este afluir de palúdicos, en cuanto se corrió la voz de que eran recibidos, se hizo tan grande, que fué necesario reglamentarlo." Los alcaldes mandaron pregonar en todos los pueblos que la consulta se pasaría lunes y miércoles, desde las nueve. "La labor que nos impusimos fué ardua, y durante los meses de verano muchas veces excesiva. Hubo día en que los médicos presentes, nunca más de dos, tuvimos que ver más de 100 enfermos, y hacer, por

lo menos, 80 análisis de sangre." Diez o doce horas de trabajo en un pabellón donde subía la temperatura a más de 40 grados. Después, en pleno invierno, llegaban enfermos de muy largas distancias, a caballo, y a veces a pie. "Seguimos el método de entregar el tratamiento para quince días, y hacer volver, pasado este tiempo, a los enfermos para entregarles la cura atenuada. Al principio faltaron muchos; pero cada vez volvían más, y ahora son pocos los que faltan a la cita." "Desde hace ya tiempo, entregamos la quinina en sobres, en los que se anota la filiación del enfermo y se le indica la manera de tomar la medicación. Llevan, además, impresos algunos consejos para el tratamiento. A la vez entregamos a cada enfermo una tarjeta con el resultado de análisis de sangre, para que se lo hagan ver a su médico." Bajan palúdicos de toda la zona cacereña del río Jerte al Tajo, del campo del Arañuelo, de toda la Vera al sur de la sierra de Gredos y sus estribaciones, sierras de Martinejos, del Guijo, de Tormantos. En algunos pueblos de la Vera cree la Comisión que "existe un paludismo autóctono". Pero la gran mayoría de los casos se dan "en personas que bajan a ambas orillas del Tiétar, a la Bazagona, etcétera, al cultivo del pimiento, y luego vuelven infectados". Talayuela es un pueblo típico del Campo de Arañuelo. Jarandilla da enorme contingente. También Jaraiz, pueblo muy trabajador, que sale "al pimiento". Y hasta Navalморal de la Mata. "En las afueras de la población, y tocando a las últimas casas, hay charcas con abundantes larvas, y en la campiña circundante hay mucho paludismo." Yo he observado que en Navalморal de la Mata los establecimien-

tos más suntuosos, los que conservan luz encendida hasta más tarde, no son los bares, sino las farmacias. Sin duda es el centro de la quinina; el gran mercado de febrífugos y reconstituyentes.

Pero volvamos a Talayuela. Si alguien cree que sus seiscientos habitantes no merecen ocupar tanto tiempo nuestra atención, le diré que el número de Talayuelas esparcidos por Extremadura y por toda España es incalculable. Y que voy derecho, sin digresiones, a decir lo que importa. En el primer año de campaña en Talayuela *se vió ya claramente la disminución de la mortalidad infantil*. "Había desaparecido una de las causas que ponían a los niños—y a los grandes—en peores condiciones de resistencia. *No hubo en el pueblo ninguna defunción por paludismo*. Es decir, que el pavoroso dragón es vulnerable; que el paludismo es, por esencia, una de las enfermedades curables, y que podría estar vencida si fueran por los pueblos de España no una, sino cien Comisiones a curarlos y, sobre todo, a enseñarles a vivir. Los muchachos que irán este año a la escuela de D. Fermín han salido vivos de la mala crianza por milagro y por un maravilloso poder de adaptación—de conformidad—, siempre incompleto. "La reglamentación de la lactancia es un mito". "Los niños están de continuo colgados del pecho de sus madres." Muy pronto les dan papilla mal preparada. "Casi todos, a los pocos meses, han probado ya el cerdo." La limpieza es desconocida: "Las madres dejan que les crezca una gruesa capa de caspa *para que no enfermen de los ojos*. También les cuelgan al cuello amuletos de hierro *para evitar las fiebres que da la luna*."

IV

ADIÓS A TALAYUELA

PALUDISMO. ANALFABETISMO

PIDO mil perdones al lector por atreverme a unir, ¡todavía!, ¡¡una vez más!!, las dos miserables y calamitosas palabras. Es como si cayéramos de golpe en esa charca de vulgaridad con légamo de verdades obvias, donde nunca correrá peligro de ahogarse ningún espíritu delicado. — “Paludismo. Analfabetismo. ¡Bueno! ¿Y qué?” — Yo soporto, casi con alegría, la excomunión. Ya sabré interesar al lector, para quien trabajo, de modo que no me abandone ni aun viendo juntas en la misma cabecera de un artículo esas dos bestias negras. Quizá no sea un lugar común decir que paludismo y analfabetismo se parecen, entre otras semejanzas, en que son curables, pero no extirpables. Desea a esta fórmula un contenido vastísimo, lleno de matices, tal como nos lo suministra la inmensa variedad de los campos y las sierras de España. Desaparece el caso agudo: queda la endemia latiendo. Desaparece el analfabeto: queda el bár-

baro con primeras letras. Y siempre el temor de la recaída, sobre la preocupación del abandono del tratamiento.

Aun puede servirnos el ejemplo de Talayuela, donde, como hemos visto, se llevó intensamente la campaña antipalúdica, acudiendo a todos los medios conocidos—salvo las grandes obras de saneamiento a cargo de la ingeniería—: curar a los enfermos, cazar el anofeles, perseguir las larvas, petrolizar y sanear las aguas. Se logró aclimatar el *gambusia*, pez auxiliar, sanitario por vocación—por voracidad—, devorador de larvas. Y se llegó a enseñarles a todos la mejor manera de defenderse: “La importancia máxima de la campaña—decía en su primera conclusión la Memoria del doctor De Buen—estriba en la educación que de ella deriva, no sólo por las enseñanzas de la práctica en el personal que ha colaborado, sino de los médicos de la región y de todas las personas interesadas en general.” He aquí el resumen de los resultados, según el *Informe sobre el viaje de estudios a España de la Comisión del Paludismo. Sociedad de Naciones. Organización de Higiene. 1927*:

“El pueblo de Talayuela, situado a 12 kilómetros de Navalморal, entre esta villa y las orillas del Tiétar, está rodeado de “quebradas” que cortan el terreno (monte) en una extensión considerable. En la periferia del pueblo se encuentran, de un lado, pequeños huertos, cuya irrigación proviene de manantiales freáticos superficiales, que forman charcas o pequeños estanques, formados por diques de tierra o de ladrillos. Del otro lado del pueblo, los tejares han dado lugar a numerosas “charcas”. El medio

así creado favorece un anofelismo intenso, como lo prueba la captura metódicamente organizada de millares de anofeles (91.352 adultos capturados en 1921 y 126.927 en 1922). La endemia palúdica podía ser evaluada en 400 casos por año, o sea alrededor del 60 por 100 de los habitantes antes de empezar la lucha. Durante el primer año de la campaña se verificó un censo total de la población desde el punto de vista hematológico; luego se verificaron, en parte con la colaboración del doctor M. Sella: 1.º, una petrolización sistemática, precedida de desherbaje, de todas las aguas superficiales, comprendidas las quebradas, y esto en un radio de dos kilómetros alrededor del pueblo; 2.º, el tratamiento intensivo de todos los portadores de gérmenes. No se tomó ninguna medida de quinización preventiva en el resto de la población. Desde el final de la campaña de 1921 no se observó más que 21,8 por 100 de enfermos (casos primitivos y recidivas); al fin del segundo año de lucha (1922), en el curso del cual se aplicaron los dos métodos profilácticos mencionados antes, la proporción de enfermos descendió al 14,28 por 100, de los cuales 6,7 por 100 eran todavía casos primarios. Durante este mismo año, una gran cantidad de *gambusias* fueron aclimatados en las aguas de la región de Talayuela. Durante el tercer año de lucha (1923) se abandonó completamente la petrolización a fin de darse cuenta de lo que resultaría; entonces el porcentaje de casos fué sensiblemente igual al del año 1922. Pero en el curso del año 1924, a pesar de que fué continuado el tratamiento intensivo de los portadores de gérmenes, la proporción de los casos se elevó de nuevo hasta el 26,5

por 100; es decir, a una cifra de 5 por 100 más elevada que la observada durante el primer año de la campaña. Esta proporción se ha mantenido después.”

La última parte del resumen es desconcertante. Se intensifica el tratamiento, y, a pesar de ello, aumenta el número de casos—aunque no la mortalidad—. Y el aumento continúa. Cuando nosotros pasamos por Talayuela, en pleno mes de junio, habría en el plano de la Comisión muchas crucecitas y manchas verdes. Sin duda queda en el paludismo algo misterioso, no aprendido todavía. Algo que no se caza con red, más sutil que el anofeles, y que mientras siga inasequible anulará o reducirá el efecto de las mejores campañas. ¿Vendrá en el viento? ¿En las aguas mismas? ¿En la alimentación? O mejor dicho, ¿en la mala alimentación? ¿O será que estamos al principio de una gran campaña, de una serie de grandes batallas, y lo hecho no pasa de tanteos, fintas, preparación y entrenamiento, en suma, para la verdadera guerra?

Conociendo por el informe ya citado el mapa de la acción antipalúdica en España—que esto viene a ser el itinerario del viaje organizado por la Sociedad de Naciones—, deseaba yo saber con alguna precisión el alcance de la obra realizada y su proporción con la que falta por realizar. ¿Un cinco, un diez por ciento? La pregunta es algo impertinente y, desde luego, muy difícil de contestar. ¿Llega a invertir España en la guerra antipalúdica cinco o seis centésimas partes de lo que en realidad necesita? Yo sé que la organización es admirable; el personal, muy competente; la legislación, bien inspirada; la dirección, digna del país más culto, y que todos

han puesto en su labor entusiasmo y espíritu de sacrificio. Trabajan a conciencia los dispensarios de la cuenca del Tajo: Talavera, Naval-moral, Robledo-Jarandilla, La Bazagona-Jaraiz, Mirabel, Cáceres, Algodor; los del Guadiana: Olivenza, Badajoz y sus derivaciones a Talavera la Real, Arroyo Nogales, Mérida; los de Huelva: Gibraleón, Torerera, Calañas, La Zarza, Ríotinto; los de Córdoba: en Aguilar, Alcolea, Laguna de Zoña y el pantano del Guadalquivir; los de la Vega del Ebro: en Tortosa y en los arrozales de Amposta, y otras instalaciones andaluzas y valencianas de que yo no tengo noticia concreta. Pero hace falta mucho más.

Y cuando todo esté organizado, perfectamente organizado, será preciso también volver los ojos a dos factores esenciales: al médico rural y a la quinina.

EJEMPLO DE TORVISCOSO

UN DESPOBLADO MAS

VOLVIENDO de este mismo viaje a Losar de la Vega, que a Cuacos fué imposible, por estar roto el puente, con lo cual no llegamos a Yuste, donde murió de tercianas—de fiebres palúdicas—el César Carlos V, pasamos otra vez el Tiétar, a dormir en Navalnoral. Allí cerca teníamos Torviscoso, con su ejemplo, pero nos convenía llegar pronto a Trujillo, subiendo el puerto de Miravete. Torviscoso es ese pueblo que se ha quedado sin vecinos, aunque en el papel sigan figurando sus autoridades, como cuadro de un ejército donde todos los soldados son baja y la oficialidad está ausente. Alcalde, secretario del Concejo, juez y fiscal municipal, cura párroco; de todo hay en Torviscoso—menos médico—; pero uno a uno han ido desfilando, por no vivir allí, y sólo queda la maestra con dos familias sin hijos; en junto, siete personas. Un periódico madrileño recogía la súplica de la pobre maestra, aterrada porque esas dos últimas familias emigran también, por lo menos durante una temporada, y se van al monte. He pre-

guntado el nombre de esta heroína por fuerza, superviviente de una tragedia mansa. Se llama doña Carmen Martín Chamorro. Entre las ruinas del pueblo, lamentables ruinas, humildes ruinas de adobes, la maestra de Torviscoso verá llegar todos los crepúsculos, el fin del mundo. Esa ribera llana del Tiétar, al pie de la sierra de Gredos, tiene al caer la tarde, aun en el mes de agosto, torva melancolía. Ya el lector sabe que en toda esta zona el crepúsculo no es la hora del murciélago, sino la del anofeles. Y no le sorprenderá la soledad en que deja a la maestra el vecindario de Torviscoso cuando lea los datos que busco en los *Archivos del Instituto Nacional de Higiene*, ya citados.

Cuando abrió su consulta en Talayuela la Comisión antipalúdica, acudieron a centenares enfermos de la Vera y de la Mata. De Torviscoso fueron seis. Pero sin duda en esa fecha el éxodo había empezado ya. La Sanidad del Campo dió en 1911 el siguiente resumen: TORVISCOSO. Número de habitantes, 51. *Morbilidad*, 49; mortalidad, 2. Diez años habían bastado para despoblarlo, y es muy verosímil que en 1921 el vecindario de Torviscoso estuviera en el censo, pero no en el pueblo. Según los informes de este año, sólo quedan tres casas en pie. Según el Madoz, había doce en 1840, con 54 habitantes; pero la iglesia parroquial, la fuente Lucero, y sobre todo, el hecho de tener Ayuntamiento, probaban mayor vitalidad en épocas anteriores. Cerca de ese lugar está el despoblado de Valparaíso, donde nace el arroyo Zanjón, que luego pasa por Torviscoso. Aquí, como en casi toda Extremadura, hay muchos despoblados, y va aumentando poco a poco la zona desierta.

Corresponde esa zona en gran parte al curso del río Tiétar, donde se da un caso poco frecuente. Yo, al menos, no he encontrado otro en el mapa de España. Un río de ancha vena, continua, de largo recorrido, que desde las sierras de Casillas, en Cebreros, a la desembocadura en el Tajo, mide más de cien kilómetros, y que no tiene un solo pueblo en sus orillas. Pasa por toda la vega muy reposado y anchuroso, dividiéndose en mil brazos y canales, sin que se refleje en sus aguas un solo campanario. Los pueblos se retiran y le dejan pasar. Los más próximos son los serranos, ya en la parte de Cebreros y Cenicientos, ya en la de Jarandilla y toda la Vera de Plasencia, donde le contemplan desde sus alturas, en el anfiteatro de los montes. Ni allí mismo se libran de él, porque, si no llegan sus aguas, llegan los anofeles, y cuando no, los traficantes, medieros, pastores, carboneros, lumbreros y la clientela promiscua de los secaderos de pimienta. Da de vivir, pero la usura que se cobra es cruel. Por eso, en muchos años, en siglos, no se le acerca ningún caserío, y cuando el azar le lleva algún poblado, como la estación de la Bazagona—estación de castigo, que conocen bien los ferroviarios—, el Tiétar se ensaña, y por todos los jarales, junqueras y remansos le prepara sus más eficaces larvas.

CIEN KILÓMETROS EN PORTUGAL

87

+

91

100

100

0

A LOS CAMARADAS PORTUGUESES

A últimos de julio, abiertas las clases, pero relaxas y sofocadas ya por el estío, acabo de asomarme a las escuelitas portuguesas. No fué un verdadero viaje a Portugal ni siquiera una incursión rápida, a fondo, desde la cadena fronteriza, sino un permiso de sol a sol. Cien kilómetros, saliendo del puesto de Galegos, bajo el castillo de Marvao. Portalegre, Crato, Alpalhao, Castelo de Vide. Nunca—y menos ahora—me habría permitido yo otra cosa más seria; porque ese trabajo, ese sacrificio y esa honra corresponden a escritores portugueses. Ellos tienen derecho a hablar dentro de Portugal como hablo yo en España, y a meterse en una aventura larga, en un apostolado sin Mesías y sin grandeza, que obliga a cumplir deberes muchas veces desagradables. Sólo en la propia patria puede aceptar un hombre de bien tres misiones a un tiempo: de predicador, de quijote y de viajante de comercio. Ir por los pueblos comprometién道les a desear escuelas. Despertarles el apetito de la escuela, que hasta la fecha no fué artículo de primera necesidad... Hace falta pisar terreno firme y que esa tierra sea la nues-

tra. Si escribo estas líneas es para persuadir a algún camarada portugués de que intente allí lo que yo intento en España. Soy enemigo de grandes frases, pero desearía que oyeran esta voz amiga, más inevitablemente fraternal de lo que pueden imaginarse.

El compañero que les manda este memorial no es un técnico ni un plataformista; no es pedagogo ni político. Dejando aparte pedagogía y política, ha encontrado esta fórmula: *En cualquier régimen, con cualquier Gobierno, utilizando cualquier plan de enseñanza, resolvamos la cuestión previa: las escuelas. La escuela para todos. Que ningún hombre quede, por culpa ajena, sin instrucción primaria.* Para defender esa fórmula ha necesitado incluso la paciencia de sentirse un poco inactual, y el heroísmo de no preocuparse de la baja que al cambio del día puedan haber sufrido las dos palabras hoy escarnejadas: Democracia. Humanidad. "Con cualquier régimen, con cualquier Gobierno, con cualquier plan de enseñanza..." Tantas cosas dejamos al margen, ¡tan esenciales, tan amadas!, que al cerrar los ojos para no verlas bien damos a entender que nos guían convicciones muy firmes. Es, en primer término, la experiencia. He andado mucho los caminos de España, ahora y antes de este viaje. En innumerables pueblos empujé la puertecita de la escuela. Entré en la sala del Ayuntamiento y en el despacho del secretario. Conocí al cura, al médico, al farmacéutico y—¡naturalmente!—recibí las confidencias del maestro. Vecinos y vecinas vinieron a exponer su idea, a informarme de sus querellas. Cuando yo digo "el pueblo", casi siempre quiero decir "los pueblos". En España, la inmensa, la

aplastante masa del pueblo, vive en pueblos. Mi experiencia me advierte: "¡No te dejes engañar! Aquí hay que empezar por el principio. No saben vivir, y la escuela sirve para que haya, por lo menos, unos cuantos metros cúbicos de aire civilizado entre las cuatro paredes de una casa del pueblo!" El gran paso se habrá dado el día en que los maestros y las maestras enseñen a vivir a los pueblos.

Bien conocida es, sin embargo, la posición de los espíritus más finos y más cultos, en Portugal como en España. Antes habrá que enseñar a los maestros y a las maestras. ¿De dónde salen ellos? ¿Qué son sino pueblo? Me separa de estos hombres inteligentes un sentido de la vida que yo juzgo más nuevo y más vital que el suyo. Cuatro o seis años de secularización hacen hoy milagros aun sobre gentes que pasaron su infancia fuera del siglo—porque los pueblos viven, en efecto, fuera del siglo—. Cuatro o seis años de aprendizaje convierten hoy un palurdo en un maestro, y si se le encamina bien, pueden convertir un muchacho estudioso en un educador. No hay que desconfiar tanto de los demás. He visto el programa del grupo *Seâra Nova* y de *La Acção Republicana*. —Formación inmediata de una *élite nacional*. La reforma cultural desde arriba—. Antonio Sergio, ex ministro de Instrucción, quizá el más capacitado entre los intelectuales portugueses, formula su desiderata, muy semejante al que podría unir nuestro cartel de minorías selectas: Una Junta de Orientación de Estudios. Institutos con pensionados. Remodelación de la enseñanza normal primaria. Psicología. Didáctica. Inglés, no para los niños, sino para los profesores, a quienes su prepara-

ción exige algo más que “el portugués y el francés”. Una escuela primaria superior modelo. Personal técnico contratado en Alemania entre los profesores que enseñan en las escuelas fundadas por Kerschensteiner. Una escuela primaria modelo. Un profesor de *rural education* contratado en los Estados Unidos. Un Liceo modelo. Un Jardín de Infancia modelo. Nadie habrá que rechace este plan, obra meditada de un buen técnico, buen político. Esa es, en realidad, la tendencia española en estos últimos años, con paralelismo que no necesito subrayar. Pero...

Aquí entra la experiencia. Todo está muy bien; pero no basta. Pasarían décadas sin lograr otra cosa que ofrecer al visitante una serie de buenos modelos y crear en el profesorado una aristocracia. Creo en la virtud y en la eficacia de aumentar el volumen, el caudal de toda nuestra organización. Interesar a todos los pueblos para que no falten las escuelas precisas, y a los Gobiernos para que no falten maestros. España no tiene la mitad de los que necesita. ¿Es distinto el caso de Portugal? ¿Ocurrirá allí también como en las escuelitas españolas, o será una verdad real y efectiva la enseñanza primaria hasta en la última aldea?

El prejuicio que yo traigo es éste: la Geografía manda. Encinas y castaños cubren las dos vertientes fronterizas de la misma sierra. Un chiquillo descalzo, harapiento, va con sus greñas y su mirada recelosa hasta la escuela, donde aguarda, sonriendo, la maestra de Jola. Otro chiquillo, con el sombrero calado hasta la nuca, ronda la puerta y no entra si no sale por él la maestra de Fadagosa. Maestros españoles, maestros portugueses luchan con las mismas po-

brecitas armas y con la misma fe. Al llegar la pila de la castaña quedarán desiertas las clases de las dos bandas. Y otras cosas... Y otras cosas... Yo podría subir, ahora que acabo de pasar la cadena del puesto de Galegos, a una de estas escuelas pobres. Pero no sería discreto ni leal. Veré sólo las escuelas de bandera; las que den la cara. Por eso elijo Portalegre, Crato, Castelo de Vide. A los escritores portugueses les queda toda la verdadera labor.

II

PRIMERA ESCALA: PORTALEGRE

PORTALEGRE; *Freguesia de Sao Lourenço*. Aquí estamos, sombrero al pecho y un *vossa excellenza* sonreído en los labios, a la puerta de mi primera escuelita de Portugal. He ido a verla, antes que la Seo y el sepulcro del prelado Mello, porque eso me trae a Portalegre; pero acaso al lector le interese saber cómo se entra por Valencia de Alcántara en la feligresía de San Lorenzo. Pasado el puesto fronterizo, aunque del lado español no haya cadena, la separación queda rudamente señalada, no por el pequeño Montserrat, con sus sombrías crestas graníticas, sino por una ancha zona desierta, silenciosa, que parece “la tierra de nadie”, entre trinchera y trinchera. Campo torvo y áspero, de flancos pedregosos, inmejorable para que galopen sobre él, desbocados, los caballos del viento. Hasta que llega el otro puesto, con sus *guardinhas*, no desarruga el entrecejo la frontera de Portugal. Luego, ya cuesta abajo, cuando nos desprendemos de la sierra de San Mamed y dejamos atrás Marvao, encastillado en la cima de un monte, como Alburquerque, como Medinasi-donia, empieza a dulcificarse el paisaje. Alemente-

jo, tierra pobre, no lo es tanto por esta parte. Hay más frondosidad. No han cortado los árboles—, por lo menos, las cortas han sido más discretas—. La vertiente atlántica tiene aquí un verdor jugoso. Si imaginamos reanudada la avenida de árboles—olmos, álamos, eucaliptos—que se cortó al entrar la carretera en la zona muerta, veremos que aquí son más lozanos y más viejos. Los eucaliptos, sobre todo, crecen y engordan como patriarcas bien bebidos y bien comidos. Inútil es decir que en los kilómetros cubiertos hasta Portalegre, todo ha tomado ya su acento: voces, siluetas y arquitectura. Vamos, en compañía del *guardinha*, a conocer el acento de las escuelas de Portugal.

Felgresía de San Lorenzo. Hay que salir de la ciudad, subiendo la risueña ladera de un monte entre pinares nuevos. En el desbroce de ese arrabal, la escuela llega de avanzada. Es alegre, pinturera, pueril. Un cuerpo central de dos pisos para las casas de los maestros.—Primera novedad: el Estado portugués no admite como verdad pedagógicamente inconcusa que la habitación del maestro debe estar lejos de la escuela. Ni el francés ni el italiano. Una rectificación de nuestro criterio cerrado ahorraría dinero a los Ayuntamientos y permitiría a los arquitectos mayor gracia y variedad de líneas.—A derecha e izquierda, las dos clases, de proporciones algo más reducidas que las nuestras. A uno y otro extremo, el tejadillo de las dos puertas remata en fantásticas espadañas, y esta pirueta colonial es la que da a todo el edificio su puerilidad amable e ingenua. Las clases son mixtas por ahora. Quizá desde octubre acabe la coeducación. Material bueno. El régimen... Sí, el régimen y el

plan de enseñanza son admirables. Conforme va explicándolos el "profesor primario oficial de Sao Lourenço", yo miro a los alumnos. Muchas caras pálidas, muchas cabezas rapadas, de pelo ralo; grandes ojos inteligentes; las niñas, con su delantalito, su cinta en el moñete; los niños, en su mayoría, *pueblo*. Aprovechando una pausa, pregunto:

—Escuelas para pobres, ¿verdad?

—Sí, señor; desgraciadamente, escuela pública, escuela para pobres.

—¿Cuántas como ésta hay en Portalegre?

—Sólo hay ésta. Pero tenemos también una graduada: la Escuela Primaria Superior. Aquí trabajamos cuatro profesores, distribuyéndonos el tiempo para aprovechar las dos clases. Como en la graduada hay cuatro, pueden utilizarlas seis compañeros. En total, somos diez y tenemos seis clases.

Portalegre es la décima capital portuguesa, en orden a su población. Tiene 12.000 habitantes, industriales, activos. La tierra es relativamente fértil. Diez maestros...

—Pero habrá escuelas públicas de otro tipo. Me interesarán, aunque el edificio sea viejo.

—No, señor. No hay más. El resto de la enseñanza es privada, y quedan, naturalmente, sin escuela centenares de niños.

Antes de despedirnos obtenemos unas fotografías. ¡Gran rebullicio de los muchachos! La profesora destaca el grupo de las tres alumnas más aventajadas. Obreritas las tres. Al ponerlos en fila, el buen maestro coloca, piadosamente, en segundo término a los niños descalzos.

—Hoy han venido algunos. En verano, sabe usted, no les es tan preciso el calzado.

Como en Extremadura. Como en Andalucía. Mi prejuicio, hasta ahora, no falla. La Geografía manda. Portalegre tiene una Escuela Industrial, y al lado, en un viejo seminario, está la Primaria Superior. Un seminario como podéis imaginarlo en ciudades de tradición, pero modesto y venido a menos. Cuatro clases, sin lujo, fiado todo al esfuerzo de los seis profesores. ¿Sabe el lector lo que vale hoy un escudo portugués? No tendrá más potencia adquisitiva que un real. Pues bien; el término medio del sueldo mensual de los maestros, con el aumento por carestía de la vida, es de 520 escudos. El de mayor antigüedad cobra 666. Tiene para casa, en Portalegre, cinco escudos mensuales. Y doce por toda consignación para las seis clases. La Cámara municipal, en las ferias grandes de agosto y de septiembre, manda limpiar y enjalbegar todas las escuelas. Los chicos compran su material de escritorio y de librería, y ayudan como pueden a los más pobres. No hay cantinas escolares. La inspección es muy buena, muy frecuente, y está mejor pagada. Hablaré del plan de enseñanza; pero, en realidad, no debería hacerlo. ¿Qué importa el mejor plan de enseñanza? Diez maestros—pobres—para diez escuelitas de pobres en ciudad industrial de doce mil habitantes, pueden hacer muy poco. Señor Filipe Chavais, profesor primario oficial de Portalegre—¡tan correcto, tan inteligente, tan agudo!—; Sr. Cesáreo Augusto Marques, compañero de lucha: los tiempos son malos. La escuela se ve obligada a esperar. A un lado y a otro de la frontera, ¡paciencia!

III

EL MAESTRO DE CRATO

COMO el prior de Crato abandonó hace siglos, definitivamente, su casa de Alemtejo, prescindiremos de él y buscaremos al maestro de Crato. Si el prior pudo ser rey de Portugal, el maestro bien puede llegar a Presidente de la República. Si el príncipe D. Antonio era hombre despierto, culto y animoso, este otro D. Antonio—Antonio Mourato Louçao—tiene inteligencia y energía para llevar adelante cualquier aventura. Aquí le tenemos metido en la escuelita de esta villa histórica, como en una trinchera; afanado en educar a sus treinta o cuarenta niños y niñas, como si prepara una patrulla de asalto. Porque el profesor Mourato estuvo en la gran guerra y es combatiente, aunque no militar, por vocación y por temperamento. Bajo, nervudo, recio. Mirada recta. He encontrado alguna vez en nuestras escuelas el tipo del maestro pletórico de fuerza física y mental que se revuelve entre los pupitres como los clérigos soldados en el sillón de coro. La brega diaria exige al maestro mucha fortaleza; pero el heroísmo del Magisterio está hecho de perseverancia, de discreción, de resistencia. Es una

fuerza sutil, oculta, aparentemente pasiva. Pocos saben cómo gastan los nervios tres horas de clase, un día y otro día, un año y otro año. Pero al maestro de Crato, cabeza firme, talento claro, es difícil limitarle el horizonte dentro de las cuatro paredes de su escuela y de los pobres reis que ofrece la plantilla de instrucción primaria. ¿Ha escogido mal su profesión? ¿No es su sitio la escuela? ¿O es que en los países abandonados la escuela no es sitio para nadie, como no sea para pobres de espíritu y para santos mártires?

Vivir en Crato es vivir escondido. La villa, pequeña, linda, en campo pintoresco, ya que no muy rico, guarda del pasado pocos testimonios interesantes. El convento del Priorato está más arriba, en Flor de Rosa. Hay una iglesia, un soberbio hospital. No veo murallas ni nada que recuerde a los caballeros de Malta. Daré aquí nota de la primera impresión recibida en todos estos pueblos portugueses, empezando por el camino de Marvao y Portalegre. Traemos los ojos —y el espíritu— acostumbrados a la sencillez, a la severidad de Extremadura. Aquí todo, empezando por las calles y las casas, muestra mayor deseo de complacer. No veremos nunca líneas escuetas, sobrias, sino recargadas a capricho. No les basta el encalado: necesitan, además, como en Levante, franjas y colores. Si hay alguna portada, alguna ventana, de carácter, serán manuelinas; y el manuelino, delicioso en los buenos modelos, al vulgarizarse en manos de maestros de obras y alarifes, se degrada, perdiendo toda su gracia. ¡*Manuelinho, malum signo!* Las gentes de Valencia de Alcántara construyen todavía como si no hubieran salido del barrio vie-

jo. Algo les queda de aquella maravillosa sencillez con que sabían hacer grande una fachada de seis metros y dar riqueza a una triste cocina con su chimenea de campana. También Olivenza, pueblo tan portugués, conserva su encanto; y no hablemos de nuestra Extremadura baja, donde el barroco del XVIII ha tomado las más bellas formas populares. Sin duda fué el siglo pasado quien acabó de distanciar a toda esta zona portuguesa; pero también el deseo de entrar en la vida moderna, con sus comodidades. Portalegre es más risueño que Valencia de Alcántara. Crato, más civilizado que Alburquerque o Brozas. A cambio de mayores ganancias, han perdido virtudes que yo estimo y que en nuestros pueblos esperan todavía una hora afortunada, de rehabilitación. Pero estamos en la escuela de Crato y sólo nos interesa cómo puede vivir en ella—y en Crato—un maestro de gran capacidad intelectual, condenado a no ver otra cosa, fuera de su vocación, que una doble hilera de años, lentos y sombríos como cipreses, a cuyo término aguardan quizá un homenaje a la vejez y 668 escudos mensuales.

Esta escuela es de la misma serie que la de *Sao Lourenço*. Alegre, luminosa, con los mismos caireles y campanillas en la fachada; con igual contingente de muchachos pobres en las bancas. Los mayores han terminado ya su trabajo, por este curso, y han sufrido su examen, obteniendo el certificado para los Liceos. Hay un jardinillo que puede servir de campo de juego. En la calle, frente por frente, se alza otro edificio igual, con otra clase; y esto es todo para los 2.500 ó 3.000 habitantes de Crato. Son botones de muestra. Ejemplos para justificar grandes

reformas de enseñanza sobre el papel, legisladas antes de 1908. De entonces a acá el ministerio ha lanzado innumerables disposiciones, sobre todo en planes y programas del trabajo escolar.

—Si mis alumnos supieran todo lo que debo enseñarles, según se me ordena, serían monstruos de precocidad. Yo mismo estaría orgulloso de tener tanta ciencia. Pero está comprobado que la capacidad receptiva de un niño es limitada, y, sobre todo, que las nociones acumuladas con exceso se borran. Pregunte usted a un muchacho ahora en julio. Responderá brillantemente. Vuelva a preguntarle en octubre. No le habrá quedado ni rastro de lo que estudió.

Sin duda, estos alumnos, de una contextura mental ilusoria, son ejemplos también. Se trata de suponer que existe una primera enseñanza, parte decorativa de lo que en un trabajo de Rodríguez Migueis he visto condenado en pocas palabras: "... este tremendo *bluff* de la educación nacional." Pero, ateniéndome a lo que veo, debo hablar con elogio de Portalegre, de Crato y de sus maestros. Ellos trabajan de buena fe, obedeciendo a su propio genio, sin tiempo apenas para mirar a la batuta que se mueve en Lisboa por distinta mano cada cinco o seis meses. Mientras discuten pedagogos, educadores y cartillistas, ellos aguantan a pie firme la rudeza de su destino y enseñan a unos cuantos hijos del pueblo, los pocos que caben en su escuela, a sabiendas de que la mayoría quede sin enseñanza. Si hubieran seguido otro camino, su situación personal sería mejor. Si al acabar la guerra el maestro de Crato hubiera perseguido grados, sería

hoy teniente, con un conto de reis, o capitán, con un conto y medio.

—He leído un artículo de Aquilino Ribeiro, emigrado en París, que lamento como un ataque personal—dice el profesor Mourato—. Su tesis nos arríncona para muchos años: “Nadie hable de escuelas en Portugal mientras no se construyan las carreteras.” No somos cotizados. No valem nada. Estamos solos y ni siquiera acuden en nuestro auxilio los intelectuales.

¡Que la suerte guíe hasta los más altos destinos al maestro de Crato! Nosotros seguiremos hacia Alpalhao por una carretera bordeada de eucaliptos. Carretera antigua, de vuelo espléndido, pero de suelo funesto, que nos hará pensar, no en el profesor Mourato, sino en el señor Aquilino Ribeiro.

IV

CARRETERA DE CRATO A ALPALHAO

EL TURISTA SE IMPACIENTA.—Para juzgar una carretera no basta haber entrado en ella: conviene haber salido ya. “Ni mejor ni peor que las otras”, nos dijeron en Crato. En efecto, al penetrar por la soberbia alameda centenaria que cruza el pintoresco arrabal de Flor da Rosa, nos pareció mala. Al internarnos vimos que habría sido antes buena carretera; pero ahora, ni “estrada”, ni siquiera camino. Paseo de árboles, rambla o riera; a ratos arenal, pedregal a ratos, dejando muchas veces al descubierto la roca. En estos casos, el automóvil va como una urca, durmiéndose en los baches, cabeceando, enfilando la proa contra la marea; y avanza despacio, tanteando antes el terreno, como el caracol. El turista—¡naturalmente!—se inquieta, se impacienta. Esta es una de las grandes vías portuguesas. Baja desde Braganza, por Guarda y Covilha, hasta Estremoz y Evora, casi paralela a la frontera. Debían cuidarla con cariño, porque es la mejor comunicación interior de norte a sur, y completarla por

Beja hasta llegar a Faro. Nuestro egoísmo nos lleva siempre a suponer que el camino por donde vamos debía ser el más atendido; pero en este caso no nos falta razón. Así lo entendieron al construirlo hace muchos años; y, por su anchura, por el aire magnífico que, a pesar de todo, le da esta doble hilera de álamos y eucaliptos, suponemos la importancia que tuvo. Por desgracia, un camino de Pombal o una "estrada" del XIX no resisten tanto como una calzada romana. El automóvil cruje. Se exaspera. Nos sacude y nos bate, en venganza de haberle hecho caer en una emboscada. Estas cosas suele soportarlas muy mal el turista; pero lo que más le ofende es ir despacio.

HAY QUE ACOMODARSE AL PAÍS.—Por eso nunca seré turista en ningún país del mundo, y menos aquí. Lo que está mal de Crato a Alpalhao no es la "estrada", sino el automóvil, y, desde luego, lo que sobra es la prisa. Un camino frondoso, de troncos lozanos y venerables, vale más para ir a pie, para caminar buenamente por él, que una carretera vulgar bien cuidada. Si el firme es malo y por todas partes se abre, si la vieja carretera desaparece—ruina de otra época más próspera—, es porque Portugal sufre hoy una disminución. Está reducido por la pobreza. Le han puesto a media dieta las revoluciones y la guerra. Ya hemos tenido ocasión de comprobarlo desde la misma frontera, sin hablar del valor anómalo y discrecional del escudo portugués. Cien detalles pequeños indican el trastorno de la economía pública y privada. En la fonda de Portalegre no se sirve postre. El café o el *chá*—los portugueses traen el té de sus Indias—substituye al queso, al dulce o a la

fruta, y remata suficientemente la comida. Yo acepto la reducción por simpatía. Esta y otras privaciones más graves me parecen obligadas al llegar a un pueblo que, por circunstancias históricas, lucha con dificultades pasajeras. Me parece indelicado protestar y aun lamentarse de ello; y mucho más aprovecharse para vivir como un rico—un falso rico—en tierra de pobres. El espectáculo del malestar ajeno me amargaría las dulzuras que al extranjero proporcionan el premio de su moneda y el pensamiento de que en su casa tiene paz.

JOAO DE DEU Y LA POBREZA.—Así, pues, ya que venimos en auto y no es posible variar el plan del viaje para seguirlo despacio y a pie, aceptaremos el servicio lento de nuestro buen *Morris*, como si lleváramos al paso un caballo de carreras. Tenemos así tiempo para recordar la frase de Aquilino Ribeiro: “Primero, carreteras; luego, escuelas.” En cuanto unos gobernantes, o unos aspirantes al Gobierno, empiezan a ordenarle a un pueblo sus problemas y a decirle: “primero éstos, luego aquéllos”, es casi seguro que acabarán por no resolver ninguno. Las carreteras son malas. Conviene mejorarlas; pero, así, como están, no engañan a nadie: a propios ni a extraños. No levantan una simulación de país ordenado y próspero, a beneficio del pasajero, y especialmente del pasajero de automóvil. Para mí todo es primero, y antes que lo primero, la escuela. Pero mi programa es modesto: escuelitas sencillas, planes discretos. Más cerca de Joao de Deu, el poeta portugués, que de Kerschesteiner, el modelo alemán. Ya sé que la juventud universitaria renegó hace tiempo de Joao de Deu. No defenderé contradiciendo a las pri-

meras figuras de la pedagogía portuguesa: Adolfo Coelho y Antonio Sergio entre ellas, la famosa "Cartilla maternal". Defiendo, en cambio, el sentido extensivo que trató de dar a la educación Joao de Deu y el espíritu democrático—demofílico—que le llevó a crear la escuela ambulante. La "Cartilla" pasó. Es, según Coelho, "un lamentable retroceso que a la crítica imparcial y justa cumple condenar severamente". Es formalista; se entretiene en ficciones abstractas, representa un ideal mezquino de la escuela primaria. "¿No hay quien por amor al poeta pida perdón por ese libro?" Tantas afinidades con nosotros encuentro en el grupo de *Seâra Nova*, que esa frase de Antonio Sergio me orienta, haciéndome comprender el sentido de la obra de João de Deu, paralela en cierto modo a la del P. Manjón. Todos abominamos de los "cartillistas". Todos buscamos educadores. En Portugal tienen el ejemplo de Castillo y de Ribeiro Sanches. Está bien el propósito de continuar su obra, pero que no planteen los renovadores una segunda disyuntiva: "Primero, la *élite* universitaria. Luego, la escuela". No. Estamos en países pobres. El desnivel entre los de arriba y los de abajo es inmenso. Necesitamos reducirlo por la instrucción, y nuestro primer instrumento es la escuela. Esa *élite* que buscáis está ya hecha y debe ponerse a trabajar.

CONSOLACIÓN. — Estas reflexiones, hechas sobre el terreno, podrían prolongarse tanto como el camino de Alpalhao. Vamos apurados de tiempo, con nuestro permiso de sol a sol, y con un *guardinha* en el coche para no olvidarnos del pacto fronterizo. Como es interesante Castelo de Vide, pasaremos de largo por Alpalhao. Un tra-

yecto de quince kilómetros nos hace invertir más de dos horas. ¡Gracias a que el paisaje nos compensa! Los cortes del camino, baches, "badenes", descarnaduras y hundimientos hacen pensar en la guerra. Es la guerra. Los peones camineros fueron desertando poco a poco, tirando sus picos y sus almadenas, cuando vieron que pasaban meses y meses sin que nadie se acordara de pagarles. Quizá prefieran también ir a la guerra. Desde entonces no se ha hecho nada. Han ocurrido tantas cosas que no es posible pensar en detalles, y el pueblo debe conformarse con seguir como va. Puede decirse que en quince años, acaso en veinte, ni se ha construído una escuela, ni se ha reparado, de verdad, una carretera. En cambio ha empezado otro género de construcción. Yo no me atrevería a ofender al *guardinha* con censuras y comparaciones, exponiéndome acaso a que el honrado funcionario fiscal supiera literatura española y me objetase que el pueblo portugués no quiere que le pongan casa y mesa, y en la mesa los capones y perdices del Don Jerónimo de Quevedo.

INDICE

INDICE

Páginas

PRÓLOGO DE "AZORÍN". <i>Un misionero</i>	7
--	---

EXTREMADURA

<i>Suma de varios viajes.</i> (Capítulo inicial.)	
Vuelo sobre Extremadura.....	17
<i>Dedicatoria</i>	27

CÁCERES

I.—*Al entrar.*

1. Valor de Extremadura.....	31
2. La ciudad vieja.....	35

II.—*Camino de Alcántara.*

1. Malpartida. Arroyo del Puerco. Navas del Madroño.....	39
2. La villa de Brozas.....	45

III.—*En Alcántara.*

1. El puente romano y el río ibérico.	50
2. Obras junto a las ruinas.....	53

IV.—*Aledaños de Cáceres.*

1. Talaván, más allá del Almonte.....	58
2. Casar de Cáceres. El maestro gre- colatino	62

V.—*A la raya de Portugal.*

1. Herrerueta. Salorino. Membrio.....	66
2. Una dehesa en el camino.....	70

VI.— <i>Valencia de Alcántara.</i>	
La villa fronteriza.....	74
VII.— <i>Entre España y Portugal.</i>	
Campiña y serrilla. El Pino.....	79
VIII.— <i>Camino de Trujillo.</i>	
El monte. Los Guardas del Verde.....	84
IX.— <i>Trujillo.</i>	
1. Trujillo, la villa. Historia, sólo historia	90
2.—Trujillo, ciudad.....	93
X.— <i>La noche de Trujillo.</i>	
1. Asamblea de Notables.....	97
2. Habla Francisco Pizarro. Final y conclusiones de la Asamblea.....	102
XI.— <i>La ilustre villa de Garciaz.....</i>	107
XII.— <i>Conquista de la Sierra.....</i>	112
XIII.— <i>Logrosán; un pueblo grande.....</i>	115
XIV.— <i>Cañamero, bajo la sierra.....</i>	120
XV.— <i>En despoblado.</i>	
A caballo por la Sierra de Guadalupe.	124

BADAJOZ

I.— <i>La capital.</i>	
1. Atalaya de Espantaperros.....	131
2. Grandeza. Miseria. Proyectos.....	135
II.— <i>Don Benito.</i>	
Una plaza y una cantina.....	139
III.— <i>Medellín.</i>	
1. El pueblo. El castillo. El río.....	145
2. Orillas del Guadiana.....	149
Paréntesis optimista.....	151
IV.— <i>Olivenza y su campo.</i>	
Otra ciudad fronteriza.....	154
V.— <i>Camino de Almendralejo.</i>	
Talavera la Real. Solana de los Barros.	162

VI.— <i>Almendralejo, con su alcalde.</i>	
Del imperio romano al imperio de don Paco Montero.....	167
VII.— <i>Llerena.</i>	
1. A Llerena, por Los Rosales.....	173
2. Las normas.....	176
3. Evocación	178
4. Llerena, sin herejes.....	181
VIII.— <i>Azuaga y "el minerío".....</i>	
186	
IX.— <i>Higuera de Llerena.</i>	
El paisaje, visto por un jornalero.....	180
X.— <i>Maravillosos pueblos.</i>	
Hornachos. Ribera del Fresno.....	196
XI.— <i>Villafranca de los Barros.</i>	
Tierra de promisión; pero no para los maestros	201
XII.— <i>Mérida.</i>	
1. Excavación matinal en el alma de Mérida	204
2. Crepúsculos de Mérida.....	209
XIII.— <i>Alburquerque y sus ejidos.</i>	
1. El notario de Frómista, en Extre- madura	212
2. Agüero de Extremadura.....	277
XIV.— <i>Jerez de los Caballeros.</i>	
1. Del castillo de Barcarrota a la To- rre Sangrienta.....	222
2. El derecho comunal de giros y pas- taje.	226
XV.— <i>Fregenal de la Sierra.</i>	
Vista atrás en el arroyo de Múrtiga.	231
TALAYUELA O EL PALUDISMO	
I.— <i>Talayuela, capital de España en el mapa del paludismo.....</i>	
237	
II.— <i>La vida en Talayuela.</i>	
Lo que no se ve desde el automóvil.....	241

III.— <i>Enseñarles a vivir.</i>	
Labor de una guerrilla.....	247
IV.— <i>Adiós a Talayuela.</i>	
Paludismo. Analfabetismo.....	251
V.— <i>Ejemplo de Torviscoso.</i>	
Un despoblado más.....	256
CIEN KILÓMETROS EN PORTUGAL	
I.— <i>A los camaradas portugueses.....</i>	261
II.— <i>Primera escala: Portalegre.....</i>	266
III.— <i>El maestro de Crato.....</i>	270
IV.— <i>Carretera de Crato a Alpalhao.....</i>	275



Precio: 4 pesetas

9.000
1^o col

1/2 pul con revisor.

Enc. nueva.

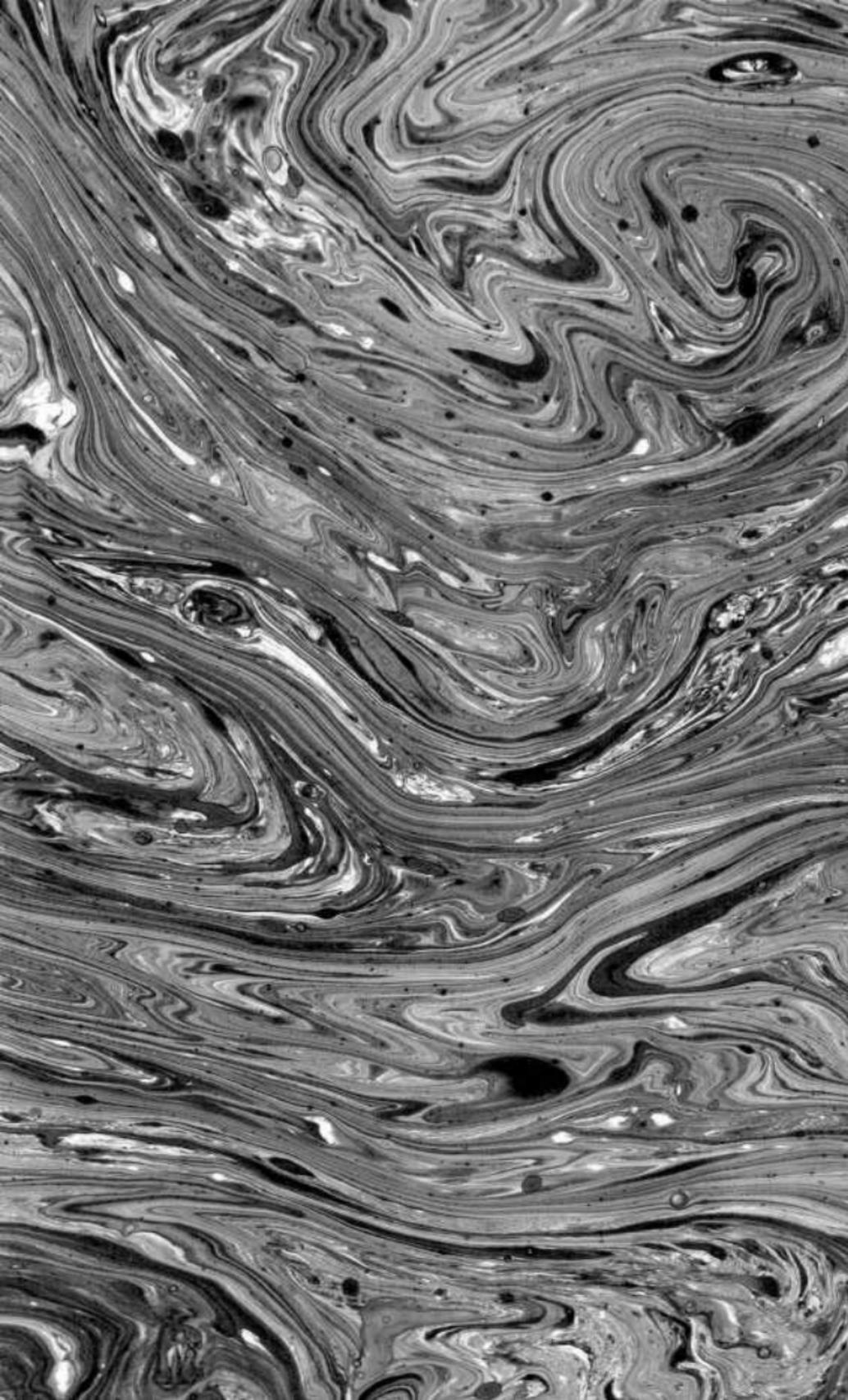
Contiene sus emb. originales.

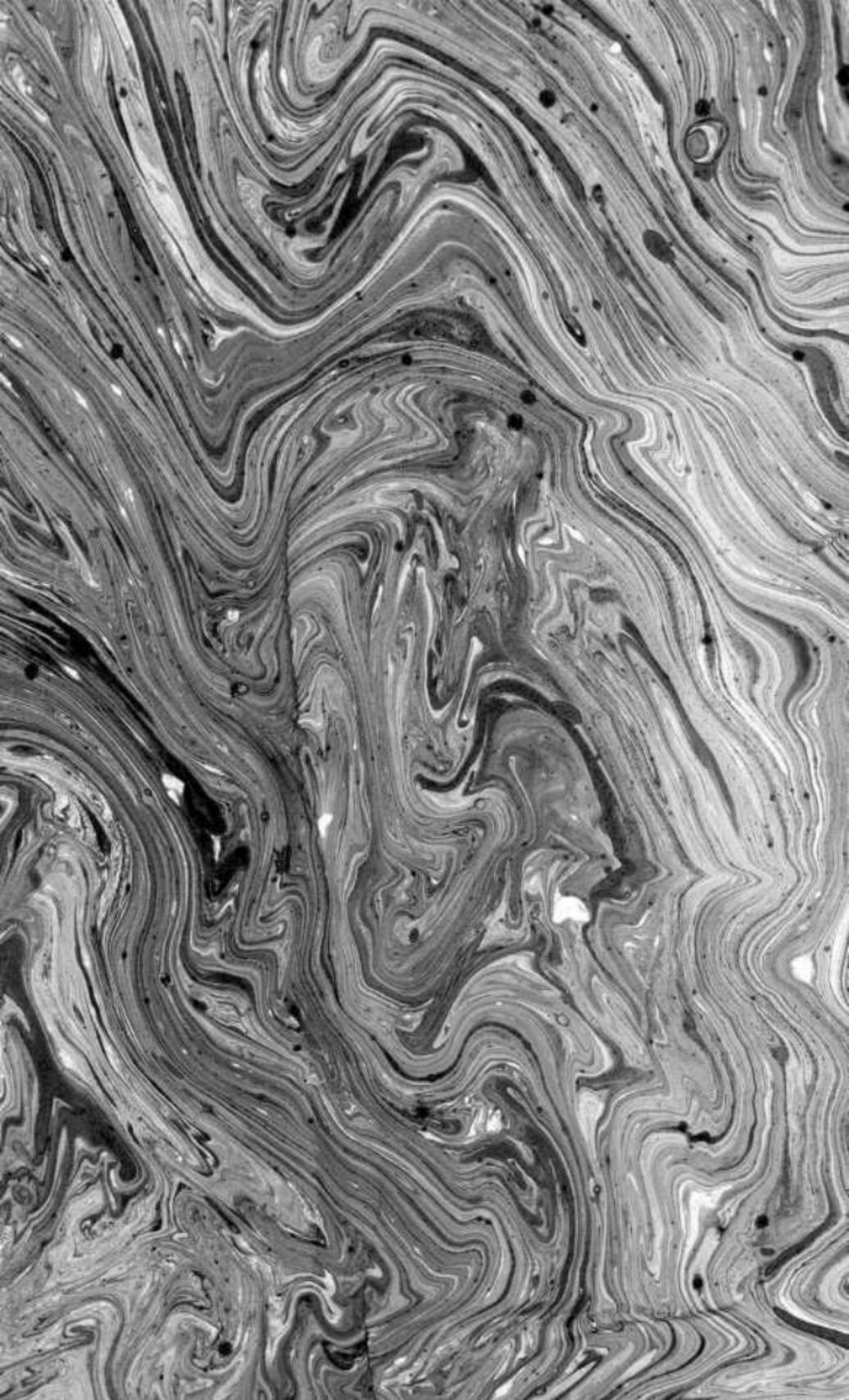
- LEI

- VI

- EXTR

- X1







L. BELLO

VIAJE A LAS
ESCUELAS

G 29117